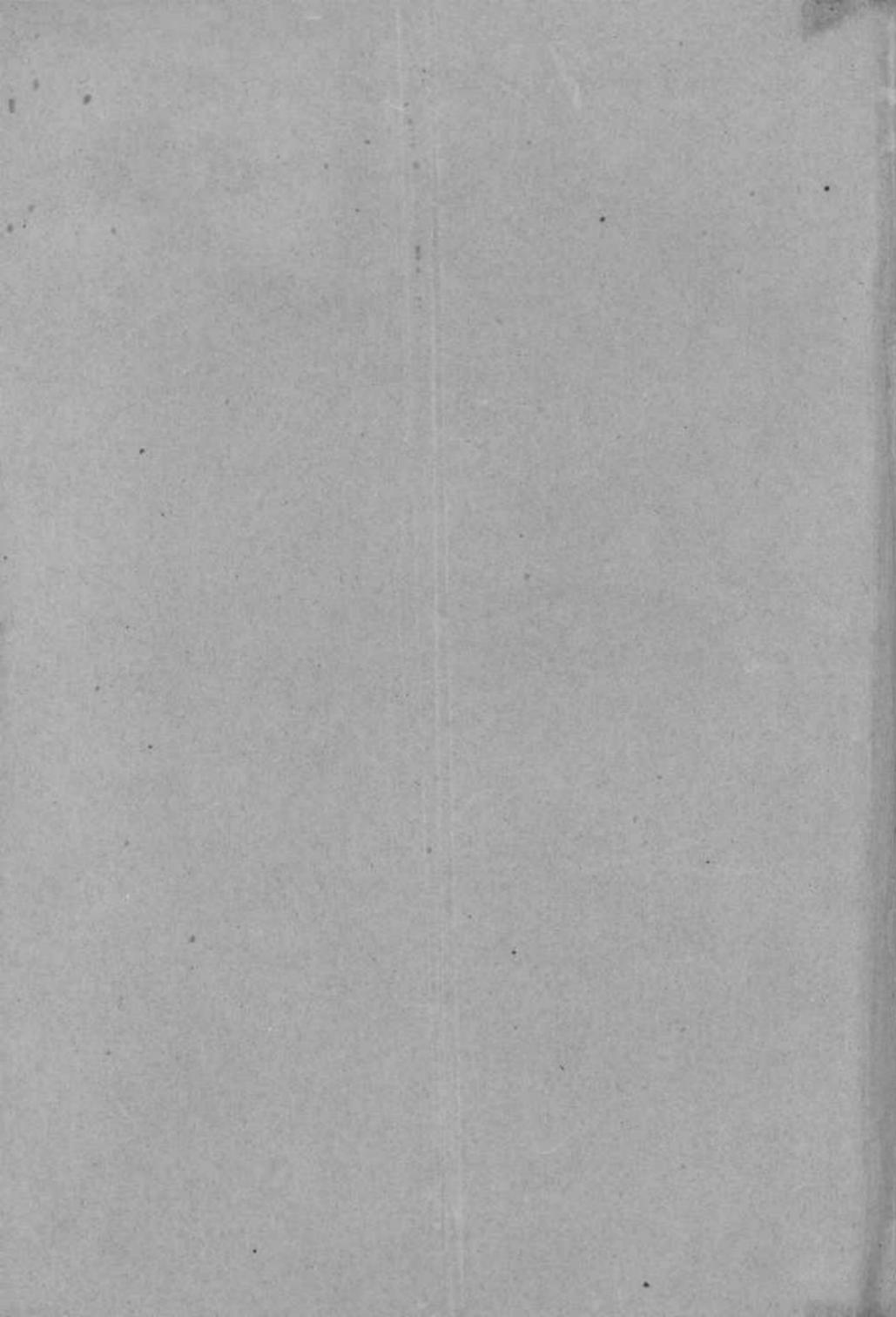




05

9205

9205



GUZMAN DE BUENO.

MEXICO 1874.



Aprobada por la censura.

Es propiedad de los editores.

# GUZMAN EL BUENO.

**SEGUNDA EPOCA.**

Aprobada por la censura.

Es propiedad de los Editores.

GUSMAN EL BUENO.

SEGUNDA EPOCA.

*General*

# GUZMAN EL BUENO.

SEGUNDA EPOCA.



NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

CAPITULO PRIMERO.

D. Ramon Ortega y Frias.

ILUSTRADA CON LÁMINAS SUELTAS.



MADRID.

GALERÍA LITERARIA DE LOS SS. MURCIA Y MARTI,  
calle de Jacometrezo, núm. 44.

—  
1859.

GUINIA DEL BIENO.

SEGUNDA EPOCA.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

de

D. Ramon Ortega y Ariza.

ILUSTRADA CON PLUMAS SUeltas.



MADRID.

GALLERIA LITAGRANA DE LOS SS. MERCIA Y MARTI,  
calle de los Baños, núm. 41.

1829.

3749



CAPITULO PRIMERO.

De cómo á don Alonso Perez de Guzman el Bueno, le tocaba siempre habérselas con el infante don Juan.

—¿Don Juan?

—No ha venido.

—¡Vive el cielo!

—¿Os tengo el estribo, señor?

—¿Hemos de partir acaso sin mi hijo?

—Nadie sabe de él.

—Buscadle.

—No está en vuestra casa, ni en palacio, ni nadie lo ha visto.

—¡El último!... ¡Buscadlo, vive Dios, y traédlo atado!

Así hablaba don Alonso Perez de Guzman el Bueno, á las puertas del palacio real de Valladolid.

Rodeábanlo multitud de caballeros, armados de todas armas, montados en sus corceles de guerra los unos, los otros disponiéndose á montar, todos servidos por muchos y muy lucidos escuderos que iban y venian, chocando entre sí sus cotas y armaduras, blandiendo sus lanzones, jurando y riendo, para cumplir las multiplicadas órdenes de sus señores. Quién se mostraba impaciente, quién meditabundo; alegre aquel ó este triste.

La mañana era serena.

El sol se elevaba en un horizonte puro.

Era el último dia de octubre de 1508.

Gran número de los moradores de Valladolid satisfacía su curiosidad, contemplando la lucida cabalgata; y mientras los unos, poseídos de patriótico entusiasmo, deploraban el estado de los reinos por las civiles guerras que los empobrecian y daban nuevas ventajas á los moros, los otros disputaban sobre cuál de aquellos caballeros era el de mas acreditado valor y lealtad.

Muy cerca de quince años habian trascurrido desde el notable hecho de Tarifa, y la negra cabellera del señor de San Lúcar habíase tornado blanca, su rostro estaba mas demacrado; y en su espaciosa frente se habian formado muchas arrugas; pero sus ojos conservaban el mismo brillo, la misma enérgica mirada, aunque mas sombría, y notábase en sus miembros la misma agilidad, en sus movimientos el mismo desembarazo, sin que pareciese haber perdido nada de sus fuerzas.

En el momento en que lo presentamos nuevamente á nuestros lectores, esparcía en todas direcciones una mirada inquieta y de marcado enojo, y daba repetidas órdenes para que fuesen en busca de su hijo; pero este no parecía, y el noble caballero consideraba como notable mengua que un Guzman no acudiese presuroso cuando se trataba de correr á la pelea para castigar la rebeldía de un vasallo desleal.

Algunos caballeros, envidiosos de la gloria del señor de San Lúcar, sentían vivísima satisfaccion al considerar el tormento de este, y sobre todo al pensar que el monarca se asomaria muy pronto á un balcon y no echaria de menos sino á un Guzman.

Aquella lucida y marcial cabalgata, con el refuerzo de buen número de soldados, debia encaminarse á tierra de Leon, donde el infante don Juan, el asesino del hijo de don Alonso, el siempre ambicioso descontento, recorría la tierra llamándose rey, mientras que don Alonso de la Cerda hacia lo mismo por la parte de Murcia.

Reinaba ya en Castilla don Fernando IV el *Emplazado*, y tenia veinte años de edad, sin que en ellos hubiese conocido la paz interior de sus estados; pues desde la muerte de su padre, y durante su minoría, estuvo la tierra tan alterada por los nobles, que ni se habia conquistado á los moros un solo castillo, ni habia podido ocuparse la reina viuda doña María, regente entonces, de otra cosa que de apaciguar los ánimos satisfaciendo bastardas ambiciones. La rebelion á que ahora nos referimos del infante don Juan, era quizás la duodécima en

el espacio de aquellos veinte años, y no debía ser la última.

Ahorrarnos por ahora entrar en mas pormenores sobre el estado de Castilla en aquella época, porque ya irá conociéndolo el lector en el curso de esta historia. A nuestro propósito basta lo dicho.

Y ya que los criados de don Alonso Perez de Guzman, tan torpes andaban que no pudieron encontrar al hijo del noble caballero, probaremos nosotros á buscarlo.

Figúrese el lector, si es que quiere, un aposento espacioso, de elevado techo, con dos anchas ventanas en una misma pared, y en dos distintas y opuestas, dos puertas desiguales, grande la una y resguardada por una cortina de seda, pequeña la otra y cerrada, pero sin cortina, y colocados con buen orden muchos y muy ricos muebles.

En este aposento, y sentada en un dorado sillon, habia una jóven bellísima, cuya edad no pasaria de los dieziseis años. Su estatura era elevada, sus formas modelo de perfeccion: blanca su tez como las ligeras espumas de un limpio y cristalino arroyo; dorados y brillantes sus largos cabellos como la luz de una estrella; azules sus ojos como el cielo de Andalucía, y de mirada tan lánguida, tan espresiva, tan dulce, tan inocente y encantadora, que á nada podemos compararla; tan frescos, tan rojos sus labios, que no se hubiera encontrado flor con que comparar su frescura, ni coral que compitiera con su deliado color. Era, en fin, tan bella, que su belleza es la de

un ensueño, y no la de la realidad. La nobleza estaba retratada en su ancha frente, sin que su magestuoso porte robase nada al encanto de la dulce espresion de candidez de su semblante.

Aquella hermosa niña se llamaba Sol, y era hija del rebelde infante don Juan. Bajo su pecho de blanco nácar latia un corazon tan noble, como ruin era el de su ambicioso padre.

Vestia un riquísimo traje de seda azul, que hacia resaltar mas la blancura de su cútis, y descansaba sus preciosos piés en almohadones encarnados con borlas de oro.

Sobre estos almohadones habia sentado un mancebo, muy jóven tambien, como de quince á dieziseis años, pero de estatura elevada y de belleza notable.

Sus grandes ojos eran negros, brillantes, y se movian con extraordinaria viveza, pintándose en su mirada, ya un ardimiento y arrojó precoces, ya la dulzura mas lánguida.

Rodeaban su ancha frente espesos cabellos negros, peinados con descuido, y que caian sobre su acerada gola, pues iba cubierto con pesada armadura. Una larga espada pendia de su cinturon de cuero con hebilla de oro, y en el suelo, junto á sus piés, estaba el pesado casco de duro acero con penacho de blancas plumas.

Era este mancebo don Juan Alfonso de Guzman, hijo de don Alonso, y nacido á los pocos meses del sitio de Tarifa.

Que el heredero del señor de San Lúcar y la hija

del infante don Juan se amaban, escusaremos decirlo á nuestros lectores, porque así lo habrán comprendido; pero si advertiremos que este amor era un secreto de toda Castilla ignorado.

La doncella miraba á su amante con ternura.

El manecbo contemplaba extasiado los azules ojos de Sol.

—Es la primera vez que te vas lejos de mí, decía la jóven con voz dulcísima.

—Pero tu recuerdo no se borrará de mi memoria, y sentiré abrasado el corazón por la luz de tus ojos, lo mismo cuando nos encontremos en opuestos confines de la tierra, que ahora que estoy á tu lado. Yo te lo juro por mi amor.

—¡Tu amor! repitió tristemente la doncella.

—¿Dudas de él? preguntó arrebatadamente el jóven.

—No, no dudo.

—¿Entonces?

—¿No te causa tristeza tu amor?

—¡Tristeza!... Es mi única alegría, mi felicidad....

—Nuestra mas horrible desgracia, porque es un imposible.

—No, Sol mía, el tiempo allanará todos los obstáculos.

—Antes de nacer, ya debimos ser enemigos, porque nuestros padres....

—No evoques tan tristes recuerdos, interrumpió el jóven, que á su pesar se estremeció. Si el ciego arrebató de bastardas ambiciones levantó un puñal sobre la cabeza de mi inocente hermano....

—¡Oh, nó! dijo á su vez la doncella haciendo un ademán de espanto. ¡No prosigas!

—Sí, dejemos esos recuerdos: tan inestinguible es nuestro amor, como inestinguible el odio de nuestros padres; y así como no hay poder humano que pueda trocar en amistad su mútuo aborrecimiento, no lo hay tampoco para convertir en fría indiferencia nuestra ardiente pasión.

—Pero tu padre te mandará odiar á toda mi raza.

—El tuyo te mandará perseguir á la mia.

—Y tú...

—Te amaré, porque otra cosa no puedo, y tú...

—Te adoraré, porque mi pasión es mas fuerte que mi voluntad.

—Sol, dijo el mancebo con acento apasionado, no me olvides, y deja que el tiempo decida de nuestra suerte.

—¡Jamás te olvidaré! exclamó la doncella, cuyas mejillas se enrojecieron. Guardemos el secreto de nuestro amor, dejemos que el tiempo decida, y seamos entretanto felices.

—¡Cuánto te adoro! dijo el doncel, oprimiendo entre las suyas las delicadas manos de la niña.

—¡Oh! murmuró esta, cuyos ojos se empañaron.

Siguióse un corto rato de silencio, durante el cual ambos amantes parecían dos estátuas, según de inmóviles permanecían.

El doncel, como si despertase de un profundo sueño, pasóse las manos por la frente, y luego dijo:

—Ya debo partir.

—¡Don Juan!...

—La mañana avanza, y mi padre estrañará que no acuda el primero.

—¡Si supiera que este tiempo lo pierdes á mi lado, entretenido en amorosas pláticas con la hija de su más mortal enemigo!...

—Me estremece esa idea, Sol.

—Y en verdad que tu padre debe estar impaciente, porque es la primera ocasion que se le presenta de tomar venganza, y cada momento le parecerá un siglo.

—Mi padre, cuando defiende la causa de la justicia, cuando pelea con los enemigos del rey, no piensa mas que en cumplir con su deber, sin acordarse de las ofensas que ha recibido, sin preguntar el nombre de aquellos á quienes debe castigar.

—Ya sé, don Juan, que es noble, muy noble, pero...

—Sol mia, aprovechemos estos instantes para ocuparnos de nosotros solamente.

—¿Ya te alejas?

—Si, contestó don Juan tomando su casco y poniéndose de pié.

De los azules ojos de Sol brotaron dos lágrimas, que fueron á perderse en su casto seno.

—Don Juan, dijo, si la suerte te es propicia en esta empresa, acuérdate de que el infante es mi padre, y sé generoso.

—Yo te juro, Sol, que si alcanzamos la victoria y peligra la vida de tu padre, se la salvaré á costá de la mia.

—¡Plegue al cielo que te sea posible cumplir tan noble promesa!

El mancebo irguió la cabeza con orgullo, sus ojos se iluminaron con vivísimo fuego, y exclamó:

—¡Yo sabría decirle á mi padre, si preciso fuese, que la venganza no cumple á los grandes corazones! ¡Sol, el que te ha dado el ser podrá ser vencido, pero muerto, nó, á menos que en el ardor de la pelea le cupiese tal suerte por casualidad! ¡Un Guzman no es asesino!

... Estas palabras, dichas por el jóven sin intención de ofender á la doncella, produjeron el efecto que era consiguiente. La pobre niña, herida en lo mas vivo de su alma al recordar que su padre habia asesinado al hijo de don Alonso, palideció mortalmente, sintió que las fuerzas le faltaban y que la luz huía de sus ojos, y sin poder sostenerse, inclinó la cabeza y quedó sin conocimiento.

Don Juan comprendió instantáneamente que habia abierto una profunda herida en aquel sensible corazón; y con los ojos chispeantes, apretando los puños con fuerza extraordinaria, exclamó:

—¡Soy un miserable!

Luego colocó sobre su pecho la cabeza de la doncella, y acariciando sus blondos cabellos, prosiguió con la ternura de un niño:

—¡Perdona, Sol mia, perdona!... ¡Te he ofendido!... ¡Perdóname!

Y una lágrima humedeció sus negros y rasgados ojos.

La jóven permanecía sin sentido, y el enamorado mancebo, unas veces con caricias las mas tiernas, otras despechado y maldiciendo sus torpes palabras, intentó hacerle recobrar el uso de los sentidos; pero en vano.

Trascurrieron algunos minutos.

— ¡Dios mio! exclamó el doncel con desesperado acen-  
to, ¡El tiempo pasa, me espera mi padre, el rey me  
echará de menos!... ¡Oh!... ¡Sol, Sol mia!...

Pero Sol no daba señales de vida.

— ¿Y he de abandonarla en este estado?... ¡Oh!...  
¡Nó, imposible!... Pero mi padre... el rey... todos los  
nobles... creerán que tengo miedo porque es la vez  
primera que debo marchar al peligro... ¡Esto es hor-  
rible!...

Y los ojos del mancebo estaban chispeantes, y su  
rostro encendido como la púrpura. Su situacion era en  
verdad para desesperarse. Luchaban su amorosa pasion  
y su honra de caballero. Faltar al llamamiento del rey,  
llegar siquiera tarde, era una mengua para su honor;  
pero abandonar á la doncella, no podia permitirlo su ca-  
riño intenso ni su galantería, con mas razón, cuando él  
era la causa de que estuviese ella en aquel estado.

— No te abandonaré, nó, decia el mancebo. ¿Qué  
pensarias de mí si al recobrar la vida te encontrases  
sola?... Nó, todo lo arrostraré por tí, Sol mia, todo,  
hasta la muerte...

Quedó repentinamente callado, y luego prosiguió:

— Pero la deshonra... ¿Qué dirá el rey cuando vea  
qué parte sin mí su mesnada?... Dirá que al fin no soy

mas que un niño, débil, cobarde.... ¡Oh, nó, vive el cielo, no partirán sin mí, porque el honor es primero que todo!

Animóse su mirada, y añadió :

—¿No hizo acaso mi padre mayor sacrificio en Tarifa?... ¡Las afecciones deben sacrificarse ante los deberes!

Y separándose de la doncella, la contempló por algunos instantes.

El corazón del mancebo latía con violencia, y sus miembros estaban agitados.

—Te abandono, Sol, dijo con lánguido acento. ¿Comprenderás el sacrificio que hago?... ¡Dios mío, me falta el valor para dejarla!... ¡Qué hermosa está!...

Sol estaba, en efecto, interesante. Parecía dormir con un sueño dulce. Su rostro angelical, cubierto de mate palidez, entre las desordenadas trenzas de oro de su cabellera, aparecía tranquilo, y mas que nunca, tenía todo el encanto de su inocencia. Movíase pausadamente su seno purísimo como si el corazón durmiese también en brazos de la felicidad. Empero aquella aparente calma, aquel silencio, conmovían hondamente el espíritu del doncel y le hacían olvidar que el tiempo trascurría, que lo esperaba su corcel de guerra.

Pasó largo rato.

La jóven, al fin, hizo un movimiento, abrió pausadamente los ojos, exhaló un penoso suspiro, y un raudal de lágrimas corrió por sus mejillas. Luego se pasó las manos por la frente, miró á todos lados, y fijando sus ojos en don Juan, dijo :

—¿Aun estais aquí?

El mancebo la estrechó entre sus brazos; pero cuando iba á pronunciar una palabra de amor, la doncella, levantándose repentinamente y separándose, le dijo:

—Don Juan.... vuestro padre os espera....

Abrió Guzman los ojos estremadamente, miró á la doncella como quien no comprende lo que oye, y luego repuso:

—¿Quieres que me aleje? ¿Has dicho eso?

—No sé lo que quiero.... No me acabeis de matar.... No podemos amarnos, porque nos separa un abismo.... yo.... soy la hija de.... un....

No tuvo valor para concluir. De su boca salió un grito desgarrador, elevó al cielo una mirada de conmovedora súplica, y huyó tan velozmente, que don Juan no pudo contenerla.

Quedó el mancebo parado por algunos instantes, mirando á la puerta por donde Sol habia desaparecido, como si contase afanosamente las oscilaciones de la cortina, que aun ondulaba suavemente; y luego, oprimiendo el pecho con ambas manos, sacudió la cabeza y exclamó:

—¿Por qué no se hunde la tierra bajo mis piés?... ¡Oh!...

Y despechado, loco, abrió la puertecilla y salió.

Casi sin aliento llegó á su casa, saltó sobre su caballo alazan cubierto de acero, clavóle el acicate, y en pocos segundos llegó á las puertas del palacio real.

En aquel momento disponíase don Alonso á partir sin su hijo.

—¿Dónde habeis estado? le preguntó con tono severo.

—No creí, padre y señor, que fuese tan tarde, contestó con turbado acento el doncel.

—Bien, repuso el inflexible don Alonso, yo sabré castigaros. En el primer encuentro os colocareis detrás de todos como el soldado de menos valor, y solo tomareis parte en la pelea cuando no haya que hacer sino perseguir á los fugitivos derrotados.

Las megillas del mancebo se encendieron, su mirada se animó, y dijo :

—¡Antes matadme, señor !

—Yo os lo mando, porque justo es que el que llega el último, sea tambien el postrero en romper su lanza.

—Señor....

—Seguidme, interrumpió el de San Lúcar con un tono que no daba lugar á réplica.

El jóven clavó con rãbia los acicates en el vientre de su alazan que, tascando el duro freno, levantóse sobre sus patas traseras, y luego partió impaciente tras la lucida y marcial cabalgata.

Algunos momentos despues se derramaba el pueblo curioso por las calles de la poblacion, y todo volvía á quedar tranquilo.

El heredero de San Lúcar llevaba envenenado el corazon : la hija del infante don Juan sentia en el suyo una herida horriblemente dolorosa. Aquel debia desahogar su coraje dando tajos y lanzadas ; esta debia consolar su dolor llorando noche y dia.

¡ Pobres amantes !

—¿Dónde habéis estado? le preguntó con tono severo.

—No creí, padre y señor, que fuese tan tarde, con-

testó con turbado acento el doncel.

—Bien, repuso el inflexible don Alonso, yo sabré cas-

tigaros. En el primer encuentro os colocareis detrás de

todos como el soldado de menos valor, y sólo tomaréis

parte en la pelea cuando no haya que hacer sino perse-

guir á los fugitivos derrotados.

Las flechas del manco se encendieron, su mirada

se animó, y dijo:

—Antes matadme, señor!

—Yo es lo mandó, porque justo es que el que llega el

último, sea también el primero en morir en la guerra.

—Señor...

—Seguidme, interrumpió el de San Lúcar con un

tono que no daba lugar á réplicas.

El joven clavó con rábida los ojos en el vientre de

su alaxa que, tascando el duro freno, levantóse sobre

sus patas traseras, y luego partió impaciente tras la hi-

enda y marcial capitales.

Algunos momentos después se derramaba el pueblo

curioso por las calles de la población, y todo volvía á

quedar tranquilo.

El heredero de San Lúcar llevaba envengado el co-

razón: la hija del infante don Juan sentía en el suyo una

herida horriblemente dolorosa. Aquel debía desahogar

su cuerpo dando tajos y lanzadas; esta debía consolar su

dolor llorando noche y día.

¡Pobres amantes!

Sin embargo, por lo mas escarpado de la camina  
 cerana, ya atravesado sembrado, ya trocando cerros  
 ó salvado maleas, un hombre fuese esta figura, mon-  
 tado en un asno, caminaba con una ligera silla so-  
 mun á los pechos de esta especie de cua-

**CAPITULO II.**

El clarísimo resplandor de la luna durante la noche  
 pre el uno y el otro, y casi como si fuesen en medio del  
 dia, podian examinarse sin ningun trabajo.

**El Brujo.**

En casi imposible de ver, ni una aproximación  
 te, la edad de aquel hombre, á quien no podía mirar  
 se sin sentirse sobrecogido de espanto. Podia tener  
 treinta años, cuarenta, mas ó menos, y su figura de  
 estas edades le habia convenido. Su rostro, entre-

La noche habia llegado, y ya hacia mas de una hora  
 que el toque de *animas* se habia repetido por todas las  
 campanas de las iglesias y conventos de Valladolid.

Nunca la luna habia resplandecido con mas claridad.

Los altos torreones, las gruesas murallas y puntia-  
 gudos campanarios parecian coronados por una aureola  
 blanca y luciente, y proyectaban sobre la tierra anchas  
 y prolongadas sombras.

Poquisimas personas transitaban por las calles de la  
 ciudad, pero menos aun, ó mejor dicho, ninguna cami-  
 naba por los alrededores, porque los campesinos habian  
 dejado sus faenas al oscurecer, y los viajeros, ó no se  
 atrevian á continuar su marcha á aquellas horas, ó  
 aguardaban el dia para llegar á la poblacion, puesto que  
 las puertas estaban cerradas y guardadas toda la noche.



Sin embargo, por lo mas escabroso de la campiña cercana, ya atravesando sembrados, ya trepando cerros ó salvando malezas, un hombre de estraña figura, montado en un asno, caminaba con una ligereza nada comun á los pesados movimientos de esta especie de cuadrúpedos.

El clarísimo resplandor de la luna daba de lleno sobre el uno y el otro, y casi como si fuese en medio del dia, podian examinarse sin ningun trabajo.

Era casi imposible adivinar, ni aun aproximadamente, la edad de aquel hombre, á quien no podia mirársele sin sentirse sobrecogido de espanto. Podia tener treinta años, cuarenta, mas ó menos, y cualquiera de estas edades le hubiera convenido. Su rostro, enteramente imberbe, bastante moreno en su mayor parte, amoratado en sus mejillas y amarillo en su saliente barba y aplastada frente, tenia una piel áspera y en la que se veian las señales de algunas cicatrices que el tiempo habia encallecido.

Sus pequeños ojos, redondos y brillantes como los de la lechuza, giraban como recelosamente, aunque con estremada viveza, y estaban casi cubiertos por unas cejas espesísimas, de tan prolongado y áspero pelo, que se asemejaban á dos pequeñas viseras de alambres tejidos, que se movian subiendo y bajando, según se dilataban sus verdes pupilas ó se cerraban sus feroces ojos.

Sus espesos y negros cabellos, ásperos como cerdas, estaban tan desordenados, que á pesar de tener des-

cubierta la cabeza, parecia que llevaba un ancho capuchon.

Nada mas extraño y repugnante que el aspecto de aquel hombre, flaco cual si fuese un esqueleto, de estatura muy elevada, de ancha nariz y mas ancha boca, bajo cuyos labios, gruesos y salientes como los de un mono, se dejaban ver dos hileras de larguissimos dientes, claros, desiguales, rematando en punta, y tan blancos, que hubieran hecho, por su blancura, llorar de envidia á una mujer presumida.

Vestia un ancho saco de piel de zorra, sujeto á la cintura por una correa, de la que pendia un largo cuchillo con mango de encina, y en cuya negra hoja se veian algunas manchas que parecian ser de sangre. Calzaba anchas abarcas de piel de toro, y hasta cerca de la rodilla presentaba desnudas sus largas, flacas y musculares piernas.

El asno era negro como el caos, flaco tambien, y tan pequeño, que poco faltaba á los piés del jinete para tocar en tierra. Caminaba el cuadrúpedo con menudo paso, pero tan ligero, que avanzaba con maravillosa rapidéz; y si bien un caballo le hubiera llevado ventaja en el primer arranque de su carrera, en un largo camino no hubiera podido seguirle uno y otro dia sin descanso, sino á trueque de reventarse. Ni una sencilla cuerda sujetaba su boca, ni aparejo alguno pesaba sobre sus lomos; obedecia con toda exactitud la voz de su dueño. Siempre llevaba en alto sus largas orejas, y su delicado oido, su instinto ó su olfato, le hacian conocer

la proximidad de otros seres, mucho antes de llegar á ellos, y avisaba con un movimiento de cabeza.

Largo rato anduvieron, el hombre con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, y como entregado á profundas meditaciones; y el asno siempre atento al menor ruido que se percibía, siempre corriendo con igual velocidad, y dilatando sus anchas narices al compás de sus pasos.

Cuando estuvieron cerca de la ciudad y habían llegado á un sitio lleno de malezas, el hombre, con ronca voz y breve acento, dijo:

— Quieto.

El asno quedó inmóvil.

— Yerba tienes aquí; cena y aguardame, repuso el hombre á la vez que se apeaba.

Pareció entender el cuadrúpedo á su dueño, y se puso á pastar tranquilamente.

Sin cuidarse de buscar el sendero mas practicable, aquel hombre se dirigió por la línea recta hácia la ciudad, siempre silencioso, siempre pensativo; pero cuando llegó al pié de las murallas exhaló un suspiro, que resonó en el interior de su pecho como las corrientes de aire en las concavidades de una montaña.

— Ya estoy muy cerca, murmuró.

Y separando de su frente algunos mechones de cabellos, colocó un pié en una de las muchas grietas del muro, introdujo en otra las manos, y con prodigiosa seguridad y mas prodigiosa ligereza trepólo, y encontróse en breve en su parte superior.

Una vez allí, poco trabajo le costó encontrar fácil descenso; así es que á los pocos instantes estaba ya en el interior de la ciudad, donde reinaba el silencio mas profundo.

Con la seguridad del que ha pasado muchas veces un mismo camino, así atravesó aquel hombre calles y calles, volviendo á derecha é izquierda, con paso igual y firme, y ya iluminado por los resplandores de la luna, ya envuelto en la oscuridad. Por intervalos brillaban sus ojos como dos luces, que parecían apagarse luego, y á veces dejaba escapar un suspiro, rechinaba sus largos dientes como el leon aprisionado, ó los castañeteaba como el tigre que olfatea la sangre.

¿Quién era aquel hombre?

Sin duda nadie y todos lo conocian, horrorizaba su nombre, y mas aun su presencia, y era uno de aquellos seres que en los pasados tiempos de ignorante y sencilla preocupacion aterraban con su misteriosa vida, y eran objeto de espantosos comentarios y maravillosas aventuras.

Tal debia suceder con el dueño del asno, porque al pasar frente á un postigo, en el momento en que salia una mujer, fué por esta examinado con rápida mirada, y al ver brillar sus ojos de demonio, la infeliz supersticiosa retrocedió llena de espanto, murmuró con trémulo acento un *Jesus, Maria y José*, santiguóse con ligereza, y entrándose de nuevo en la casa, cerró la puerta y dijo:

—¡El *Brujo!*... ¡Dios nos ampare!... ¡Alguna desgracia sucederá esta noche!

El hombre soltó una carcajada nerviosa, y cuyo sonido parecía el que producen las ramas secas de un árbol cuando se desgajan, y murmuró:

— ¡Necios! huyen de mí, en vez de perseguirme. ¡Brujo!... No tengo nombre, ya me lo han dado.

Y siguió dejando atrás aun algunas calles, hasta que al llegar á una esquina, paróse repentinamente y quedó inmóvil.

Llegaron á sus oídos los bien acordes y melodiosos sonos de una cítara hábilmente pulsada.

Los ojos del Brujo relucieron como dos fosfóricas luces, y de la misma manera que si una feroz alegría hiciese palpar su corazón, y luego escondiéronse bajo sus espesas cejas, y percibióse un ronquido, que allá en lo interior de su pecho resonó como si hirviese la mas reconcentrada rabiá. Sus largos y huesosos dedos apretaron convulsivamente el tosco mango de encina de su cuchillo, y luego volvió á quedar inmóvil y atento á la dulce música.

Avancemos algunos pasos para examinar al enamorado trovador, que sin duda se disponia á entonar tierno romance, si no es que ya, despues de haberlo cantado, sacaba á las cuerdas de su cítara los últimos acordes para que fuesen en pos de los ecos de su cantiga.

— ¡El Brujo!... ¡Dios nos ampare!... ¡Alguna desgracia sucederá esta noche!

## CAPITULO III.

Tras un suspiro un romance, y tras el romance el corazón.

Frente á una casa de suntuosa apariencia, y decimos suntuosa, porque tal se consideraba entonces cualquier edificio de grandes proporciones, un hombre joven aun, terciado al hombro izquierdo el embozo de su capa, pasando por encima del embozo el diestro brazo, y descansando la muñeca en la caja de una cítara, sostenida en su parte superior por la siniestra mano, heria las cuerdas hábilmente y dirigia miradas afanosas á una ventana, cerrada con celosías y vidrios de colores por dentro, y á través de los que, y de los agujeros de aquella, se escapaban algunos rayos de pálida luz.

Cubria la cabeza del mancebo negro bonete: pendia larga tizona de su siniestro costado, y al resplandor de la luna podia verse su rostro moreno, sus negros ojos y mas negra barba, fina y reluciente.

Pasaron algunos instantes.

El caballero no apartaba sus miradas de la celosía, y tan absorto estaba en su contemplacion, que dificilmente hubiera podido apercibirse de ninguna cosa que hubiese pasado cerca de él.

Maquinalmente heria las cuerdas del sonoro instrumento.

Repetíanse los acordes en el silencioso espacio, y se perdian tan insensiblemente como se pierden los recuerdos tras las horas.

Mil suspiros de amor se mezclaban con las dulces armonías.

En el misterioso silencio de la noche, la música diuita el corazon, eleva el alma y lleva el pensamiento á desconocidas regiones.

A los gratos sonidos de la cítara y á los tiernos suspiros del mancebo, solia mezclarse el eco de un ronquido cavernoso, extraño; pero el trovador de nada se apercibió.

El caballero exhaló un suspiro, hirió con mas fuerza las cuerdas de la cítara, y entonó el mas tierno y amoroso romance que jamás cantara nocturno rondador.

Mas que el sol, sol cobdiciado,

Los tus desdenes depon,

Ca non es bien que sus luces

Niegue á los homes el sol.

De esta manera concluyó el mancebo su cantiga,

cuando súbitamente y sin haberse apercibido de un bulto que tenia cerca de sí, sintió como si una argolla de hierro oprimiese gradualmente su garganta.

La cítara se escapó de sus manos, volvió trabajosamente la cabeza, y no pudo reprimir un grito de espanto al ver relucir como dos áscuas los feroces ojos del Brujo, y al ver sus afilados dientes, que se movian al abrir y cerrar la boca, como si se preparasen para devorarlo.

—¿Tienes miedo? dijo el Brujo con horrible sarcasmo. Entonces ¿por qué vienes aquí?

—¡Miserable!... ¡Asesino!... articuló el mancebo, que apenas podia respirar.

—Yo te soltaré para que puedas hacer uso de tu espada, repuso el Brujo; pero como voy á matarte y á arrancarte el corazon porque late por la hija de don Juan, quiero que sepas antes que yo la amo, porque así tendrás celos y sufrirás tanto como yo.

El caballero habia sacado su espada, pero en vano, porque los dedos de hierro del Brujo le oprimian de tal manera, que no le dejaban moverse, y casi le quitaban la respiración.

—Hace un mes, prosiguió el Brujo, otro miserable como tú se atrevió á cantar á Sol, y al dia siguiente su cuerpo estaba aquí tendido y su pecho sin corazon.

Estremecióse el mancebo, y á pesar de que no era cobarde, faltóle poco para que el acero se le escapase de las manos.

Lo que acababa de decir el Brujo, era verdad.

—¿Sabes dónde está el corazon de don Gomez? En mi

palacio, porque yo tambien tengo palacio. Allí irá el tuyo y serán dos; me falta otro, el que arrancaré con mas alegría, porque no solo ama á Sol, sino que es correspondido; es el corazón de un rapaz atrevido, del hijo de don Alonso Pérez de Guzman el Bueno. Ya sabés lo que vá á ser de él ahora: defiéndete si quiéres tomarte ese trabajo; aunque de nada te servirá.

El Brujo soltó al doncel; y este, despues de tomar aliento, presentó á su feroz enemigo la punta de su acero.

—Ahora pagarás tus crímenes, exclamó.  
Soltó el Brujo una carcajada estrepitosa y horrible, y blandiendo su ancho cuchillo, se arrojó con los brazos abiertos sobre el mancebo.

Recibiólo este con la punta de su espada, pero al chocar esta contra el pecho del asesino, rompióse en dos pedazos como si la piel de zorro de su vestido fuese una armadura de bien templado acero.

El Brujo dejó escapar una segunda carcajada, oprimió entre sus brazos de hierro al doncel, y hundió en su garganta el cuchillo.

Oyóse un ¡ay! de muerte, y el cuerpo del tróvador cayó en tierra.

Siguióse un profundo silencio, y una escena horriblemente repugnante que renunciamos á describir. Solo diremos que algunos instantes despues, el Brujo revolvía entre sus ensangrentadas manos el corazón caliente aun del mancebo.

—¡Ya respiro con mas libertad! dijo el asesino. Y sus ojos brillaron mas que nunca, moviéronse repentinamen-

te sus cejas, y sus dientes castañetearon como si saborease la sangre de su víctima.

Luego guardó en el pecho bajo su saco el sangriento despojo, volvió á colocar el cuchillo lleno de humeante sangre en su cinturón, y despues de mirar á la ventana, alejóse tranquilamente.

Un cuarto de hora trascurrió, y el Brujo escalaba la muralla y volvía al campo.

Encaminóse al sitio en que habia dejado su negro jumento, montó en él, y silencioso y meditabundo como antes lo vimos, alejóse mientras la luna iba ocultándose tras los vecinos montes.

Dejémosle, porque habíamos de fatigarnos mucho si intentáramos seguirlo.

Vá mas deprisa que vino, porque el asno apenas ha oído decir á su dueño:

—¡Condenado!

Es decir, apenas ha oído pronunciar su nombre, apresura sus menudos pasos.

Bueno será que vayamos en busca del enamorado Guzman, mientras que el suceso que hemos referido dá asunto para hablar algunos dias á los habitantes de Valladolid.

le arrancó, y sus dientes castañearon como si sabores  
se la sangre de su víctima.

Después guardó en el pecho bajo su saco el sangriento  
to de despojo, volvió á colocar el cuchillo lleno de humeante  
sangre en su cinturón, y después de mirar á la ventura  
alguno transcurrido.

Un cuarto de hora trascurrió, y el bruto escalaba  
la montaña y volvió al campo.

Examinóse al sitio en que había dejado su negro in-  
menso, mojado en él, y silencioso y meditabundo como  
antes lo vimos, dejóse mientras la luna iba ocultándose  
tras los vecinos montes.

Dejémosle, porque hablamos de fatigarlos mucho si  
intentamos seguirlos.

Vá mas deprisa que vino, porque el año apenas  
ha oído decir á su dueño:

—¡Condénado!

Es decir, apenas ha oído pronunciar su nombre, apre-  
suró sus menudos pasos.

Bueno será que vayamos en busca del chamorero  
Guzman, mientras que el suceso que hemos referido dá  
suavito para hablar algunos días á los habitantes de  
Vallabid.

## CAPITULO IV.

De cómo hablaba don Alonso de sus enemigos.

Una jornada antes de llegar á Leon, y yendo de la parte de Castilla, encontrábase en el siglo XIV una mala posada donde el fatigado viajero podia reposar, aunque incómodamente, algunas horas.

Cierto dia, no recordamos la fecha, y á la hora en que el sol habia andado poco mas ó menos la mitad de su camino, el dueño de aquella posada, venta ó meson, que lo mismo tiene para el caso, hallábase á la puerta y hablaba tranquilamente con su mujer, y de vez en cuando enseñaba sus desiguales dientes al entreabrir su desmesurada boca, y ensanchaba su gruesa nariz, y brillaban sus ojuelos verdes, todo al desplegar una sonrisa de la mas expansiva de todas las satisfacciones.

Su mujer, propia mujer al fin, parecia disgustarse con la alegría de su marido; y cuando este á su vez se

disgustaba por el mal humor de su mitad *ex-cara*, ella mostraba el contento de su torcida intencion.

—Cuarenta años hace, Susana, decia el ventero, que vivimos juntos, y ya ves que cuarenta años no son ahí una cualquiera cosa; pues bien, todo este tiempo no ha sido bastante para que yo acabe de conocerte.

—Muy torpe has sido, contestó la ventera encogiéndose de hombros.

—Lo siento, pero es el caso que así ha sucedido, y no en mi provecho ciertamente.

—¿Y á qué vienen ahora esos sermones?

—Lo digo, mujer, por lo mismo que estábamos hablando. Te decia que este año ha sido para nosotros de fortuna, porque si bien esos malditos soldados del infante nos han robado muchas gallinas, algun cerdo y otras menudencias, sus idas y venidas por estos lugares nos han proporcionado buenos negocios. Hablábanse apaciguado, y por algun tiempo nos hemos visto libres de ellos. Ahora vuelven á las andadas, y hoy mismo su presencia nos ha valido una decente cantidad de monedas de plata. Monedas que quizás te cuesten demasiado caras.

—En siendo con todos complaciente, nada hay que temer. Segun las noticias que los del infante habian recibido, las tropas del rey llegarán quizás esta tarde; y así como los unos despues de pagarme lo que se comieron me regalaron para que no dijese el camino que llevaban, los otros me regalarán tambien porque les descubra el secreto.

—Cien veces has repetido eso mismo.

—Es verdad, como tambien lo es, y me llama la atencion, el que tan buena suerte no te alegre, cuando en otras ocasiones te muestras tan gozosa, solo porque algun viajero se deja engañar dando algunos maravedís mas de lo que debe.

—Es que no me gusta el dinero mal ganado.

—¿Y el que sacas á un pobre?...

—Es producto de mi trabajo, que bastante me cuesta sacar agua del pozo para añadirla al vino, ó buscar un gato cuando falta un conejo.

—¿Quieres burlarte de mí?

—Lo que no quisiera, es lo que ha de suceder, y muy pronto.

—¿Alguna desgracia?

—Que si no el infante, los capitanes del rey, te ahorcarán cuando descubran que los engañas.

—Nada temas.

—Ya lo veremos.

—Tan tranquilo estoy, que me parece un siglo cada hora que tardan en llegar los soldados de S. A.

—No te impacientes, que si no me engaña la vista, se levanta mucho polvo por aquella parte, y tal vez sean ellos.

El posadero miró hácia el sitio indicado por su mujer, y vió que en efecto se levantaba un remolino de polvo, que lentamente fué acercándose y aumentando.

—Ellos son, sin duda, dijo á la vez que se frotaba las manos alegremente.

—Cuidado, Pedro, que del peor árbol se puede hacer la mejor horca.



—También se puede cortar el mejor palo para romperte los huesos si cometes una imprudencia.

—No me amenazas, Pedro.

—Cierra la boca y tendremos paz, que tu maldita lengua ha de perdernos.

—Lo mas acertado será meterme en la cocina, para que solo te arregles como quieras, y bien tengas si bien baces.

—Calla, mujer.

—No olvides lo que te digo, que de boca esperiméntada lo aprendí.

El mesonero hizo un gesto de impaciencia.

—¿No habías pensado dejarme solo? dijo.

—Sí, voy á dejarte, pero no quiero que peques por falta de advertido, que al fin y al cabo, aunque muy mal me tratas, me manda Dios que mire por tí.

—Paciencia.

—De mí habrás aprendido.

—Pero me la apuras.

Replicó la mesonera, volvió á contestar su marido, y todavía pasaron largo rato sin separarse.

Al cabo de una hora llegaron tres ginetes; otros tras aquellos, y luego el camino se vió cubierto por una larga fila de soldados.

—¡Aqui, ventero!

—Tomad mi caballo.

—¿Teneis pan?

—Asadme una gallina.

—¡Bergante!

—¿Estais sordo?

—Mas aprisa, ¡vive Dios!

Estas y otras parecidas voces se oyeron á la vez; y mientras el posadero corria de un lado para otro, la tropa llegaba y crecia la confusion.

Cada cual acomodóse como pudo; comió de sus provisiones ó de las que habia en la posada, y mas tranquilos ya despues de media hora, don Alonso Perez de Guzman, que en compañía de su hijo ocupaba el mejor aposento, llamó al dueño de la venta.

—¿En qué puedo serviros, señor? dijo Pedro.

—¿Falta mucho para Leon?

—Unas seis horas largas.

—De manera, que quizás nos coja la noche en el camino.

—Regularmente.

Don Alonso meditó algunos instantes; luego fijó en el posadero una mirada escudriñadora, y repuso:

—¿Sabeis quiénes somos?

—Soldados del muy noble rey Fernando, á quien Dios conserve.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Nadie, señor.

—¿En qué lo habeis conocido?

—En que la gente que os sigue no entra robando y maltratando como la de don Juan.

—¿Ha estado aqui?

—Os diré, señor: el infante.... lleva mala gente....

—No os pregunto eso, interrumpió con severidad don Alonso.

—Perdonad, señor....

—¿Sabeis quién soy?

—No os conozco, pero si me lo decís....

—Don Alonso Perez de Guzman.

El posadero fijó en nuestro héroe una mirada de sorpresa, y dijo :

—¡Don Alonso !...

—Ya me conocéis. Ahora, si en algo estimais vuestra vida, contestadme sin rodeos.

—Preguntadme, señor.

—Me llevaré vuestra cabeza si me engañais ; os dejaré nueve doblas si me decís la verdad.

—No es dudosa la eleccion.

—¿Dónde está el infante?

—No lo sé.

—Acordaos de lo que os he dicho.

—Esta mañana estuvo aquí con su gente.

—¿Hace mucho rato?

—Unas tres horas.

—¿Qué camino tomaron?

—El de Leon.

—Ya no podremos alcanzarlos.

—Segun.

—Explicaos.

—Debían detenerse no lejos de aquí, para aguardar la vuelta de un ginete que fué á ver si os descubria.

—¿Y ese ginete?...

—No ha vuelto, y es extraño, porque llevaba una yegua muy corredora.

—Ni volverá.

—¿Lo habeis visto?

—No os he llamado para que me preguntéis.

—Perdonad, señor.

—¿Qué pensaban hacer si les anunciaba nuestra venida?

—Segun he podido entender, pensaban encerrarse en Leon, porque no creian poder haceros frente con los soldados que van.

—¿Son muchos?

—Unas cincuenta lanzas y sobre trescientos peones.

—Bien, os vendreis con nosotros, y si me habeis dicho la verdad, os daré la recompensa prometida.

—Señor, dijo Pedro con tono suplicante, no hagais tal, porque si abandono mi casa, aun cuando no sea mas que por un dia, me arruinaré.

—¿Y quién me responde de tí?

—¿Quereis rehenes?

—Son indispensables.

—Llevaos á mi mujer.

—Sois un villano, dijo con desprecio Guzman.

—Es verdad, señor, es verdad, pero villano que no os engaña, os lo juro.

Don Alonso pensó que nada adelantaria con ahorcar al posadero, y le dijo:

—Bien, quedaos, pero tened en cuenta que si habeis

mentido y desapareceis, quedará esta casa, que haré quemar.

—Ya lo vereis, noble señor.

—Idos.

Salió el posadero, y don Alonso miró á su hijo que, absorto en meditaciones profundas, casi no se habia apercebido de la conversacion que acababa de tener lugar.

—Advierto, don Juan, dijo Guzman al mancebo, que desde que salimos de Valladolid, os distraeis con frecuencia.

—Casualidad, padre mio.

—¿Estais enfermo?

—Nó, señor.

—¿Qué tenéis, pues?

—Me duele vuestro enojo, padre y señor.

—Vuestra es la culpa, don Juan.

—Lo sé, y me pesa.

—Quizás dentro de tres horas estaremos peleando con los enemigos del rey: es el primer lance, en él probareis vuestro valor, y os perdono; pero que mi indulgencia sea para vos mas provechosa que mi castigo.

—Gracias, padre mio, contestó el mancebo inclinando respetuosamente su hermosa cabeza.

—A caballo, don Juan.

Cinco minutos despues seguian su camino á buen paso los soldados del rey.

Entró rápidamente la noticia de que el infante se hallaba cerca, y caballeros y soldados se regocijaban con la idea de la victoria y del botin, y sobre todo con la de

hacerse dueños del rebelde, cuya prision debia proporcionarles una pingüe ganancia, y no poca gloria.

—¿Y no sospechais, decia un caballero á don Alonso, que ese villano os haya engañado?

—Creo que nó, mi amigo don Gomez; porque lo mismo que es verdad que el infante traidor habia enviado un ginete para que viera si nos encontraba, debe tambien serlo todo lo demás.

—Acertado anduvisteis en detener á aquel hombre.

—A no hacerlo así, ya tendria noticia el infante de nuestra venida, y estaria quizás dentro de Leon.

—Nuestra debe ser la victoria, dijo otro caballero, siquiera porque somos mas.

—Difícil será que se nos escape.

—¿Y qué hemos de hacer de él?

—Llevarlo con una cuerda al cuello como traidor y asesino, y atado á la cola de un caballo hasta las puertas del palacio del rey.

—Sus parciales trabajarán, lo perdonará el rey, y antes de un mes habrá vuelto á sus mañas.

—¿Quereis acaso matarlo?

—Sí, quiero matarlo, porque esa es la pena con que se castiga á los traidores á su pátria y á su rey, y el infante ha sido traidor ya muchas veces.

—No será mi espada la que se tiña en su sangre, dijo don Alonso.

—¿Vos, que habeis recibido de ese miserable tamaña ofensa, quereis perdonarle la vida?

—¿No pensais, mi buen amigo, que en mí se tendria

por ruin venganza lo que en vos por merecida justicia?

—¿Habeis olvidado?...

—Nó, don Enrique, nada he olvidado: Tarifa está grabada aquí bajo este acero, dijo Guzman golpeando el peto de su armadura; empero hay un Dios que castiga al malvado y que prohíbe la venganza. Ruin corazon seria el mio si anhelase el momento de que el infante estuviese á mis piés vencido y desarmado para asesinarle cobardemente como él asesinó á mi hijo. ¡Nó, vive el cielo, que el corazon de un Guzman no cede en nobleza al de un rey!

Los negros ojos del señor de San Lúcar brillaron y su impaciente mirada se paseó tranquilamente por la brillante comitiva; mientras que su hijo, á la vez que elevaba al cielo la suya como en accion de gracias, exhalaba un suspiro, cual si sintiese aliviado su corazon de un enorme peso.

—¡Bravo per Dios! exclamó el llamado don Gomez.

—¿Qué decís de eso? preguntó á don Juan Alfonso el nombrado don Enrique: ¿qué hariais del infante si cayese en vuestro poder?

—Entregarlo al rey para que lo castigase ó lo perdonase, contestó el heredero de San Lúcar.

—Bien, hijo mio, no desmientas jamás tu nombre.

—Padre, salvad al infante, dijo para sí don Juan Alfonso, y Sol me amará mucho mas.... Tal vez ya no me ame.... herí su corazon en la fibra mas delicada.... ¡oh!...

Y apretando los puños clavó involuntariamente los acicates en el vientre de su potro.

—¿Por qué obligais así á vuestro corcel? le preguntó un caballero.

—Porque me mata la impaciencia.

—Bien, don Juan Alfonso, tenéis corazón.

—Grande, pero enfermo, murmuró el doncel á la vez que hacia levantar el galope á su caballo.

Y entretenidos en dulce plática, ya sobre amores, ya sobre los asuntos del reino, pasaron tres horas, al cabo de las cuales algunos ginetes que caminaban á la descubierta, volvieron para noticiar al señor de San Lúcar, que en un valle que se estendia á la bajada de un montecillo cercano, reposaban tranquilamente el infante y los suyos.

Don Alonso ordenó á sus gentes; destacó algunas fuerzas á derecha é izquierda para atacar al enemigo por tres lados á la vez, y animando á sus soldados con palabras de honor y de victoria, se puso á la cabeza de los escuadrones, llevando á su hijo al lado, y la lucida tropa marchó á encontrar á los rebeldes.



—Por qué obligáis así á vuestro corcel, le preguntó un caballero.

—Porque me mata la impaciencia.

—Bien, don Juan Alonso, tenéis razón.

—Grande, pero colórame, murraró el hancal á la vez que hacia levantar el galope á su caballo.

Y entretendidos en tales pláticas, ya sobre amores, ya sobre los asuntos del reino, pasaron tres horas, al cabo de las cuales algunos ginetes que caminaban á la descubierta, volvieron para noticiar al señor de Sanúcar, que en un valle que se extendía á la bajada de un montecillo cercano, reposaban tranquilamente el infante y los suyos.

Don Alonso ordenó á sus gentes; destacó algunas fuerzas á derecha é izquierda para atacar al enemigo por tres lados á la vez, y animado á sus soldados con palabras de honor y de victoria, se puso á la cabeza de las escuadras, llevando á su hijo al lado, y en lucha propia marchó á encontrar á los rebeldes.



CAPITULO V.

De cómo don Alonso Perez de Guzman, era digno de llamarse el Bueno.

Al llegar á la cumbre de un montecillo, descubrieron las tropas reales á los rebeldes, y estos se apercibieron de sus perseguidores.

Un solo grito se escapó de ambas partes; y como el torrente que bramando se precipita de un escarpado risco, la hueste de Fernando IV cayó sobre la del infante.

El choque de los aceros, las amenazas y los ayes, el ronco son de los clarines y el relincho de los embravecidos corceles pobló el espacio, y en las vecinas montañas, en los cercanos bosques se repitió, y como una música infernal encendió la sangre de los combatientes, hizo hervir en todos los pechos la venganza, arder en todas las cabezas una sanguinaria fiebre y multiplicar los golpes homicidas al espantoso y horrible compás del

hipo de muerte, de los suspiros de agonía, de los ayes de dolor, de las amenazas antes cumplidas que acabadas de pronunciar, de las imprecaciones, hijas de la desesperacion y de la rábia.

Rechinaban las armaduras, crujian los aplastados cráneos, corria la sangre, y sobre una alfombra de carne humana hundian sus ferrados cascos los corceles, y parecian embriagarse en medio de la inhumana destruccion.

Trascurrió una hora.

Escondíase el sol tras una elevada montaña, como si no quisiese presenciar la horrible matanza, como avergonzado de que el hombre, el ser superior á todos los seres de la tierra, se mostrase mas fiero que todos, mas sangriento y mas bárbaro.

¿Dónde está el señor de San Lúcar?

En lo mas encendido de la pelea. Su robusto brazo blandé un lanzon de dos hierros con la misma vigorosa energia que en su juventud.

Lo sigue su hijo, que aunque de imberbe rostro, revuelve sobre su cabeza un hacha, en cuyos filos vá la muerte.

Quién de los dos se mostraba mas arrojado, mas ardiente ó mas animoso, no hubiera podido decirse.

A poca distancia de don Alonso, se veia el infante don Juan con su torva mirada, contando el número de las vidas que quitaba por el número de los golpes que descargaba con su maza de hierro, hábil y potentemente manejada por su nervudo brazo.

—¡A mí, don Juan, traidor, villano, asesino! gritó don Alonso, pugnando por llegar hasta el infante.

—¿No le perdonábais la vida? preguntó el doncel á su padre.

—Si lo encuentro indefenso, sí; pero frente á frente, armado como yo, no lo perdono; quiero vengar á mi hijo, pero vengarlo como caballero.

Y á la vez que esto decia, su lanzon atravesaba pechos enemigos y ganaba terreno acercándose al infante.

—¡A mí! repitió con voz de trueno. ¡A mí, cobardel!

—¡A vos iré si me dejan! gritó don Juan.

—¡Dios de Dios!... ¡Paso, canalla!

Pero caballeros, hidalgos y soldados se apiñaban alrededor de don Juan, ganosos de alcanzar tan codiciada presa. Muchos habian pagado ya con sus vidas su arrojo, pero á ninguno arredraba la muerte, porque hasta el instinto de conservacion lo pierde el hombre cuando la sed de sangre y de venganza domina su razon.

De pronto el grito de victoria oyóse repetir por los soldados del rey, y el desórden mas completo se introdujo en las filas de los rebeldes.

Creció la confusion, y los que en tropel huian, y los que perseguian á los vencidos, se interpusieron entre don Alonso y el infante.

—¡Castilla y don Fernando! se repetia por do quiera con atronadora gritería.

La matanza se hizo mas horrible, porque los vence-

dores descargaban impunemente sus golpes sobre los vencidos.

Los últimos crepúsculos de la tarde se derramaban sobre el campo, dando mas vivo tinte á las espumosas charcas de humana sangre.

Vencedores y vencidos, todos dispersos ya, daban, rendidos por la fatiga, tregua á su ardimiento vengador, excepto algunos ginetes, que no contentos con haber salvado sus vidas, corrían del uno al otro lado, trepando cerros, cruzando valles, internándose en los bosques, por si la casualidad les ponía cerca al infante traidor.

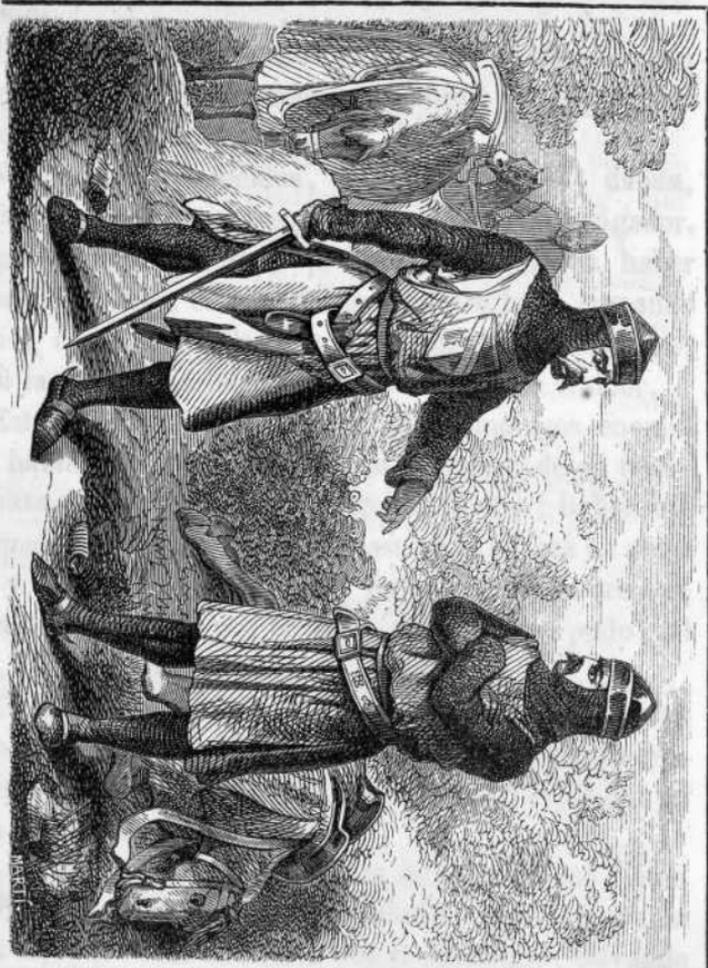
Este se habia visto rodeado por numerosos enemigos; habia sido despojado por un balletero de su terrible maza, mientras evitaba un golpe de otro; habia roto su espada al dividir el acerado casco y la cabeza de estos dos, y habia dejado su puñal en el pecho de otro que sujetaba á su yegua por el freno, y que solo pudo, al caer, herir en un ijar al fogoso bruto.

El infante estaba, pues, completamente desarmado, y aunque su torda yegua corría con la velocidad del rayo, se desangraba por instantes, y muy pronto debia dar en tierra con su dueño.

Aun en medio de la confusion de la huida no habia perdido don Alonso de vista al infante, y en compañía de su hijo, el noble caballero era el único que, salvando las malezas de un bosque, perseguía con ardimiento al traidor.

— ¡Deteneos, cobarde! gritaba Guzman. ¡No huyais, vive Dios, como en Tarifa! ¡El ánimo os falta delante





*Y cruzó los brazos sobre el pecho, y contempló á D. Alonso con la insolencia de su mirada.*

de un hombre, como la crueldad os sobra con un niño!

Don Juan Alfonso seguía á su padre, y su corazón palpitaba con violencia, porque veía cercana una lucha á muerte, en la que ni podía salvar al infante como lo habia prometido á Sol, ni dejar de vengar á su padre si la suerte le era adversa.

—¡Sangre, decia el mancebo para sí, un mar de sangre se interpondrá entre nuestro amor!

Y la desesperacion trastornaba su cabeza, y ahogábalo el dolor.

Del vientre de la torda yegua salió la última gota de su sangre, y quedando un momento parada, dando apenas tiempo á su ginete para echar pié á tierra, cayó sin vida, abriendo sus anchas narices para respirar por última vez.

Don Alonso se detuvo, arrojó al suelo su lanzon, apeóse tambien, y sacando su espada corrió, ciego de ira, hácia el infante.

—¡Defendeos, cobarde! le gritó.

Los ojos de don Juan brillaron como dos luces, y de su boca salió una carcajada sarcástica, horrible, que detuvo á Guzman.

—¡Asesínadme, estoy desarmado! dijo el infante con su acostumbrado laconismo, pero con amargo desden.

Y cruzó los brazos sobre el pecho y contempló á don Alonso con la insolencia de su mirada.

El doncel no pudo reprimir un grito de alegría; aquel inesperado accidente le dejó ver un rayo de esperanza, porque si su padre olvidaba por un instante sus senti-

mientos nobles y generosos, él se creía con derecho á interponerse entre el vengador y el asesino y recordar al héroe de Tarifa sus palabras, que hay un Dios que castiga la ofensa y prohíbe la venganza al ofendido.

— ¡Desarmado! exclamó don Alonso.

Y el acero se escapó de sus manos y quedó abatido.

— ¿Os falta el valor? dijo el infante.

— Me sobra para mataros, para asesinaros me falta.

Aquellos tres hombres quedaron inmóviles y silenciosos. Había cerrado la noche, pero los resplandores de la luna penetraban á través de las espesas ramas de las encinas y los castaños.

Llegaba hasta allí el rumor de algunas voces, que ya se acercaba, ya se alejaba, y se oía el relincho de los caballos, que sin duda, obligados por los ginetes, recorrían los alrededores.

Don Alonso Perez de Guzman, por el coraje despechado, apretaba los puños con rábía, porque se veía imposibilitado de aprovechar aquella ocasion para vengar la ofensa recibida en Tarifa, para castigar como caballero al asesino de su hijo.

Este esperaba con afán el desenlace de aquella escena, cuyos resultados podían ser muy fatales.

Al cabo de algunos momentos, dióse una palmada en la frente el señor de San Lúcar, y dijo al doncel:

— Dadme vuestra espada; no había pensado....

El mancebo palideció, pero decidido á evitar aquel lance, contestó:

— La he perdido en el combate, padre y señor.

Y procuró ocultarla con el brazo favorecido por la oscuridad de la noche.

—¡Oh!... exclamó don Alonso. ¡El cielo se conjura contra mí!

Una irónica y amarga sonrisa vagó en los labios del infante; luego, bajo sus espesas cejas negras, viéronse revolver rápidamente sus brillantes ojos, y después que hubo contemplado por algunos instantes al señor de San Lúcar, acercósele y dijo:

—¿Para qué buscáis una espada? ¿No es mi muerté la que deseáis?... dádmela sin temor, que nadie ha de saber si me habeis asesinado. Evocad todos los recuerdos, llamad en vuestro auxilio todo vuestro coraje, toda vuestra sed de venganza, y quitadme la vida.

—¿Acaso no me conocéis? dijo don Alonso. ¿Cuándo me visteis manchar mi acero con la sangre del vencido, del débil ó del indefenso?

—¡Que si os conozco! repuso con sarcasmo don Juan. ¡Sois un hipócrita!

—¡Villano!

—Sí, sí, enfureceos y matadme. Tengo una hija; y yo, la fiera real según me apellidan algunos, el descoronado como me dicen otros; yo, señor de San Lúcar, la quiero tanto, que no perdonaría al que me la arrebatase, no dormiría hasta hacer menudos pedazos, beber la sangre del que me habia privado de mi tesoro. Vos no podeis haberme perdonado, no podeis dejar que escape la ocasion de pagar con mi sangre la de vuestro hijo; y si fingis tanta nobleza, es porque estais se-

guro de que no escaparé esta noche con vida, y contando segura vuestra venganza, quereis engañar al mundo con vuestra hipocresía.

Este discurso, repugnante hasta el último extremo, mas que enojo provocó el desprecio de Guzman, que levantando su noble frente y dando á su acento toda la noble autoridad que le era propia, exclamó:

— ¡Idos, miserable!

El doncel, entretanto, habia sentido afluir á su cabeza toda su sangre: la indignacion le hizo olvidar por un momento su amor á la hija de aquel hombre, cuya única insolencia no tenia igual.

— ¡Tened la lengua, vive Dios! dijo, echando involuntariamente mano á la espada.

— ¿Vos tambien, rapaz, me amenazais?

— ¡Silencio, don Juan Alfonso! dijo el de San Lúcar á su hijo.

— Si mis palabras, repuso el infante, han de moveros á que me deis la muerte, mas os diré, y aun en el rostro he de escupiros.

Por uno de los esfuerzos de su voluntad suprema dominó don Alonso su coraje; y recogiendo la espada y embrazando nuevamente su lanzon, se dispuso á cabalgar, á la vez que decia:

— ¡Idos en paz, que en Leon nos veremos mañana.

En aquellos momentos sonaron mas cerca los relinchos y el galope de los caballos que antes se habia oido.

— ¡Que me vaya decís! repuso el infante. He ahí vuestra cobarde hipocresía. ¡Me perdonais la vida cuando

sentís los pasos de vuestros soldados que se acercan, y que sabeis me matarán!...

Don Alonso y su hijo escucharon.

—¡Tan ruin sois, dijo Guzman, que no alcanzais á comprender cómo la nobleza cabe en ningun corazon! Idos, pues.

Una carcajada horrible se escapó de la boca del infante, y luego estendió su brazo derecho y dijo con acento de insultante sarcasmo :

—Ya es tarde.... ved en qué consiste vuestra generosidad.... por allí.... miradlos.... son vuestros ginetes, los que llevarán en triunfo mi cabeza á Valladolid.

Efectivamente, por entre los árboles y á favor de la luna pudieron distinguirse algunos ginetes que se dirigian hácia aquel sitio.

Don Alonso y su hijo palidieron.

El infante rechinó los dientes, brillaron sus ojos como dos áscuas, y luego quedó inmóvil y mudo, resuelto á morir sin demandar piedad á sus enemigos, sin exhalar un ¡ay!

—¡Padre mio! exclamó el doncel arrebatado por mil pensamientos opuestos, por mil encontradas emociones. ¡Padre mio, probad que nadie hay tan noble y generoso como vos!

Acercóse el señor de San Lúcar al infante, asíóle por un brazo con mano convulsiva, y alzando la diestra para señalar al cielo, dijo con solemne voz :

—Infante don Juan, traidor á tu patria, enemigo de tu padre y de tus hermanos, verdugo de mi hijo, allá en

el cielo, al lado del divino Omnipotente, está tu inocente víctima, la víctima sacrificada á tu ambicion, á tu orgullo, á tus ruines pasiones : su espíritu puro, por Dios bendito, vaga sobre nuestras cabezas en este instante, y lee en el fondo de nuestras almas. En vano la mentira saldrá de nuestra boca ; en vano engañaremos al mundo con falsas palabras : la verdad quedará escrita en el libro eterno del Criador, y en su dia pesará en la balanza fiel que ha de inclinar su santa justicia. Dices que amas á tu hija ; puedes comprender por tu corazon la herida que en el mio abriste, asesinando al hijo de mis entrañas, al hijo de mi amor. Esa herida está abierta, aun brota sangre noble, sangre que me abrasa el pecho, y á cerrarla no han sido bastantes dieziseis años ; conmigo irá al sepulcro mi dolor ; pero yo te juro aquí bajo ese cielo donde mora el alma de mi hijo , que á fuerza de sufrir el mas horrible de los tormentos, he ahogado mi vivísimo desco de venganza, no te he matado porque no podías defenderte , y que antes de ser asesino hundiria yo mismo en mi pecho mi puñal. Vete te dije, no porque no anhelase la venganza, sino para buscarte otro dia frente á frente, midiendo con mi espada la tuya, como cumple á un caballero. Mi noble proceder, tomolo tu perversidad por villana intencion, por ruin hipocresia. ¿Quieres ver la diferencia que vá de un Guzman á tí? Mira, ya se acercan mis soldados ; no te perdonarán la vida, porque te aborrecen ; yo no podré mandarles que te dejen libre , porque á sus ojos me haria sospechoso, porque tú en la pelea has derramado su sangre , y es

justo que ellos viertan la tuya. Estás perdido : es segura tu muerte ; ya se acercan.... unos momentos mas, y estás en su poder.

El infante, á pesar de su valor, estremeciósese ; de su boca no salió una palabra, pero sus negros ojos miraron con espanto á los ginetes que se acercaban, y luego con asombro al señor de San Lúcar.

—Infante don Juan, prosiguió don Alonso, verdugo de mi hijo, yo soy mas grande que tú. Sálvate.

Y arrastró al infante hasta su caballo.

—¡Monta y huye! dijo.

Don Juan, aturdido como si soñase, cabalgó maquinalmente en el brioso corcel de Guzman, y partió como un rayo antes de poder darse cuenta de lo que le sucedia.

Dilatósese el corazon del mancebo, salió de su boca un grito de admiracion y de alegría, y apeándose de su potro, se arrojó en los brazos de su padre henchido el pecho de noble entusiasmo, bañados los ojos en lágrimas de inmensa ternura.

Entretanto, el infante don Juan corria como el que huye, y al rudo y precipitado compás del escape de su caballo, murmuraba con ahogado acento y con su acostumbrado laconismo:

—Me venciste delante de los muros de Tarifa; delante de los muros de Leon me has humillado.... ¡Oh!... ¡Te aborrezco mas que nunca, don Alonso!

justo que ellos vieran la tuya. Estás perdido : es segura tu muerte ; ya se acuerdan.... unos momentos mas , y estás en su poder.

El instante, á pesar de su valor, estremeciéndose ; de su boca no salió mas palabra, pero sus negros ojos miraron con espanto á los ginetes que se acercaban, y luego con asombro al señor de San Lúcar.

—Instante don Juan, prosiguió don Alonso, verémos de mi hijo, yo soy mas grande que tú. Sálvate.

Y arrojó al instante basta su caballo.

—¡Monta y huye! dijo.

Don Juan, atarido como si sonase, caballo maldosamente en el brioso corcel de Guzman, y partió como un rayo antes de poder darse cuenta de lo que le sucedía.

Dilatóse el corazón del manco, salió de su boca un grito de admiración y de alegría, y apenándose de su pecho, se arrojó en los brazos de su padre henchido el pecho de noble entusiasmo, bañados los ojos en lágrimas de inmensa ternura.

Entretanto, el instante don Juan corria como el que huye, y al rudo y precipitado compás del escape de su caballo, murmuraba con ahogado acento y con su acostumbrado jaco:

—Me vendiste delante de los muros de Tarifa; de la te de los muros de Leon me has humillado.... ¡Oh!...

¡Te aporrexo mas que nunca, don Alonso!

ter ó matar con la perseverancia, y de más, la abundancia de la tierra donde huir, si la fortuna no le es propicia.

El sitiador ve ante sí al enemigo que le ha de derrotar, la perseverancia de matar, y tras sí

## CAPITULO VI.

solo encuentra una muralla que le impide huir si la fortuna le es adversa, una tumba á sus pies si es vencido. Por esto aquella mañana en Leon, todos los sem-

plantes estaban tristes, y en el campo de los sitiadores, que dice algunas cosas, si no de mucha importancia, que sirven al menos para no dejar cortado el hilo de nuestra historia.

Otra razón había tambien para que los defensores de la ciudad no se sintiesen muy animados: su caudillo el soldado parecia abatido, mas que ninguno, triste y perezoso hasta la distraccion.

Al siguiente dia, las tropas acaudilladas por don Alonso Perez de Guzmán el Bueno, se hallaban frente á los muros de Leon. Animados por la reciente victoria, esperaban los soldados con impaciencia el momento de dar el asalto, término de los afanes de la gente de guerra, que vé sobre las murallas la gloria, tras las murallas el botín y los placeres.

No sucedia lo mismo en la ciudad, porque los sitiados no piensan nunca mas que en la defensa, temen en la constancia de los sitiadores, que puede hacerles morir de hambre, de sed, no ven sobre las murallas mas que el peligro, y no encuentran dentro de las murallas sino sus riquezas, que pueden perderse, sus placeres y su descanso, que van á acabarse.

El sitiador tiene delante al enemigo á quien acomete

ter ó matar con la perseverancia, y detrás, la inmensidad de la tierra donde huir, si la fortuna no le es propicia.

El sitiador vé ante sí al enemigo que le ha de acometer, la perseverancia que lo ha de matar, y tras sí solo encuentra una muralla que le impide huir si la fortuna le es adversa, una tumba á sus piés si es vencido.

Por esto aquella mañana en Leon, todos los semblantes estaban tristes, y en el campo de los sitiadores, todos alegres.

Otra razon habia tambien para que los defensores de la ciudad no se sintiesen muy animados: su caudillo el infante parecia abatido, mas que ninguno, triste y pensativo hasta la distraccion.

Bien sabia don Juan que sus intentos de ser rey eran descabellados, ya porque su nombre no contaba con simpatías en los reinos, ya porque, si derechos tenia alguien mas atendibles que los de Fernando IV, solo eran los de don Alonso de la Cerda, heredero directo por línea masculina de don Alonso X el Sabio.

Martirizaba el amor propio del infante la humillacion que le habia hecho sufrir la noble generosidad del señor de San Lúcar, y esto lo tenia tan abatido y triste, y estaba tan distraido, porque calculaba si convendria á sus intereses, mas que sostener la rebelion, capitular con su sobrino Fernando IV, de manera que algun beneficio le reportase la nueva alianza.

Bien pudiera el infante sostenerse por mucho tiempo haciendo la guerra: vasallos tenia, dinero tambien, y

la ayuda de algunos nobles ambiciosos y descontentos; pero en aquella época en que los señores eran tan poderosos ó mas aun que los mismos reyes, las frecuentes rebeliones eran medio de lucrativa especulacion para alcanzar la donacion de un castillo, de un pueblo ó de una tierra, ó el privilegio de alguna alcabala que aumentase sus tesoros. Capitulando habia el infante de sacar algun partido; resistiendo solo hacer gastos, cuyo fruto era dudoso y de larga sazon. Para volver á rebelarse siempre tenia tiempo; para alcanzar ciertas concesiones, no siempre la ocasion era oportuna.

Así pensaba, y bien pensado, en provecho de sus intereses; y para acabar de decidirse á no continuar la guerra, pensó tambien que don Alonso Perez de Guzman era un adversario muy temible.

Despues de meditar toda la mañana, dijo con su natural laconismo:

—Paz, y que por ella se cumpla la sentencia de las Córtes, que ordena devolver á mi esposa el señorío de Vizcaya; y si esto nó, que se nos indemnice con algunas tierras, castillos y pueblos de la corona.

En estas pocas palabras encerrábase cuestiones gravísimas de derecho, cuya resolucion habia hecho necesaria una reunion de Córtes.

A la desastrosa muerte del traidor don Lope Diaz de Haro, el señorío de Vizcaya debió pasar á su hija doña María Diaz, esposa del infante don Juan, quedando desheredado su hermano don Diego por haberse desnaturalizado de Castilla para servir á don Alonso de la Cerda;

pero don Diego se reconcilió con el rey, se posesionó del señorío y no quiso cederlo á su sobrina.

Reclamó el infante, reuniéronse Córtes para decidir el negocio, se emplazó á don Diego Lopez de Haro, y la sentencia fué favorable á doña María. Sin embargo, esta sentencia no se llevó á efecto: don Juan solicitaba del rey que la mandase ejecutar, y el rey no negaba ni otorgaba por temor á don Diego y al infante.

Este insistia, resistiase aquel; y como ambos eran poderosos, revoltosos y traidores, infundian miedo al monarca, y en tal asunto encontraban siempre un pretesto para justificar sus rebeldías.

Esto esplica, pues, las palabras de don Juan.

A la intimacion de rendirse que el señor de San Lúcar habia hecho al infante, contestó este con proposiciones de paz, que hicieron suspender el asalto y reunirse en consejo á los capitanes del rey.

Llena de caballeros estaba la tienda de don Alonso, y su hijo, tambien presente, revelaba en su semblante mas ansiedad que ninguno, por saber lo que habia contestado don Juan.

El mancebo estaba pálido y ojeroso; sin duda aquella noche, tras la fatiga de la pelea, tras las emociones que habia experimentado en el encuentro con el infante, el sueño no habia cerrado sus ojos, porque el sueño es enemigo del amor, por lo mismo que tanto se parecen el uno y el otro, siendo ambos creadores de visiones.

—Señores, dijo Guzman á sus compañeros de armas, el infante acaba de hacerme proposiciones de paz.

Todos escucharon con la mas religiosa atencion.

—El rey, prosiguió don Alonso, no me ha dado autorizacion bastante para que yo acepte ninguna proposicion, pero si me ha ordenado que suspenda la guerra si su tio llegaba á mostrar deseos de conciliacion, y que le dé aviso para resolver lo mas conveniente, á menos que nos encontrásemos en situacion tal, que no fuese decoroso el dar tregua á nuestros ataques. Bien puede suceder que las proposiciones de don Juan sean un ardid para ganar tiempo mientras recibe socorros, porque tenga pocos soldados, ó para vencernos con la sorpresa; y como seria mucha mi responsabilidad si yo resolviese sin acierto, quiero que me ayudeis aconsejándome.

—Don Alonso, dijo el mas anciano de los capitanes, todo debe temerse de un traidor; pero en cuanto á que el infante reciba socorros, me parece que no hay cuidado, porque estos solo puede recibirlos de donde han de tardar mas en venir que la contestacion del rey; y con respecto á la sorpresa, casi es imposible, si nosotros no confiámos en su buena fé, y estamos á todas horas dispuestos á recibir al enemigo. En vuestro lugar, yo enviaria con toda diligencia un mensaje al rey.

Algunos dieron muestras de ser de esta opinion, y otros se dispusieron á hablar, sin duda para combatirla.

—Hablad, señores, hablad, repuso don Alonso.

—La mala yerba cortada, retoña; arrancada de raiz, no renace, dijo un caballero de mirada ardiente y enérgicos ademanes. ¿Cuántas veces se ha rebelado el infante? ¿Cuántas se ha reconciliado con el rey? ¿Cuántas

ha vuelto á ser traidor? Mientras viva don Juan, Castilla andará revuelta. ¿Qué importa que el infante se someta hoy á la autoridad del rey? Mañana tendremos que perseguirle otra vez. Los moros ensanchan sus fronteras, las nuestras se reducen; y el tiempo, el oro y la sangre que debiéramos emplear en la conquista de nuestra pátria, se gasta inútilmente en civiles contiendas, que nos dividen y nos debilitan y nos arruinan. Sobran en Castilla algunas cabezas, que habrán de perdernos si no se cortan; y como el rey no puede cortarlas, es preciso aprovechar la ocasion de que rueden en medio de un combate para que á nadie se culpe de ello y se estirpe el mal de una vez y para siempre. Si el infante propone la paz, el rey tendrá que aceptarla aun á costa de algun sacrificio, que no servirá de otra cosa sino de dar aliento al traidor para mostrarse despues mas exigente y soberbio. No escuchéis las proposiciones de don Juan; sacad vuestros aceros, corramos á las murallas, y en medio de la pelea castigüemos con su merecido á quien tanta sangre cristiana ha hecho verter. De este modo no podrá decirse que el rey ha hecho matar á su tío; no se dirá que lo ha matado este ó aquel caballero; su cadáver se encontrará entre otros muchos; se hablará del acontecimiento algunos dias; aun sus mismos partidarios no podrán decir sino que á tal suerte se espone el que provoca la pelea; y el resultado será, como ya os he dicho, que acabará el desórden y habrá paz interior, porque el escarmiento ha de contener muchas ambiciones.

—Severo, inflexible os mostrais como siempre, dijo don Alonso.

—¿No es acaso mengua lo que en Castilla pasa?

—Sí, don García.

—Es preciso acabar de una vez, repuso otro.

—Sí, sí, dijo un tercero; bastantes víctimas ha hecho ya su ruin ambicion.

—¡Que muera!

—¡A Leon!

—Tened en cuenta que su sangre es real.

—Su corazon es villano.

—¡Es un traidor!

—¡Un asesino!

—¡Muera, muera! repitieron muchas voces.

El hijo de don Alonso paldeció y estuvo á punto de levantarse para defender la opinion del que primero habia hablado; empero un mancebo sin barba, sin autoridad ni experiencia, no debia dar su opinion donde tantos hombres respetables manifestaban la suya.

—Calmaos, señores, dijo don Alonso.

—Hablad, sí, hablad, porque aun no sabemos cómo pensais.

—Escuchadme, pues.

—Os escuchamos.

—Si desoigo, repuso Guzman, las proposiciones del infante, y en la pelea sucumbe, no faltará quien piense que he querido aprovechar esta ocasion para vengar antiguos rencores, mas que para servir á mi rey.

—Es cierto, dijo uno.

—Razon teneis, añadió otro.

—Y aun siendo así, replicó un tercero, nada hay mas justo que la venganza de ofensa tan ruin y tan alevé como la que vos recibisteis de don Juan.

—Ayer os dije, contestó Guzman, lo que pensaba sobre ese punto.

—¿Es decir que sois de opinion?...

—De enviar al rey un mensaje, porque de otro modo seria traidor.

—¡Traidor!

—Sí, traidor: ya os he dicho las órdenes que recibí del monarca, y esas órdenes deben cumplirse.

—Fueron condicionales.

—Pero no estamos en ninguno de los casos ya previstos por S. A.; porque, como muy cuerdamente ha dicho don Nuño, ni el infante puede recibir socorros antes de que venga la contestacion del rey, ni puede sorprendernos si noche y dia estamos preparados al combate.

—Pero se creeria tal vez que el miedo....

—Nó, no puede tener miedo el que ha vencido.

—Soy de vuestra opinion.

—Y yo.

—Y yo.

—Debe obedecerse al rey.

—Esperemos su contestacion.

Así fueron hablando algunos, y la opinion de Guzman pareció encontrar apoyo.

El mancebo, entretanto, experimentando distintas

emociones, anhelaba el momento de que al fin se decidiese un asunto que á nadie interesaba como á él. Y por eso, ya palidecia su rostro, ya enrojecia, y á veces su respiracion era agitada, mientras que en algunos instantes quedaba sin aliento.

Mediaron aun algunas contestaciones, pero en último resultado se convino en que se enviase al rey un mensaje.

—¿Quién ha de ir? preguntó un caballero.

Estas palabras hicieron estremecerse á don Alfonso: no habia pensado en lo dichoso que seria si le mandasen volver á la córte.

Nadie supo, nadie se atrevió á contestar á la pregunta.

—¿Quién ha de ir? repitió Guzman.

—Vos lo direis, que todos están dispuestos.

—Pero la ayuda de todos me es muy necesaria.

—Vaya, pues, el mas ágil y mas fuerte para que corra sin descanso.

—¡No soy yo! pensó tristemente el mancebo, contemplando á algunos de los verdaderos gigantes que tenia cerca de sí.

—El mas fuerte hará falta si el enemigo rompe la tregua y nos acomete.

—Vaya el de mas edad.

—No será el mas ligero.

—Vaya el mas jóven, sea quien fuere, y que aprenda en esta ocasion á reventar caballos.

Los ojos de don Juan Alfonso se iluminaron de alegría.

—¿Quién es el mas joven?

—Mi hijo, contestó Guzman.

—Sí, sí, que marche vuestro hijo, aunque no es su brazo el de menos importancia, segun ayer dió muestras de ser digno de su nombre.

—Don Juan Alfonso, á caballo, dijo Guzman.

No esperó el mancebo á que le repitiesen la orden; se puso de pié, llamó á su escudero, pidió su casco y esperó á que su padre le diese los pliegos que contenian las proposiciones del infante.

—Esto se confia á vuestro honor, le dijo don Alonso. Ya sabeis vuestro deber; antes han de arrancaros el corazon que los pergaminos.

—Padre y señor, la noticia de la pérdida de estos documentos vendria con la de mi muerte.

—¡Bien, mancebo, vive Dios! esclamó el mas anciano de los capitanes.

—Dios os proteja, repuso Guzman.

Y estampando un beso en la frente noble de su hijo, lo dejó partir.

Montó el doncel una yegua de árabe raza, ligera y briosa, que al sentir las aceradas puntas del acicate, partió como la flecha despedida por el arco.

Siguiólo su escudero, que tambien aguijoneó los ijares de un potro tordillo, no menos brioso y corredor; y ambos, como la ráfaga de viento que silba y pasa, se dejaron atrás valles y montes.

—¡A Valladolid! murmuraba el mancebo. ¡Allí está el sol, este no alumbra mas que mis ojos, aquel mi

alma! ¡Allí está, allí está!... ¡corre, *Centella!*... ¡Oh.... la ofendí!... soy un miserable.... ¡corre, *Centella!*

Y el fogoso bruto, con razon llamado Centella, daba al aire su crin, sacudia su cola, abria sus anchas narices, y convirtiendo en polvo la arena, redoblaba la velocidad de su carrera como si el doncel le comunicase todo su ardor.

Primer el deber, luego el amor; antes el rey que la dama.

— Oscura es la noche.

— Y fría, señor.

— No importa.

— Una hora.

— Media esc.

— Si reventar.

— Cuando ya se.

— Mi potro apenas puede andar.

— Muy cansada está mi yegua tambien; pero cuando hayamos traspuesto ese montículo, apretaremos algo mas: el último esfuerzo, y despues el descanso.

— Mucha prisa tenéis, señor.

— No es para menos el asunto que me lleva.

— Si, si, el asunto.... ¿No divisáis allá á lo lejos una sombra?



¡Alma! ¡Allí está, allí está!... ¡corre, Centella!... ¡Oh...!  
 la olendí!... soy un miserable... ¡corre, Centella!

Y el fogoso bruto, conaxon llamada Centella, daba al aire su crin, sacudiendo su cola, abría sus gachas nariciales, y convirtiéndose en polvo la arena, trechaba la totalidad de su carrera como si el doncel le comunicase

— Don Juan Alonso, a caballo, que me lleve a todo su orden.

No espero el momento oportuno para ir a buscarlo, y me puse de pie, llamé a un criado, y le dije que me llevase a casa, y me quedé a esperar a que mi padre me diese las proposiciones que me ofrecían.

— Esto me confía a vuestro honor, don Juan Alonso. Yo sabéis vuestro deber, antes han de atraerme el honor que la fortuna.

— Padre y señor, la pérdida de estos documentos vendrá a ser un gran perjuicio.

— Bien, don Juan, pero no me preocupes por eso, yo me encargaré de ello.

— Dios sea en su ayuda.

Y así me despedí de mi padre, y me dirigí a casa.

Después de haber estado un tiempo en casa, me dirigí a la escuela, y me quedé allí hasta que me llamaron para ir a casa.

Siguieron así sucesivamente, hasta que me llamaron para ir a casa, y me quedé allí hasta que me llamaron para ir a casa.

— A Valladolid, don Juan, a Valladolid.



—Sí, señor; desde esta altura se ve perfectamente

de día.

Así hablaba don Juan Alfonso Texe de Guzman y

su escudero cuando tocaban al término de su viaje.

## CAPITULO VII.

Partió violentamente el doncel al divi-

sar en fantasmata una sombra informe que se perdía en

la oscuridad.

—Allí está, murmuro. Quixás duermes.... tal vez te vea

y hora.... ¡Cuanto la adoro!

Primero el deber, luego el amor; antes el rey que la dama.

dar las manos.

—Habían trapeado un montecillo y la lluvia se pro-

sentó á sus ojos como un lago de oscuridad.

—Oscura es la noche.

—Y fria, señor.

—No importa: poco nos queda ya de camino.

—Una hora.

—Media escasa.

—Si reventamos nuestras cabalgaduras.

—Cuando ya no han reventado....

—Mi potro apenas puede andar.

—Muy cansada está mi yegua tambien, pero cuando

hayamos traspuesto ese montecillo, apretaremos algo

mas: el último esfuerzo, y despues el descanso.

—Mucha prisa teneis, señor.

—No es para menos el asunto que me lleva.

—Sí, sí, el asunto.... ¿No divisais allá á lo lejos una

sombra?

—¿Sentis sus pisadas?

—No.

—¿Es la ciudad?

—Sí, señor; desde esta altura se vé perfectamente de día.

Así hablaba don Juan Alfonso Perez de Guzman y su escudero cuando tocaban al término de su viaje.

Palpitó violentamente el corazón del doncel al divisar en lontananza una sombra informe que se perdía en la oscuridad.

—Allí está, murmuró. Quizás duerme.... tal vez reza y llora.... ¡Cuánto la adoro!

Y sintió abrasada la frente, arder el pecho y temblar las manos.

Habian trepado un montecillo, y la llanura se presentó á sus ojos como un lago de oscuridad.

El enamorado mancebo clavó el duro acicate en el vientre de su fatigada yegua; y el noble animal, siempre obediente, lanzóse como un rayo y cual si fuese á romper en su carrera las tinieblas impalpables que le rodeaban.

Por largo rato no se oyó mas que el resoplido de los corceles, el choque repetido de sus cascos contra la arena, y algun suspiro de amor que exhalaba el doncel y la oscuridad recogia en su negro seno.

De pronto nuestros caminantes percibieron á poca distancia un bulto movable.

—Alguien vá tambien hácia Valladolid, dijo el escudero.

—No ha de llegar tan pronto como nosotros.

—Y camina á buen paso.

—Parece el de una mula.

—¿Sentís sus pisadas?

—Nó.

—Es extraño.

—Ciertamente.

—No es mula...

El escudero no pudo concluir, porque al alcanzar al viajero y fijar en él su mirada, apoderóse de su corazón un espanto que por algunos instantes le dejó mudo.

—¡El Brujo! exclamó. ¡Jesús! ¡corred, don Juan Alfonso; corred, señor, corred!

Efectivamente, era el Brujo montado en su negro jumento, que se encaminaba á Valladolid rápidamente.

Nuestros viajeros pasaron velozmente por el lado del asesino; y este, al oír el nombre de don Juan Alfonso, dejó escapar un rugido horrible, como el de un león, y luego una carcajada estridente y mas horrible aun salió de su boca.

—¡Jesús, María y José! volvió á repetir el escudero á la vez que se santiguaba. ¡Corred mas, señor!

—¿Tienes miedo?

—¿No lo habeis visto?

—En medio de la oscuridad he podido distinguir una forma extraña, parecida á un hombre sobre un asno.

—Pues ese es, señor.

—¿Es ese el llamado Brujo, que tanto espanto causa en la ciudad, y del que tan extraños cuentos se refieren?

—El mismo.... volved la cabeza, señor; mirad, todavía se le distingue. ¿Cómo habíamos de oír los pasos de su jumento, si camina en el aire?

—Eres muy supersticioso.

—¿No le teneis miedo?

—Nó, porque es un hombre.

—Alguna desgracia ocurrirá esta noche.

—¿Por qué?

—Porque siempre que se le vé sucede algo que cuesta lágrimas á muchos.

—¿Eres de los que creen?

—Que fué el mismo que enfrente de la casa del infante arrancó el corazón á don García: el mismo que incendió la casa del maestro: el que trajo la langosta el año pasado, y la causa, en fin, de todos los males. La noche en que asesinaron á don García se le vió recorrer las calles de la ciudad, y...

—Déjate de cuentos.

—Sin embargo, señor, os aconsejo que os guardéis de él y de su asno, y que si lo encontráis alguna vez, toméis opuesto camino con cuanta prisa podáis.

—Corre, y nada temas.

—De buena gana os sigo ahora, porque aun temo que el Brujo nos alcance.

Pensando el doncel en su dama, y mirando atrás el escudero, llegaron á las puertas de la ciudad, que se abrieron á las palabras de «Castilla y don Fernando, y un mensajero del señor de San Lúcar.»

—La ciudad estaba silenciosa.

Nuestros viajeros atravesaron algunas calles, y bien pronto se encontraron á las puertas del palacio real.

Al echar pié á tierra el doncel, un hombre le estrechó con fuerza hercúlea entre sus brazos, y exclamó:

—¡Vos aquí!

—¡Don Rodrigo! contestó el mancebo.

Y el nuevo personaje bajó el embozo de su ancha capa, y á los débiles reflejos que salian del zaguan de palacio, pudo verse su rostro hermoso, rodeado de rubia y sedosa barba, y sus ojos azules, de mirada espresiva.

Era ni mas ni menos que Rodrigo, el hijo bastardo de don Alonso X y de doña Ines de Carbajal.

—No pensaba encontraros, le dijo don Juan Alfonso.

—Esta mañana he llegado.

—¿Vencedor ó vencido?

—Vencedor. Murcia ha vuelto á la obediencia del rey, y don Alonso de la Cerda se ha internado en Aragon.

El doncel miró á todos lados, como receloso de que oyesen sus palabras, y luego dijo:

—¿Conque habeis llegado esta mañana?

—Sí, y he sabido que estábais en Leon. ¿Volveis solo?

—Sí, con proposiciones de paz del infante.... Pero dejemos esto, y decidme algo que pueda interesarme mas y que sin duda sabreis.

—¿La amais aun?

—No puedo olvidarla.... cuidado, amigo mio, no nos oigan.

—He preguntado por ella.

—¿Y qué sabeis?

—Está enferma....

—¡Enferma! interrumpió don Juan Alfonso. ¡Oh!... ¡Dios mio, yo soy la causa!...

—Calmaos, amigo mio: no ofrece peligro su enfermedad que, segun me han explicado, la tengo por solo del corazon.

—¡Es horrible!

—Os repito que no ofrece cuidado.

—Vos solo, don Rodrigo, conocéis este secreto: en nadie sino en vos puedo depositar mi confianza, nadie puede consolarme....

—Bien, don Juan Alfonso; pero sed prudente. Mañana la vereis.

—¡Mañana!

—¿Cuándo, pues?

—Esta noche, ahora mismo.

—¿Estais loco?

—Mi escudero se llevará los caballos: vos me acompañareis para hablarme de ella por el camino; y luego, mas tranquilo ya, volveré á entregar al rey el mensaje.

—Don Juan, olvidais vuestros deberes.

—¡Siempre los deberes!

—Que son antes que el amor.

—Así podré darla la grata noticia de que su padre trata de reconciliarse con el monarca y se aleja del peligro que le cerca.

—Esa noticia la espera el rey.

—Pero el rey....

—Es antes que la dama, dijo severamente don Rodrigo.

—¡Oh!...

—Entrad, pues, que antes de que salgais habré yo vuelto para acompañaros.

El mancebo entró tristemente en la morada real, subió y dijo que anunciasen al rey la llegada de un mensaje importante del señor de San Lúcar.

tan serena encendíase súbitamente, y nada había que le  
 pudiese cambiar de resolución. Esto, como hemos dicho,  
 sucedía muy raras veces, porque su carácter desconfia-  
 do, casi siempre irresoluto, no daba lugar á determi-  
 naciones, hijas del impulso, y de la profunda  
 convicción.

### CAPITULO VIII.

Tendría escasamente veinte años, y apenas un ligero  
 boxo sobre su labio superior.

Su madre, doña María de Molina, reina viuda de don

Donde el lector volverá á ver á la reina doña María, y conocerá á don  
 Fernando IV.

menor edad de este monarca, y pudiera decirse que en  
 tances todavía las resoluciones mas importantes eran  
 dictadas por ella.

Ambos conversaban sobre el gravísimo estado de los

Don Fernando IV había heredado mas parte de la  
 delicada belleza de su madre que de la varonil hermo-  
 sura de su padre. No se veía en el rostro del monarca  
 aquella espresion de indomable bravura que animaba el  
 de don Sancho. Sus azules ojos miraban dulcemente, y  
 nunca se notaba la mas leve contraccion en sus faccio-  
 nes. Sin embargo, tenían estas una inmovilidad tal, que  
 difícilmente hubiera podido decirse si era falta de ener-  
 gía ó completa indiferencia el defecto de que adolecía el  
 jóven monarca.

Sus cabellos eran rubios, blanco su cutis, mediana  
 su estatura y bien desarrollados sus miembros.

Hablaba pausadamente, rara vez se mostraba eno-  
 jado; pero cuando esto llegaba á suceder, aquel frío es-  
 terior trocábase en invencible energía, aquella mirada



tan serena encendiase súbitamente, y nada habia que le hiciese cambiar de resolucion. Esto, como hemos dicho, sucedia muy raras veces, porque su carácter desconfiado, casi siempre irresoluto, no daba lugar á determinaciones, hijas del juicio madurado y de la profunda conviccion.

Tendria escasamente veinte años, y apenas un ligero bozo sombreaba su lábio superior.

Su madre, doña María de Molina, reina viuda de don Sancho el *Bravo*, habia regentado los reinos durante la menor edad de este monarca, y pudiera decirse que entonces todavia las resoluciones mas importantes eran dictadas por ella.

Ambos conversaban sobre el gravísimo estado de los negocios públicos, cuando anunciaron la llegada del hijo de Guzman, y á pocos instantes presentóse el mancebo.

Los ojos de doña María, apagados ya en fuerza del llanto, fijaron en don Juan Alfonso una mirada afanosa, y luego preguntó:

—¿Qué nuevas traeis, don Juan?

—¿Alguna desgracia? añadió el rey con dulce voz.

—Traigo la noticia de una victoria alcanzada por vuestros soldados, señor.

—¡Oh! dijo don Fernando. Buena es la noticia.

—¿Y el infante? preguntó doña María.

—Con los rebeldes estaba y con ellos queda.

—¿Muerto ó vivo? repuso el rey.

—Vivo, y en Leon, donde se encerraron los fugitivos.

—¿Y lo estrechan los míos?

—Nada se hace, porque don Juan ha pedido una tregua.

—¿Con qué fin? preguntó doña María.

—Ha hecho proposiciones de paz.

—¿Con qué condiciones?

—Escritas están aquí, señor, dijo el doncel.

Y entregó al monarca los pergaminos que su padre le habia dado.

Leyólos el rey en alta voz, y luego miró á su madre.

—¡El señorío de Vizcaya! dijo con amargura doña María. ¡Siempre ambiciones! ¿Qué habeis de hacer, hijo mio? ¿Mandareis que se cumpla la sentencia de las Córtes? Así acabará la rebelión encendida por el infante, pero tendremos otra promovida por don Diego Lopez de Haro y quedaremos lo mismo.

—¿Sabeis, madre mia, dijo el monarca desplegando una sonrisa irónica, que me falta muy poco para enfadarme? Y Dios libre al infante mi tío de mi enojo. Por las mismas razones que acabais de manifestar, suspendí la ejecucion de la sentencia de las Córtes, y procuré avenir á don Juan con el de Haro, aun á costa de un sacrificio. Ni el uno ni el otro se encontraron contentos; quedé por ambos desairado, y fué inútil mi mediacion. Yo soy el rey, madre mia, y el rey debe haerse valer algo mas.

—Don Juan Alfonso, dijo la reina sin contestar á su hijo, ¿cuenta el infante con fuerzas para poder sostenerse?

—Por algun tiempo al menos, sí, señora; y si la for-

tuna le es propicia, Dios sabe lo que puede suceder, porque nada significa el que lo hayamos vencido en un encuentro, que mas bien fué una sorpresa.

—Muy jóven sois aun, ¿pero cuál es vuestra opinion? preguntó doña María.

—Creo, señora, que al fin podremos reducir al infante por la fuerza de las armas; pero es triste que éstas se empleen entre cristianos, cuando tan cerca tenemos á los enemigos de la religion y de la pátria, que aprovechando nuestras intestinas disensiones, afirman su poder, ensanchan su territorio y acabarán por invadir á Castilla.

—Bien, don Juan, dijo el rey, proseguid, que habeis de ser mozo de tan buen consejo como vuestro padre, el mas leal de todos los caballeros.

—Señor, si hay acomodamiento posible, creo, que debe llevarse á cabo.

El rey pareció meditar, y la reina dijo:

—Mi parecer seria el de continuar la guerra contra el infante, y si esto no produjese el mal de que nuestras fuerzas se agoten en tan estériles luchas, y los moros, entretanto, aumenten sus conquistas.

—¿Y qué hemos de hacer, madre mia?

—Aceptar la paz que propone vuestro tio.

—¿Y provocar otra guerra con don Diego?

—Todo puede arreglarse.

—No sé cómo.

—Dejemos á don Diego el señorío de Vizcaya.

—¿Y el infante?

—Se contentará con el derecho de que el señorío pase á su esposa á la muerte del de Haro.

—No es bastante para su sed de riquezas.

—Haceis un sacrificio, que bien lo merece la paz interior de los reinos, y dais á don Juan algunas villas de la corona.

—No parece muy justo que yo pague las desayenencias de otros. Sigan don Diego y don Juan su comenzada guerra; destrúyanse, que mucho en ello ganaremos, y no me obliguen á desmembrar mi patrimonio para satisfacer su ambicion.

—¿Qué adelantarás aunque se destruyan?

—¿Qué perderé en ello?

—No habrá tranquilidad.

—¿Quereis que acepte la paz?

—Es mi opinion.

—Quiero mostrarme generoso por última vez; y en adelante, os juro que han de temblar á mi justicia.

—Se ha salvado, dijo para sí el mancebo, en cuyos ojos brillaba la alegría.

—Daré al infante á Miranda de Ebro y á Villalba de Lora, para que así quede satisfecha su ambicion mientras hereda el señorío de Vizcaya. ¿Os parece bien?

—¿Y don Diego?...

—Aceptará, porque yo le rogaré.

—Bien, dijo mio.

El rey se levantó; su semblante se tornó repentinamente severo, brillaron extraordinariamente sus ojos, y dijo al doncel:

—Don Juan Alfonso, encargad á vuestro padre que cuando comunique al rebelde las condiciones con que acepto la paz, le diga que es mi última resolución; que si le cuadra, que vuelva á la obediencia de su rey, y si no lo encuentra bien, prosiga la guerra; pero que tenga presente que no he olvidado que fué asesino en Tarifa, traidor en todas partes, y descontento y ambicioso siempre.

Y —Antes que la lengua, dijo doña María con forzada calma, emplead los aceros si al infante no pareciese bien nuestra determinacion.

—Y entonces, repuso el monarca apretando los puños y con acento de profundo enojo; entonces, mancebo, vengad á vuestro hermano, traedme la cabeza del traidor, y vereis cómo mis perros sacan de ella la ruin avaricia que la trastorna.

El doncel se estremeció con solo la amenaza, porque se acordó de Sol.

—Señor.... dijo.

—Necesitareis descanso, don Juan, interrumpió el monarca. Idos, pues, y volved mañana para llevar las instrucciones que debéis dar á vuestro noble padre.

El mancebo salió de la régia estancia.

—¿Quién soy yo, madre mia? dijo Fernando. Y;—

—El rey.

—No soy nadie; todos pueden mas que yo; mas que yo, todos mandan....; Dios de Dios!

Y —¡Pobre Castilla! murmuró la reina.

Y de sus ojos brotó una lágrima.

—Será casualidad, don Juan, pero es lo cierto que ya han sucedido allí dos catástrofes horribles: hoy me han contado lo que pocos días ha ocurrido al hijo de don Hernando Lopez, y ya veis que habet amanecido en poco tiempo dos horribles y á los cuales han arrancado el corazon despues de muertos, no es cosa que

## CAPITULO IX.

debe olvidarse al pasar por allí.  
—Nada temo.  
—En buen hora, amigo mio, yo tampoco; pero al atravesar de noche aquella calle voy con cuidado por lo que pueda suceder.  
—Lo que me dá que pensar, don Rodrigo, es esa constante de que arrancan á las victimas el corazon.

—Cuando el hijo de Guzman dejó al rey, encontró á Rodrigo esperándole, y con él salió de palacio.

—¿Teneis que volver esta noche? preguntó el hijo de doña Ines.

—Nó, amigo mio, el rey me ha mandado volver mañana para darme la contestacion que debo llevar al infante; y me alegro, porque así estoy libre para dedicar algunas horas á Sol.

—¿Vais antes á vuestra casa?

—Nó, porque cada momento que pierdo me parece un siglo. Si quereis acompañarme, al palacio de don Juan me encamino.

—Sí que os acompañaré, porque aunque vos no teneis miedo, se han hecho aquellos sitios muy peligrosos.

—Lo mismo que el resto de la ciudad.

—Será casualidad, don Juan, pero es lo cierto que ya han sucedido allí dos catástrofes horribles: hoy me han contado lo que pocos días ha ocurrido al hijo de don Hernando Lopez, y ya veis que haber amanecido en poco tiempo dos hombres asesinados y á los cuales han arrancado el corazón despues de muertos, no es cosa que debe olvidarse al pasar por allí.

—Nada temo.

—En buen hora, amigo mio, yo tampoco; pero al atravesar de noche aquella calle voy con cuidado por lo que pueda suceder.

—Lo que me dá que pensar, don Rodrigo, es esa circunstancia de que arranquen á las victimas el corazón. ¿Qué mira pueden llevarse?

—No lo ajierto; pero sin duda, esto solamente lo hacen por infundir mas terror. El autor de semejantes crímenes debe tener interés en alejar de allí á los transeuntes.

—Y las dos veces, repuso con aire meditabundo don Juan, ha sucedido bajo las ventanas de Sol.... ¿Quizás otro amante?...

—Mucho se oculta, si acaso, porque nadie lo conoce. Esos dos asesinatos los atribuyen á esa especie de fiera, ese hombre de tan estraña figura como misteriosa vida, á quien llaman el Brujo, y á quien solo de noche se le vé en las calles.

—Esta noche lo hemos encontrado á poca distancia de la ciudad.

—¿Solo?

—Como dicen que vá siempre, sobre su negro jumento, que á tantos comentarios dá lugar entre la gente sencilla.

—Entonces ya estará dentro de la poblacion, y mañana tendremos que contar nuevas desgracias.

—Os pareceis á mi escudero.

—¿Ha dicho lo mismo?

—Como todos dicen. ¿Sois supersticioso?

—Nó, don Juan, pero sospecho que ese hombre es un asesino de oficio y que alguien le paga sus crímenes. Si es cierto que alguno está enamorado de doña Sol, y es bastante cobarde para no hacer frente á los que la galantean....

—¿Quereis infundirme miedo?

—Al contrario, quiero infundiros valor, y sobre todo prudencia.

—Creo que vuestras sospechas son infundadas.

—¿Por qué, don Juan?

—Porque si ese hombre es un asesino pagado, aprovecharia la ocasion de robar á la víctima despues de muerta, nó el corazon, sino las doblas que llevase encima. Y por cierto que no sucedió así con el primer desdichado, que iba bien provisto de monedas de oro.

—Ni con el segundo.

—Ya lo veis, don Rodrigo, el asesino no es un ladron y por consiguiente tampoco el Brujo.

—Entonces es un adorador de la hija de don Juan.

—Tal sospecho.

—Y un cobarde.

- Por eso no tengo miedo.
- Por eso se le debe temer mas.
- Conque un amante.... ¡Oh! exclamó el mancebo, apretando los puños.
- Es solo una sospecha.
- ¡Vive Dios, don Rodrigo, que si alguno se atreve á dirigir sus miradas á doña Sol!...
- Don Juan, los amigos deben decir las verdades.
- Así lo exige la amistad.
- Doña Sol no es capaz de engañaros, pero tampoco deis creer que solo vos la amais, porque es en extremo hermosa, rica y de sangre real.
- ¿Sabeis, acaso?...
- Nada mas, sino que la noche que asesinaron al hijo de don Hernando, oyeron los vecinos un amoroso romance cantado al son de una cítara.
- Eso prueba....
- Que no sois vos solo quien ama á doña Sol.
- Ya han perecido dos....
- Queda por lo menos uno, el asesino, el mas temible, porque se oculta. Acordaos de la historia de mis amores, que mas de una vez os he referido, y comprendereis todo lo peligroso que es un rival que se oculta.
- ¿Sabeis que hasta ahora no he sabido lo que eran celos? dijo el doncel con acento comprimido.
- Es mala comida, don Juan.
- Apretemos el paso.
- Como os plazca.

Así hablando, se acercaban nuestros amigos al palacio del infante.

La noche, como dijimos, era en extremo oscura.

Cuando Rodrigo y el doncel llegaron á la esquina desde donde algunos dias antes escuchara el Brujo la amorosa cancion, se pararon.

—Está desierta la calle, dijo el mancebo.

—Aquí os esperaré.

—No lo consiento; retiraos, que la noche avanza.

—No tengo prisa.

—Ya veis que nada hay que temer.

—No estaria tranquilo si me fuese. ¿Quién sabe si cuando salgais os sorprenderán?

—Es imposible, porque ya voy prevenido, y el que me acometa tendrá que vencerme peleando.

—Os digo que no me moveré de aquí.

—Entonces me vuelvo sin ver á Sol.

—Don Juan Alfonso, replicó Rodrigo con firmeza, entrad y no intentéis persuadirme á que me aleje; si os sucediese alguna desgracia, el remordimiento de haberos dejado me mataria.

—Os conozco bien y sé que será en vano cuanto os diga; pero si por aguardarme, la desgracia la sufriéreis vos....

—Perded cuidado.

—Don Rodrigo....

—Aprovechad el tiempo.

Lo mismo que noches antes, á través de una celosía se escapaban algunos rayos de luz.

El mancebo contempló aquella ventana, y su corazón palpitó con violencia. Un suspiro se escapó de su pecho, y mientras se separaba de su amigo, y se acercaba á la casa, murmuró:

—No duermes... ¿Pensará en mí?

Y parándose dejó escapar un silbido agudo, y luego otros dos, y esperó con impaciencia.

Trascurrió largo rato; y ya don Juan se disponía á repetir sus señas, cuando abriéndose un postigo que la oscuridad no dejaba ver, salió un bulto y quedó parado.

El doncel se acercó.

—¿Vos aquí, don Juan Alfonso? dijo en voz baja una mujer, la misma que habia salido.

—El mismo, Gimena.

—¿Cómo tan pronto?

—Ya lo sabreis. Decidme, ¿y doña Sol?

—Algo falta de salud.

—Ya lo sé; pero ¿qué hace?

—Reza, porque desde vuestra marcha parece una monja.

—¿Qué os ha dicho?

—Nada; he salido sin su licencia.

—¿No quiere verme?

—Cuando partisteis me dijo que no volviese á abrir la puerta.

Don Juan apretó los puños con rabia.

—¿Eso ha dicho?

—Al mismo tiempo que lloraba como una Magdalena.

—¡Ya no me ama!... ¡Oh!

—¿Que no os ama mi noble señora?... Mas que nunca. Algunas veces cuando reza la oigo desde la habitacion inmediata, y pronuncia vuestro nombre.

—¿No me engañais?

—¿Engañaros!... libréme Dios, don Juan.

—Entonces, ¿por qué no quiere verme?

—¿Y á mí me lo preguntais? No me lo ha dicho.

—¡Soy un insensato!

—No os altereis, que el enojo de mi noble señora pasará.

—¡Soy un miserable! repuso don Juan con acento de desesperacion.

—¿Habeis perdido el juicio, señor?

—Puede ser, Gimena.

—¿Quereis que le diga que estais aquí? Bien que habrá oido vuestra seña de costumbre.

—Ya veis, Gimena, ni siquiera se ha asomado á la ventana.

—¿Qué importa?

—No querrá verme; es inútil que le digais nada.

—¿Tan pronto desesperais?

—La conozco y.... Nó, Gimena.

—¿Os vais, pues?

—¡Alejarme sin verla!... ¡Imposible!

—¿Qué determinais? Se pierde el tiempo, y si se acuesta....

—Quiero verla, sí, pero será en vano suplirle.

—Entonces.....

—Solo un medio hay.

—¿Cuál?

—Presentarme á ella sin darle ningun aviso.

—¡Jesus!

—¿Qué mal puede suceder?

—No me atrevo, mi noble señor.

—De ese modo, viéndome, oyendo mis súplicas, tal vez.

—No me atrevo, señor.

El doncel sacó de su limosnera algunas doblas, y poniéndolas en la mano de Gimena, le dijo:

—Nada temais. Vamos, vamos.

Razon tan poderosa dejó convencida á la sirviente, y abriendo á don Juan el paso, entró con él en la casa y cerró el postigo.

Alumbrado por la luz de una lámpara que llevaba Gimena, atravesaron un estrecho pasillo, subieron una escalera, y llegaron al fin al mismo aposento en que ya vimos á la bellissima Sol y á don Juan Alfonso el dia que este partiera con su padre.

—Ahí la teneis, dijo Gimena con voz casi imperceptible y señalando á una puerta.

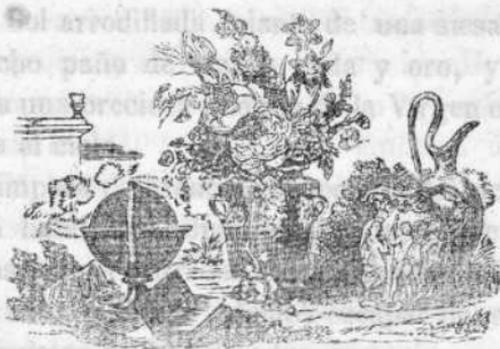
Quedó el doncel parado algunos instantes y sintió como si sus mejillas brotasen fuego. ¿Cómo seria recibido por Sol? Esta pregunta que se hizo pareció quitarle el ánimo con que tan resueltamente habia llegado hasta allí.

Con lento paso y conteniendo la respiracion, acercóse don Juan á la puerta indicada por la sirviente, le-

vantó la ancha cortina que la cubria, vió á su amada y quedó nuevamente parado.

La jóven estaba vuelta de espaldas y de nada se apercibió.

En medio del silencio que reinaba se oyó un suspiro leve, pero como si saliera de lo mas profundo del alma. Agitóse el corazon del mancebo y la mano con que sostenia la cortina tembló.





blanco de trillísima expresión, con sus ojos inmóviles y por el tanto humedecidos!

¡Qué hermosa, con su frente pura, serena, levántala al cielo y bañada de blanca luz, como si una aureola celestial la rodeara, con sus cabellos de

## CAPITULO X.

oro, relucientes como el sol, en desorden, sueltos y cayendo sobre la blanca túnica.

Contempló el manecido aquella hermosa caneca, sobre cuyos blancos cabellos relucía caprichosamente la

De la conversacion que tuvieron don Juan y doña Sol.

La jóven, absorta en su texto y en sus tristes ideas, ni había percibido la señal hecha por don Juan en la

calle, ni había notado que lo tenía tan cerca. Algunos momentos pasaron.

Estaba Sol arrodillada delante de una mesa cubierta con un ancho paño de blanca seda y oro, y sobre la cual se veía una preciosa imágen de la Virgen en actitud de elevarse al cielo.

Una lámpara de bronce que pendía del rico artesonado de la habitación, iluminaba el cuerpo de la jóven, que con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en la santa imágen, dejaba escapar de sus azules ojos dos lágrimas de cristalina transparencia.

Oraba con fervor.

Blanca túnica de fina lana envolvía su esbelto talle.

Algún tierno suspiro, algún sollozo de dolor era lo único que se percibía en medio de aquel silencio sepulcral.

¡Qué hermosa estaba la doncella con su pálido sem-

blante de tristísima espression, con sus ojos inmóviles y por el llanto humedecidos!

¡Qué hermosa, con su frente pura, serena, levantada al cielo y bañada de blanca luz, como si una aureola celestial la rodeara! ¡Qué hermosa, con sus cabellos de oro, relucientes como el sol, en desórden, sueltos y cayendo sobre la blanca túnica!

Contempló el mancebo aquella hermosa cabeza, sobre cuyos blondos cabellos reflejaba caprichosamente la luz de la lámpara, y no se atrevió á moverse.

La jóven, absorta en su rezo y en sus tristes ideas, ni habia percibido la seña hecha por don Juan en la calle, ni habia notado que lo tenia tan cerca.

Algunos momentos pasaron.

—¡Madre Santa! murmuró al fin la doncella con acento débil. ¡Haced que se estinga esta pasion que me devora el pecho: ya no debo amarle, nó; entre nosotros está la sangre derramada en Tarifa! ¡Haced que lo olvidé, pero protejedlo, bendecidlo, que sea feliz! ¡Mi vida es un tormento horrible!... ¡Consuelo, algun consuelo, purísima y santa Madre de Dios!

El llanto salió en abundancia de sus azules ojos, corrió por sus pálidas megillas, y fué á perderse, en perlas convertido, entre los anchos pliegues de su blanca túnica.

El doncel, como arrastrado por una fuerza irresistible, dió algunos pasos silenciosos en el interior del aposento, y arrodillándose detrás de la doncella, colocó en el suelo el acerado casco, cruzó las manos tambien, y con voz ahogada y acento suplicante, exclamó:

— ¡Perdon! ¿No me habéis visto? —

La jóven exhaló un grito de espanto, levantóse repentinamente, y fijando una mirada de asombro en su amante, dijo:

— ¡Don Juan!... ¡Dios mío!... ¡Es él!... ¡No es un sueño!... ¡Don Juan!... —

— ¡No es un sueño, nó, Sol mia! —

La doncella enjugó su llanto; trocóse en severidad la tristeza de su semblante, y repuso:

— ¿Qué buscáis aquí? —

Don Juan se puso de pie:

— ¡Nunca me habéis amado! dijo con amargura.

Sol no contestó, pero su rostro se puso como el carmin.

— Me habéis visto partir en busca de la muerte, ignorábais si habia sucumbido, ¿y al verme? —

— Don Juan, interrumpió la jóven, ¿por qué habéis venido á interrumpir mi soledad, á renovar mis dolores?

— ¿Por qué he venido! ¿Eso me preguntáis? ¡Cuán poderosamente obra el tiempo en el corazón de la mujer! ¡Qué fácil es en ella la mudanza!

— ¿Habéis venido á insultarme? —

— Doña Sol... —

Don Juan, este corazón que por vos siempre ha palpitado, ha sido también por vos herido.

— El doncel inclinó la cabeza sobre el pecho. —

— Sol, dijo variando de tono, ¿loco estoy, la pasión trastorna mi cabeza? —

— ¿Qué quereis, pues? —

— ¡Qué quiero!... ¿No me habeis visto de rodillas ante vos? ¿No habeis oído mi primera palabra?

— Habeis venido á pedirme perdon... pudisteis escucharlo, porque yo tambien sé perdonar á los que me ofenden: en mi pecho no cabe rencor.

— He venido en busca de vuestro perdon, pero tambien á saber si me amais aún, si como siempre os puedo llamar mia.

— Don Juan, mi amor no es de los que en un dia se estinguen: la fatalidad se puso en mi camino para hacerme desgraciada, y en vano lucharé para borrar de mi corazon vuestro recuerdo; pero ser vuestra... ¡oh!... ser vuestra, eso es imposible, ya lo sabeis: entre nosotros se levanta un recuerdo tristísimo que para siempre nos separa.

— ¡Me estais matando! dijo el doncel haciendo un esfuerzo penoso.

— ¿Acaso no sufro tanto como vos?

— Os ofendí, Sol; pero, ¿pudisteis pensar que mis palabras fuesen dichas con la intencion de herir vuestro noble orgulle?

— Nó, don Juan Alfonso, pero me recordaron lo que mi amor me hacia olvidar muchas veces, y desde entonces me convencí de que debemos imponernos un terrible, pero indispensable sacrificio.

— Escuchándoos estoy, y apenas puedo dar crédito á vuestras palabras. ¿Sois vos la que tal decís? ¿Vos, que todo lo sacrificábais por mí, la que ahora quereis sacrificarme á todo? ¿Cómo se trocarón aquellos dias en que al

verme os olvidábais de todo, y no habia para vos mas recuerdos, mas ilusiones ni mas esperanzas que las de nuestro amor? ¿Dónde fueron aquellos dias en qué para vos nada habia que pudiera separarnos sino la muerte?

—Sin duda, don Juan, repuso Sol, á cuyos ojos el llanto volvió á salir, sin duda entonces mi razón trastornada no me dejó pensar en mi locura.

—Porque entonces, replicó con amargura don Juan, el fuego de un amor puró os enloquecia, y ahora ese fuego no basta ni siquiera á despertar en vuestra alma la compasion. Porque entonces todo por nuestro amor, todo por mí: la muerte misma hubiera tenido que luchar para arrancaros una vida que dedicábais á mí, nada os hubiera arredrado, ante nada hubiérais retrocedido, ni aun ante esos recuerdos tristísimos, porque los hubiera borrado vuestra voluntad de vuestra memoria, aun á trueque de arrancar con vuestra misma mano vuestro cerebro. Porque entonces...

—¡Don Juan, me estais matando! interrumpió la doncella á la vez que se oprimia el pecho.

—¿Acáso no sufró tanto como vos, mas que vos aún? dijo á su vez el mancebo. No dicen mis palabras terribles verdades? He venido como siempre anhelante de amor...

—Me acusais...

—No os acuso; doña Sol, os recuerdo lo que pareceis haber olvidado.

La jóven hizo un esfuerzo y elevó al cielo una mirada suplicante.

—¡Dios mio! exclamó.

—Esos recuerdos, señora...

—Don Juan, ¡¡ por compasion! ¡ Ah! ¡ vos no sabeis cuánto he sufrido, cuánto padezco!

—¿Me amais como siempre?

—¡Plugiuese al cielo que no os amase!

—Entonces, ¿por qué ese desvío?

—Sacrifiquemos nuestro amor, don Juan, porque de otro modo nos haremos muy desgraciados.

—¡Desgraciados!

—Mucho, don Juan.

—¿Acaso el separarnos para siempre no es la mayor de las desgracias? ¿Qué otra cosa podemos temer? ¡Preferís la tranquilidad á nuestro amor, no quereis hacer frente á las contrariedades que nos amenazan!...

La doncella se pasó las manos por su abrasada frente y echó atrás las doradas trenzas de sus cabellos. Su seno casto y puro estaba en extremo agitado.

—¡Don Juan, estoy loca! exclamó. Piensó en las desgracias que ha de traernos nuestro amor, y quiero sacrificarme por haceros feliz; pero olvido que mi sacrificio os sacrifica. Os amo como siempre, mas que nunca; pero veo entre nosotros un imposible. Cuánto he sufrido en los pasados dias, cuánto he luchado, en vano lo quería explicar, no lo comprenderiais, porque vos no sabeis lo que es decir al corazon, «calla, no sientas, no quieras lo que quiero, apaga con tu mismo fuego el fuego que arde en tí:» no lo sabreis, nó, don Juan, y por eso no comprendereis lo que he padecido. ¡Acusadme, aborre-

cedme, razon teneis para todo; os escucharé, sabré morir resignada y os bendeciré (al exhalar el último suspiro, vuestro nombre será el último que pronuncie!

Don Juan, con los ojos brillantes por la pasion, el pecho agitado por las emociones, se aproximó á la doncella y cogió una de sus manos entre las suyas.

—¿Por qué, entonces, si me amais aun como siempre, mas que nunca, quereis que nos separemos?

—Don Juan....

—Las mismas desgracias que hoy podemos temer temíamos antes; y sin embargo, adormidos en brazos de nuestro amor, soñando con nuestras ilusiones, hemos sido felices, ¿no es verdad?

—¡Oh, mucho!

—¿Y por qué renunciar á esa felicidad, cuando mas bien se despeja que se nubla el horizonte de nuestro porvenir? ¡Sol mia, mi luz, mi encanto, mi vida, yo te adoro! ¡No ocultes á mis ojos el fuego de los tuyos, no suenen mis palabras sin que yo escuche tu dulce voz! ¡Sol de mi alma, no me prives de tus rayos en la escabrosa senda de la vida! ¿En quién depositaré, si me abandonas, mis penas y mis alegrías? ¿Quién me dará consuelo? ¡Perdí á mi madre en edad temprana, anciano es mi padre ya, y pronto quedaré solo en el mundo, solo con mis dolores!

—¡Don Juan, don Juan!

—Nuestro porvenir se presenta mas risueño: hoy quedará firmada la paz entre el rey y vuestro padre: el

mio la procuró, y tambien se dará buen término á las diferencias con don Diego Lopez.

Un rayo de alegría brilló en los azules ojos de la doncella.

—¿Qué decís? preguntó. ¿No me engaiais? Don

—;Engañarte!..

—;Oh! me persigue tanto la desgracia, que apenas creo en la felicidad.

—;Dime que me amas, como siempre me lo has dicho! exclamó el jóven.

Y sus lábios ardientes se imprimieron en las manos de la doncella.

—;Sí, sí, te amo, don Juan, te amo como siempre, mas que nunca, porque al luchar para olvidarte, se acrecenta mi pasión!

—;Qué hermosa eres!; Cuánto te adoro!

—;Ah!... balbuceó la jóven.

Y sintiendo que las fuerzas le faltaban, se dejó caer en un sillón.

Don Juan Alfonso se sentó á su lado.

Siguióse un tierno coloquio, y así pasó mas de una hora, que debió parecer á nuestros amantes un minuto.

—Me voy, dijo al fin el mancebo.

—;Tan pronto?

—Estás muy fatigada y necesitas reposo.

—No por eso te alejes, pero sí porque la noche ayanza. La calle es peligrosa.

—;Tú tambien temes al Brujo?

—Todo lo temo: dos desgracias horribles han sucedido en pocos dias, y....

—Voy prevenido, y sobre todo, dijo el doncel sonriendo, no me pararé bajo tu ventana á entonar ninguna trova de amor.

—¿Sospechas de mí?

—Ya ves que la confianza se pinta en mi rostro. Yo no puedo privar á ningun caballero de que le ante bajo mis ventanas; así hubiese podido estorbárselo al último infeliz que fué asesinado; harto triste fué la música, porque á ella siguióse un lamento que no me dejó duda sobre lo que acababa de suceder.

—¿No viste nada?

—Tuve miedo de asomarme. Cuando el ¡ay! de muerte llegó á mis oídos rezaba yo, y pedí al Eterno por la desdichada víctima.

—¡Noble corazón!

—Me estremezco.... Aléjate, don Juan: el recuerdo de esa horrible desgracia me ha llenado de pavor, dijo la doncella.

—Tranquilízate.

—¿Vendrás mañana?

—Antes de ir á ver al rey.

—¿Y no volverás?

—Sí, para decirte la determinacion de S. A., y si ha convenido don Diego Lopez de Haro.

—¿Y luego?

—Volveré á partir para Leon con un mensaje del rey.

—¡Otra vez!

—Es preciso.

—Dios envíe contigo la paz. ....

—Adios, doña Sol.

—Don Juan, adios.

¿Sonó un beso? Tal vez.

Don Juan Alfonso salió, y seguido de Gimena, llegó al postigo.

—Con Dios id, mi noble señor, y llevad cuidado, que según me ha dicho el escudero de don Alvaro, que ha estado aquí, el Brujo anda esta noche por la ciudad.

—Le haré la cruz, contestó el mancebo á la vez que se sonreía, pero estremeciéndose á su pesar.

Gimena abrió el postigo y cerrólo de nuevo apenas salió don Juan.



## CAPITULO XI.

Era el Brujo, que aguardaba desde mucho antes que llegasen nuestros amigos, porque habiendo encontrado camino de la ciudad á don Juan Alfonso, pensó muy largamente que este no dejara de ir á ver á su dama. De cómo fué muy acertado y muy prudente el consejo que dió á don Juan Alfonso su escudero.

—Lo acompaña ese maldito bastardo, murmuraba el hombre tierra. Don Rodrigo es el único hombre que puede luchar conmigo, el único á quien tengo miedo, porque su brazo es mas fuerte que el mio. Si llega á tiempo

Rodrigo habia permanecido inmóvil en el mismo sitio en que lo dejara el hijo de Guzman.

Ni una persona habia pasado por la estrecha calle mientras el mancebo hablaba con su dama.

—Bien dicen, pensaba Rodrigo, que el lugar mas seguro es aquel donde ha ocurrido alguna desgracia. Los dos asesinatos que se han cometido aquí, ahuyentan á los transeuntes, temerosos de que con ellos aumenten el número de las víctimas, y al asesino receloso de que lo acechen y le hagan pagar sus crímenes. Nadie pasa, y jamás don Juan Alfonso hubiera podido venir con tanta seguridad como esta noche.

Rodrigo se equivocaba; y no hubiera pensado de tal modo, si la oscuridad no hubiese sido tan intensa, ó si mas precavido, se hubiese tomado el trabajo de exami-

nar uno por uno los huecos de todas las puertas de la calle, porque entonces, escondido en uno de estos, inmóvil como la misma pared, habria visto un bulto, es decir, un hombre, que podia tomársele por negra estatua con dos brillantes luces por ojos.

Era el Brujo, que aguardaba desde mucho antes que llegasen nuestros amigos, porque habiendo encontrado camino de la ciudad á don Juan Alfonso, pensó muy fundadamente que este no dejaria de ir á ver á su dama aquella noche.

—Lo acompaña ese maldito bastardo, murmuraba el hombre fiero. Don Rodrigo es el único hombre que puede luchar conmigo, el único á quien tengo miedo, porque su brazo es mas fuerte que el mio. Si llega á tiempo para defender á mi rival, si su mano se levanta sobre mí, estoy perdido. Pero los celos me atormentán mucho, me abrasa la sed de sangre, y no quiero perder la ocasion. Tendré que renunciar á la dicha de arrancarle el corazon.... ¡Oh! arrancarlo con mis uñas.... pero lo mataré al primer golpe y antes de que llegue en su ayuda el brazo de hierro de ese bastardo.

Sus ojos brillaron tan extraordinariamente, que hubieran causado miedo á cualquiera, por animoso que hubiese sido.

Meditó algunos instantes, y luego prosiguió:

—Aquí estoy bien para dar el golpe. Al salir me arrojo sobre él, y antes que don Rodrigo atraviese la distancia que nos separa, lo dejo sin vida al primer golpe; y luego huiré, porque es preciso huir, porque si el bas-

tardo me alcanza, dudo vencerle. ¡Y existe un hombre á quien le tengo miedo! ¡Oh!... ¿Por qué el infierno ha vomitado un hombre que tiene un brazo mas fuerte que el mio?... Es preciso que muera tambien, pero tengo que buscar la ocasion de herirle por la espalda.

¡Qué ageno estaba Rodrigo del peligro que amenazaba al doncel! El postigo por donde este debia salir estaba casi enfrente de la puerta donde se ocultaba el Brujo. El asesino no tenia que dar mas que dos pasos y descargar el golpe homicida sin que la víctima tuviera tiempo de defenderse. Hasta la oscuridad de la noche favorecia el horrible proyecto, porque don Juan sentiria quizás el golpe antes de ver á la persona que se lo asestaba; y como Rodrigo, fiado en la soledad, se cuidaba mas de subir el embozo de su capa para resguardarse del frio que de requerir su acero, no podria acudir tan velozmente á socorrer á su amigo sin que ya este hubiese sido víctima de la rivalidad de aquel miserable, cuya pasion por Sol era tan intensa y brutal como su fiereza.

¿Cómo aquel hombre, cuyo corazon era inaccesible á todo sentimiento de ternura, habia podido abrigar tan ardiente pasion, se habia dejado por ella dominar hasta tal punto, que la cándida doncella habria podido hacerle caer de rodillas á sus piés, débil y sumiso como el mas sensible amante? Solo puede explicarse concediendo á sus brutales impulsos tal imperio, tal fuerza, hija de una organizacion especial, que en momentos dados ante el impuro apetito sucumbiese todo el poder de su

fiereza instintiva. Sin humano trato, viviendo en una atmósfera ensangrentada, aquel hombre, que parecia haber declarado la más cruda guerra á la sociedad, aquel hombre á todo indiferente, debia tener, como todos los hombres, una debilidad que dejase un punto vulnerable en su corazon, que suministrase un medio de vencerle. Y esa debilidad era el afilado aguijon de la materia, impuro aguijon, cuya punta sutil le heria vivamente, como nunca pudo herirle el mas afilado puñal. Sus asquerosas pasiones habian hecho ya algunas víctimas; ninguna mujer le habia causado tan viva impresion como la hija de don Juan, y por eso el asesino se habia mostrado tan terrible en la persecucion de sus rivales. Sin embargo, á Sol hubiera sucedido lo que á todas las demás infelices que no habian podido librarse del Brujo; hubiérase visto aborrecida por él en pocos dias, porque sus pasiones eran tan pasajeras como violentas.

Al fin se oyó el chirrido de la llave en la cerradura del postigo.

El Brujo apretó convulsivamente el mango de encima de su ancho cuchillo, brotaron fuego sus ojos, rechinaron sus dientes y se preparó á dar el sangriento golpe.

Rodrigo, aunque nada recelaba, deseoso de saber el resultado que habia tenido la entrevista, se dirigió, aunque lentamente, hácia la puerta por donde debia salir el doncel.

Este, con la espada desnuda, el oido atento y vigilante la mirada, puso el pié en la estrecha calle acor-

dándose sin querer del consejo de su escudero y de las palabras de Gimena; pero apenas á su espalda se cerró el postigo, vió que un bulto se arrojaba sobre él, y oyó un rujido feroz y tras el rujido una estridente y horrible carcajada.

El mancebo, digno de la sangre que corria por sus venas, tuvo, en medio de su sorpresa, bastante serenidad para dar un salto hácia la derecha, y presentando la punta de su espada al asesino, gritó:

—¡Atrás!

Y casi á la vez Rodrigo exclamó:

—¡Animo, don Juan, vive Dios!

El hombre fiero dejó escapar una segunda carcajada, y arrojóse con los brazos abiertos sobre el doncel, dejando que la espada de este se clavara en su pecho, como las pasadas noches habia sucedido con el trovador, pero como entonces tambien, saltando hecha pedazos la acerada hoja.

Don Juan Alfonso quedó desarmado, y la velocidad del ataque y la sorpresa no le dejaron tiempo á evitar que el Brujo le asiese por la garganta con su mano izquierda, le oprimiese hasta quitarle la respiracion, y levantase la diestra, armada del ensangrentado cuchillo, sobre el corazon del infeliz mancebo.

Este no pudo ni aun exhalar un grito; vió la muerte ante sus ojos, y acordóse de su padre y de Sol.

En aquel momento decisivo llegó el hijo de doña Ines; arrojó su espada al suelo porque comprendió que era caso de luchar cuerpo á cuerpo; echó atrás su capa,

y con la velocidad de la centella asió el brazo que el asesino tenia levantado.

Las fuerzas de Rodrigo eran superiores á las del Brujo, y un instante antes hubiera podido evitar el golpe; pero ya era tarde: el traidor hizo un supremo esfuerzo, rechinaron sus dientes, sus ojos aparecieron mas encendidos, y bajando el brazo, el cuchillo resbaló primero en la acerada armadura de don Juan, pero clavóse en su pecho al fin.

Un ¡ay! de muerte salió de los labios del doncel, y siguióle un grito agudo y penetrante que resonó en la ventana de Sol.

Rodrigo sintió afluir á su cabeza toda su sangre: la rábía contrajo extraordinariamente sus músculos de acero y abrió sus hercúleos brazos para ahogar entre ellos al asesino. Pero este, con maravillosa rapidez, agachóse casi hasta el suelo, dió con la cabeza un terrible golpe en las piernas de Rodrigo, y mientras este vacilaba para guardar el equilibrio que le hiciera perder el inesperado y rudo choque, el Brujo, de un solo brinco separóse alguna distancia y emprendió velocísima carrera.

—¡Dios de Dios! gritó Rodrigo.

Y repuesto ya siguió al Brujo.

Empero este llevaba alguna ventaja y era más corredor; sus desnudas piernas avanzaban en cada paso tanto terreno, que por instantes se alejaba mas y mas del hijo de doña Ines.

—¡Y ha de escapárseme, vive Dios! gritaba este con voz ahogada por el coraje.

Solo contestaba el asesino con alguna carcajada sarcástica, que encendia mas y mas la rabiosa ira de Rodrigo.

Dejaron atrás calles y calles, y al fin la desigualdad de la carrera puso entre ambos tal distancia, que no se vieron.

—¡Soy un miserable! exclamó el bastardo parándose y arrancando de su rubia cabellera un mechón, que estrujo entre sus convulsivos dedos. ¡Don Juan, don Juan!

La cabeza se le ardia, violentos y desiguales latidos atormentaban sus sienes, y parecia que el corazon iba á romperle el pecho.

¡Asesinado el hijo de don Alonso, del hombre á quien tanto amaba y tanto debia Rodrigo! ¡Asesinado delante de él y no haber sido bastante para defenderle, no haber podido siquiera vengarle!

—¿Por qué me temen, por qué me llaman el terrible, el forzado, el de la mano de hierro, el invencible? ¿Por qué, si ese miserable con solo su cuchillo, del que ni siquiera ha tenido necesidad de usar, se ha burlado de mí y se aleja despreciándome con sus risas humillantes? ¡Nada valgo, vive Dios, y merezco que don Alonso vengue en mí la muerte de su hijo! ¡Oh!... ¡Soy un miserable!

Pasaron algunos instantes en que Rodrigo guardó un silencio profundo, sintiéndose devorado por la mas rabiosa desesperacion; y al fin, ocurriéndosele que su despecho le hacia olvidar que debia ir á su amigo para

llevarlo á su posada vivo ó muerto, volvió á buen paso al sitio de la sangrienta escena.

Permanecía en el suelo el doncel, y Rodrigo sintió que sus piés se resvalaban en un charco de sangre.

Un leve gemido salió en aquel instante de los lábios del mancebo.

—¡Vive! exclamó Rodrigo con alegría.

Y despojando á su amigo de la pesada armadura, buscó en su pecho y encontró la herida, fuente de roja sangre.

Para un hombre como el hijo de doña Ines, acostumbrado á los combates desde su juventud, no era operacion difícil el vendar una herida; así fué, que sacando un pañuelo consiguió restañar la sangre que brotaba del pecho de don Juan.

—No está en sitio peligroso, dijo Rodrigo, y mas debe tenerle postrado la debilidad que el golpe. Si yo hubiese vuelto antes... Para todo he sido torpe. No perdamos mas tiempo. ¡Dios mio, salvadlo!

Y sus brazos robustos levantaron cuidadosamente al doncel con la misma facilidad que si fuese un niño.

Un segundo gemido, lastimero y ahogado, volvió á salir de los lábios del doncel.

—Etais en mis brazos, nada temais, le dijo Rodrigo.

Pero el mancebo no pudo contestar.

Las sombras de la noche envolvieron á nuestros amigos horriblemente atormentados, el uno por su herida, el otro por su desesperacion.

Entretanto, el Brujo, caballero en su jumento, ne-

gros ambos como la noche, la noche negra como ellos mismos, se perdía entre las vecinas montañas, sembrando los escabrosos riscos de horribles imprecaciones.

El asno, como siempre, caminaba sin hacer ruido alguno y parecía volar con sus menudos pasos, que se sucedían con igualdad é incansable rapidez.

¿Qué había sido de Sol? ¿Por qué no había mandado socorrer á don Juan?

Volvamos á su aposento, que en la primera ocasion seguiremos al Brujo para conocer su guarida, ó como él la nombraba, su palacio.



Per eso se oyé en la calle un grito penitente y agudo tras el jamento de agonía; y este grito lo oyó tambien Giolena que, retirada en un apartado aposento,

gros ambos como la noche, la noche negra como ellos mismos, se perdía entre las vecinas montañas, sembrando los escarpados riscos de horribles impresiones.

El asno, como siempre, caminaba sin hacer ruido alguno y parecía volar con sus menudas patas, que se sucedían con igualdad é incansable rapidez.

¿Qué había sido de Sol? ¿Por qué no había mandado socorrer á don Juan? ¿Por qué en la primera ocasión volvamos á su apomato?

Seguimos al Bruto para conocer su guardia, ó como él la nombraba, su palacio.

La noche era ya muy avanzada, cuando llegamos á un lugar donde se veían algunas ruinas de edificios antiguos, y donde se oía el ruido de las cascadas que caían en las montañas.

—No sé, dijo Rodrigo, si yo debo tener cuidado de no perderme en este lugar. No sé si hay alguna casa habitada por los indios.

—Y si no, ¿qué me importa? Yo voy á buscar al doncel que me mandó buscar.

—En este momento, dijo Rodrigo, voy á buscar al doncel que me mandó buscar.

Pero el mancheco no pudo contestar.

Las sombras de la noche envolvieron á nuestros amigos, y ellos se separaron, cada uno por su lado, á buscar al doncel que me mandó buscar.

Entonces, el mancheco, caballero en su juramento, se



no se había apercibido del ruido que ocurría en el silencio de la calle, y con palabras tan sencillas nos y, Acudió la sirviente en socorro de su señora, y volvió en el suelo, inmóvil como si estuviera muerta.

— ¡Virgen María! **CAPITULO XII.** —  
 Y por la sorpresa turbada, fué en busca de doña María Diaz, madre de Sol, un criado que usó Y

La esposa del rebelde infante, que ya reposaba en su lecho, salió de él ligeramente, y apenas cubierta con una sencilla túnica bajó a la madre y la hija. La madre con delirio y con todo el amor de una madre, a quien amaba con delirio, con todo el amor de una madre, la equidistancia de los brazos, brazos, brazos. —

Doña María Diaz de Haro era hija, según ya dijimos, del traidor y malaventurado conde don Lope, muerto

Cuando don Juan Alfonso dejó á Sol, esta se acercó á una ventana, ya para escuchar el eco de los pasos de su amante, ya para saber si alguna desgracia le acontecía en aquella calle, que iba haciéndose fatal para los enamorados.

Doña María, pues, apercibióse de lo que sucedía, porque oyó rujir al Brujo y gritar al mancebo y á Rodrigo; y ya se disponía á mandar á Giména que abriese el postigo, por si en la casa quería refugiarse su amante, cuando el ¡ay! de muerte exhalado tras una cargada, le hizo creer que era ya tarde, y cayó al suelo sin sentido.

Por eso se oyó en la calle un grito penetrante y agudo tras el lamento de agonía, y este grito lo oyó también Giména que, retirada en un apartado aposento,

no se habia apercibido del rumor que interrumpiera el silencio de la calle.

Acudió la sirviente en socorro de su señora, y vióla en el suelo, inmóvil como si estuviera muerta.

—¡Virgen María! exclamó llena de espanto.

Y por la sorpresa turbada, fué en busca de doña María Diaz, madre de Sol.

La esposa del rebelde infante, que ya reposaba en su lecho, saltó de él ligeramente, y apenas cubierta con una ancha túnica de lana azul, corrió al aposento de su hija, á quien amaba con delirio, con todo el amor de madre.

Doña María Diaz de Haro era hija, segun ya dijimos, del traidor y mal aventurado conde don Lope, muerto desastrosamente en el alcázar de don Sancho el *Bravo*. Hallábase la noble matrona en esa edad que es el último período de la belleza de la mujer, edad que sin embargo les hace ganar á veces en ciertos atractivos lo que perdieron en frescura y candidez. Doña María debió haber sido muy hermosa, y aun lo era bastante; en sus facciones se retrataban las de su hija, y esta habia robado á su madre el oro de sus cabellos y el puro azul de sus ojos encantadores. Empero en el rostro de la madre habia la dignidad, la altivez y la gravedad que solo dan los años, y que ya empezaban á descubrirse en Sol, aunque modificados por la inocencia, por la sencillez, por la debilidad de la juventud.

Al entrar doña María en el aposento de su hija, arrojóse sobre el cuerpo inmóvil de esta y exclamó:

—¡Hija mia!

En ciertos momentos no puede decir mas una madre, y con palabras tan sencillas espresa cuanto siente su corazon.

Con maternal cuidado puso doña María una mano sobre el corazon de la doncella.

—¡Late! dijo.

Y su pecho pareció dilatarse para dejar salir un suspiro.

Luego mandó á sus doncellas que colocasen á la jóven en su lecho, y dirigiéndose á Gimena le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Lo ignoro, señora, contestó temblando el femenino Mercurio.

—¡Que lo ignoras! ¿Acaso esto ocurre sin una causa de gravedad? Contesta, pues, y vosotras rociad con agua fresca el rostro de doña Sol.

—Señora, replicó Gimena mientras sus compañeras iban y venian, señora, yo estaba en el otro aposento, en el que cae al jardin, y allí rezaba mis oraciones, mientras doña Sol oraba tambien, cuando oí un grito; acudí, y la encontré como la habeis visto: al punto os llamé, y... no puedo deciros otra cosa.

—Mientes, Gimena, replicó doña María con sequedad.

—Os juro, señora mia...

—Mientes, digo. Hace muchos dias que mi hija está triste, que llora continuamente, que empieza á enfermar, y... algo se me oculta.

—Por mi parte....

—Tú debes saberlo, porque no te separas de su lado.

—Harto sé que está triste, que llora noche y día, que empieza á enfermar; pero la causa la ignoro, porque no me la ha dicho, y yo no puedo adivinarla.

Sol entreabrió penosamente los ojos, agitóse y exhaló un suspiro.

—Ya vuelve en sí, dijo doña María.

Y dirigiéndose á sus doncellas, añadió:

—Dejadnos.

Salieron las sirvientas, y quedaron solas hija y madre.

Esta dió un beso en la frente de aquella.

—Sol, dijo doña María con acento cariñoso.

La jóven se pasó las manos por la frente y por los ojos, quiso hablar, pero no pudo.

—Sol, repitió su madre.

El mismo silencio, pues aunque la doncella tenia abiertos sus azules ojos, en sus inciertas miradas, en la vaguedad de sus movimientos, parecia en estado de completo sonambulismo ó en el comienzo de uno de esos fenómenos que produce la epilepsia, el trastorno nervioso, misterio de la ciencia de Hipócrates.

—¡Dios mio! exclamó doña María con angustioso tono. ¿Qué tiene mi hija?

Y cubrió de lágrimas y besos las mejillas pálidas de la doncella.

Esta se estremeció; pero tampoco pudo hablar.

Su madre parecia querer reanimarla con la ternura

dé sus repetidas caricias; y la jóven, que sin duda lo comprendia todo, porque se apercibia de cuanto pasaba á su alrededor, debia sufrir horriblemente, porque su lengua muda no obedecia á su voluntad.

Largo rato trascurrió. Momentos de angustia dolorósísima para la una y para la otra.

Al fin Sol estremeci6se convulsivamente; hizo un esfuerzo como si intentase romper alguna férrea ligadura, y á la vez que de sus azules y espantados ojos brotaban dos raudales de cristalinas lágrimas, exclamó:— ¡Socorredlo, madre mia!

Su madre abrió desmesuradamente sus grandes ojos, miró á su hija como quien no comprende lo que oye, y dijo:

— ¡Sol! ¿No sabes de casa de Rodrigo?

— ¡Socorrerlo! repitió la jóven. ¡Tal vez en este instante espira!

— ¿Qué dices?

— ¿No lo sabeis? ¡Ah!... ¡No perdais tiempo, por caridad! ¡Lo han asesinado en la calle!...

— ¡Otro crimen!

— ¡Sí, sí, otro!... ¡Por Dios, que lo socorran!

Doña María se dejó llevar del primer impulso de su generoso corazón, y no queriendo perder tiempo en esplicaciones que mas tarde podia obtener, salió del aposento, llamó á sus criados, y les ordenó que bajasen á la calle y prestasen toda clase de auxilios á un hombre que habia sido asesinado.

Cuando los criados salieron, ya Rodrigo doblaba la



esquina llevando al doncel, y solo encontraron el peto de una armadura, un casco y dos espadas, rota la una de ellas.

—Se han anticipado á recoger al herido, dijeron á su señora, porque solo quedan armas rotas entre sangre.

Doña María se estremeció al saber que habian quitado á la víctima el peto, porque presumió que esto debía ser obra del asesino, con objeto de arrancarle el corazon como á los dos anteriores. Y su instinto de madre, que habia fácilmente adivinado que el herido interesaba á su hija algo mas de lo que manda la caridad cristiana, le aconsejó prudencia.

—¿Vive? fué la primera palabra que Sol pronunció al ver entrar á su madre.

—Ya lo habian recogido en la casa de enfrente y le hacen la primera cura.

—¿Es peligrosa su herida?

—No lo creen así.

—¡Gracias, Dios mio!

Y el llanto corrió en mas abundancia por las mejillas de la doncella.

—¿Qué te ha sucedido? le preguntó su madre.

—Ya lo sabeis: se ha cometido un nuevo crimen, y el grito de agonía de la víctima me llenó de espanto.

—Lloras....

—¿No me habeis enseñado á llorar las desgracias ajenas como las mias?

—Sí, hija mia; pero no es hoy cuando solamente lloras, hace ya algunos dias.

—Porque hace algunos dias que se repiten bajo nuestras ventanas esas escenas de sangre, porque hace algunos dias tambien que la flor de los guerreros castellanos salieron de Valladolid en busca de mi padre y jurando su muerte.

—Justo es tu dolor, pero advierte qué grandisima seria tu falta si llorases por tu padre para el mundo, y por otros dolores para tu corazón; porque entonces, ese engaño, esa mentira encubierta con el sagrado del amor filial, seria un crimen.

—Señora.... murmuró confusamente la doncella.

—No, Sol; tú no sabes mentir, tú me dirás la verdad sin rubor, porque la verdad, aunque sea la confesion del crimen, no avergüenza á las almas grandes y nobles. Si tienes que acusarte de alguna falta, no pese al menos sobre tu conciencia la de la mentira, origen de la depravacion de la criatura.

—¡Madre mia! exclamó la jóven.

—No llores, Sol, hija mia. Ya sé que no puedes engañarme, porque en mi seno has depositado las sonrisas inocentes de tu niñez y los suspiros de tu juventud, y mi seno de madre, como ninguno tierno, como ninguno cariñoso, los ha recogido como tesoros de tu corazón, que es el mio, porque las madres dan á sus hijos su corazón, porque quieren vivir en ellos. ¿Cómo has de engañarme? Si en mí has depositado tus sonrisas y tus suspiros, ¿por qué has de negarme tus secretos? ¿Por qué has de causar dolores á quien siempre te procuró alegrías? ¿Por qué has de querer amargar la vida de

quién hubiera muerto porque vivieras tú? Nó, Sol;—tú no eres ingrata, y tu corazón es sensible y noble.

La jóven se arrojó llorando en brazos de su madre, y en su seno ocultó su rostro y derramó sus lágrimas.

—¡Perdon, madre mia, he sido ingrata! exclamó.

—¡Ingrata!... Nó, imposible; tú exageras.

—¡Perdón, perdón!

Tuvo doña María que hacer un esfuerzo para no afligir mas con su llanto á la doncella, en extremo conmovida por las palabras dulces de su madre.

¡Qué irresistible poder ha dado el Omnipotente á la palabra de una madre! ¡Cuán fácilmente su acento abre el corazón de su hijo, tan dulcemente como el beso del rocío abre al resplandor de la aurora, el capullo de la azucena!

Largo rato permaneció la jóven de aquella manera, sin atreverse á descubrir el rostro, como si temiese arrostrar la mirada de su madre.

—Tranquilízate, hija mia, abre tu corazón á mi ternura, yo te consolaré.

—¡Os he engañado! dijo Sol con doloroso acento. ¡Os he engañado y no merezco vuestro perdón!

—¿Tan grande es tu pecado?

—Tengo un secreto....

—No es secreto, hija mia, porque lo sé.

—¡Lo sabeis! repitió la jóven animada por un destello de esperanza al ver que su madre no mostraba enojo.

—Sí, sé que amas á un hombre....

—¡Perdonadme!

—No es un crimen si merece tu amor.

—¡No lo conocéis!... ¡Ah!

—Habla, Sol, nada temas de tu madre.

—Me pesa mucho este secreto, pero lo he guardado porque hubo un momento en que pudo mas en mí el egoismo de mi pasión que la gratitud de hija. Por eso no merezco vuestro perdón.

—Todas las faltas se reparan.

La jóven separó de su frente las trenzas de oro de sus desordenados cabellos, procuró secar el llanto que aun salia en abundancia de sus ojos, y recostándose en el lecho, dijo:

—Madre mía, amo al hijo del enemigo mayor de nuestra familia, y es tan intenso nuestro amor, como profundo el odio de nuestros padres.

—¡Sol!

—Escuchadme, quiero abrir mi corazón á vuestra ternura.

—Ese hombre....

—Es don Juan Alfonso de Guzman el Buëno.

Doña María no pudo contestar; tal fué la sorpresa que le causaron las palabras de su hija.

—¡Desdichada! murmuró al fin con ahogado acento.

—Sed como hasta aquí indulgente, madre mía. No sabéis cuánto sufro.

—¡Pobre hija mía! exclamó la noble matrona besando con ternura la frente pálida de Sol.

—Vos ignorais, madre querida....

—Me basta lo que sé; es tu primera pasión y la mas arraigada en tu pecho.

—Pasión que en vano he querido contrarestar.

—¿Has pensado en las desgracias que puede acarreararte ese amor?

—Sí, madre mia, y por eso toda mi voluntad se ha empleado en procurar estinguirla; mas ¡ay! mis esfuerzos han producido el opuesto resultado, y el tiempo y la ausencia han encendido mas la llama que me devora. Muchas veces he estado ya para revelaros este fatal secreto, para ver si vuestra ternura y vuestros consejos eran remedio eficaz contra mi amor; empero el de don Juan me ha detenido siempre, porque yo no tenia valor para atormentarle con la amargura horrible de un desengaño. ¡Me ama tanto, madre mia!... ¡Ah!... si yo trocase mi cariño en desden, le daria la muerte!

—¿Conque tanto te ama? repitió tristemente doña María.

—¡Oh, mucho, mucho, tanto como yo á él; y mi amor es tan inmenso, que á nada puedo compararlo!

—¡Infeliz!

—¡Compadecedme! exclamó la jóven juntandó sus manos con ademan de súplica.

—Sin duda has olvidado á tu padre.

—Nó, no he olvidado á mi padre.

—¿No piensas que tal vez en este momento don Alonso Perez de Guzman vengará á su hijo, derramando la sangre del que te ha dado el ser?

—Eso nó, madre mia: sangre vertida por la vengan-

za me separa de don Juan, pero el señor de San Lúcar ha respetado y respetará la vida de mi padre, que vive, y muy pronto volverá á Valladolid.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo me lo ha dicho don Juan Alfonso.

—¿Le has hablado?

—Ya os he dicho, madre mia, que soy muy criminal: el hijo del señor de San Lúcar ha estado aquí como otras muchas veces.

—¡Sol! dijo severamente doña María;

—¡Oh, perdon!

—Has cometido una grave falta.

—¡Pero tendreis compasion de mí!

—¿Es decir, que al alejarse le han acometido?...

—Sí; pero sin duda algun amigo llegó en su socorro, segun pude entender desde la ventana, y á esto ha debido el no morir.

—Es preciso que olvides ese amor, hija mia.

—¡Olvidarlo, olvidar á don Juan, y ahora, cuando quizás para siempre la muerte lo arrebató al mundo!

—Es forzoso.

—Bien, encerradme, alejadme de él, quitadme la vida, no exhalaré una queja, bendeciré la mano que me martirice, si así es la voluntad de mi padre; pero olvidar á don Juan, nó, eso es imposible, porque mi voluntad no alcanza á tanto.

—La pasion te estravía.

—Decís bien, madre y señora, repuso la doncella con exaltacion; mi pasion es una locura, y contra la locura

es inútil luchar. ¿Quereis dar fuerza á mi razon? ¡Pluguiese al cielo que así fuese! No abrigo la más leve esperanza de ver cumplidos los deseos de mi amor, y sin embargo, no puedo extinguirlo, y se aumenta mas y mas á medida que se multiplican los inconvenientes. Por eso lloro noche y dia, por eso se agotan mis fuerzas, y me veis como la flor agostada por el estío, marchitarme en mi juventud, tambien agostada por el fuego de mi pasion.

—¡Pobre Sol!

—Lucho en vano, madre mia; lucho sin cesar y padezco horriblemente. ¡Quién podrá comprender mis tormentos! exclamó la jóven, vertiendo copiosas lágrimas arrancadas por el mas intenso dolor.

—¡Quién comprenderá tus tormentos! repitió doña María con voz ahogada y sin poder contener mas el llanto. ¡Tu madre los comprende, hija del alma! ¡Ven á mis brazos, llora en mi seno, pobre hija mia!

Y ambas se abrazaron estrechamente y sintieron palpitar con violencia sus sensibles corazones.

¡Cuánto sufrían!

La una y la otra veían un horizonte negro y cargado de nubes, sin que una estrella brillase en aquel oscuro cielo del porvenir. Y como los dolores de una hija son los dolores de su madre, lloraban con el mismo llanto, sentían las mismas emociones y la misma pena les atormentaba el alma.

¡Infelices!

Largo rato permanecieron sin que de sus bocas sa-

liesen mas que dolorosos suspiros, y algun ¡ay! que, ahogado en la garganta, brotaba de los lábios como tristísimo gemido.

¿Qué consuelos podia dar á su hija doña María? La noble dama, que tambien habia amado, sabia que contra las pasiones se convierten en humo los consejos; en llamas que mas encienden las prohibiciones, y en desesperacion los castigos que atormentan el cuerpo y subliman el alma, dan fuerza á la voluntad y elevan el pensamiento hasta la exageracion, hasta el desvarío. No hay consuelo para quien ama, si se le dice que su amor no será jamás otra cosa que un deseo que no puede cumplirse, que no se cumplirá.

—¡Protegedme, madre mia! dijo al fin la doncella. ¡Proteged á vuestra hija, á la hija de vuestras entrañas!

—¡Que me desgarras el corazon!

—¡Lo sé, pero el mio está ya roto en mil pedazos!

—¿Cómo he de protegerte? ¿Acaso no conoces á tu padre? ¿Olvidas que su voluntad es ley contra la que nada puede oponerse?

—Es verdad, su voluntad es de hierro, nada la quebranta; pero si me ayudais....

—¡Infeliz!

—Al menos no me negueis la gracia de consolarme.

—Sí, yo te consolaré, si consuelo cabe en tu afliccion, y juntas lloraremos.

—¡Gracias, madre mia! Bendígaos el cielo por tanta bondad.

Y la jóven se dejó caer en su lecho porque las fuerzas la abandonaban.

—Necesitas descansar, le dijo doña María.

—No os alejeis.

—Es preciso que reposes.

—¿Y cómo, sin saber lo que ha sido de don Juan?

Las madres son débiles á fuerza de ser cariñosas.

—Lo sabrás, replicó doña María.

—¡Cuán buena sois!

—¡Cuánto diera por hacerte feliz!

Y la esposa del infante salió del aposento y mandó á un criado que fuese á casa de don Juan Alfonso á preguntar si tenian noticias de él.

El criado salió, y antes de media hora estaba de vuelta, diciendo que el doncel se encontraba en su casa, y aunque herido en el pecho, no ofrecia peligro su vida.

Esta noticia reanimó el abatido espíritu de Sol, quien despues de hacer jurar á su madre que no la engañaba, quedó sola, oró fervorosamente, y cuando los resplandores de la aurora hacian huir avergonzada la oscuridad de la noche, mas que dormida quedó alestargada la doncella.

Doña María Diaz rezaba tambien, pero sus plégarias eran de vez en cuando interrumpidas por el recuerdo de su esposo, recuerdo que le hacia estremecerse al pensar en su hija.

## CAPITULO XIII.

La noticia de la desgracia ocurrida á don Juan Alfonso cundió con rapidez, y ya á nadie quedó duda que el Brujo era el autor de los anteriores asesinatos y de todo lo malo que sucedia. Rodrigo habia presenciado el lance, y no era ya una sospecha la que se tenia de los atentados del hombre fiero.

Mientras cada cual á su sabor comentaba los sucesos y pasaban de boca en boca desfigurados, en el salon principal de una casa de suntuosa apariencia, hallábanse dos hombres, sentado el uno en un ancho sillón, y el otro de pié y en actitud respetuosa.

El primero vestía un rico traje de brocado azul, que no dejaba de sentar bien á sus treinta y cinco años y á su rostro pálido en extremo. Sus grandes ojos, negros y vivos, se fijaban de vez en cuando en el segundo; y

mientras este hablaba, aquel, ya con impaciencia, ó por mera distraccion, acariciaba su barba negra.

El que estaba de pié, de ojos redondos, mirada penetrante, delgados lábios y moreno rostro, vestia de paño color oscuro, y parecía ser el escudero del noble señor.

—Piénsalo bien, decia este, que en tal caso, á mí no me engaña, sino á tí. Por tu desgracia tienes un pescuezo de donde te se puede colgar, y esto me responde de todo.

—Al menos, señor, contestó el escudero sin turbarse, me dejareis tiempo para vengarme antes de morir; que si pescuezo tengo, el de ese perro no es corto, y el suyo guarda el mio.

—¿Te crees, pues, seguro?

—Completamente, señor.

—Me alegro.

—No es el primer negocio de esta clase que se ha terminado felizmente en la covacha de ese condenado; y si bien es verdad que nunca rebaja del precio que pone, cierto es tambien que á nadie engaña, porque su crédito es su riqueza.

—Entonces ve á buscarlo, y vuelve luego.

—Esta es precisamente la mejor hora.

—Al paso procura averiguar todos los detalles de lo sucedido anoche, por si de este modo venimos en conocimiento de lo que mueve á ese maldito Brujo á perseguir á todos los amantes de doña Sol.

—¿Al fin, señor, os habeis convencido de que don Juan Alfonso la ama?

—Sí, pero es cosa que nadie hubiera sospechado.

—Yo tenía pruebas.

—Afortunadamente el Brujo se ha empeñado en protegerme sin saber que tal hace; y como ha quitado dos estorbos de en medio, quitará el de ese mancebo.

—Teneis razon: el Brujo no quedará satisfecho hasta dar á don Juan la muerte.

—¿Quién le pagará?

—Ese es un misterio que nadie adivina, porque el vulgo se empeña en creer que lo hace para aprovechar en sus untos la sangre de sus víctimas y para encantar á doña Sol, no se sabe con qué fin.

—Necedades.

—Pero lo que sí es muy cierto y muy prudente, es que vos, lo mismo que don Juan Alfonso, debéis guardaros de él, y este mismo consejo dióle al doncel su escudero, y yo á vos.

—¿Y qué hizo don Juan?

—Se burló de su escudero, y ahora le pesa.

—Tomaré el consejo.

—¿Teneis algo que mandarme, señor?

—Que vuelvas pronto.

El escudero, bien embozado en su capa, porque la mañana estaba fria, salió, y caminando largo rato, llegó á un callejon estrecho, tortuoso, sucio y oseuro, situado en uno de los extremos de la ciudad.

En aquel callejon habia un casuco de mezquiná apariencia, y al cual se entraba por una puertecilla, cuyo interior estaba forrado con chapas de hierro.

El sirviente penetró en la casa, siguió un estrecho pasillo, y al final se encontró en un reducido aposento de techo abovedado, y en el cual no penetraban los rayos del sol, iluminando sus negras paredes la luz rojiza de una lámpara de hierro.

En medio de aquella habitación había una mesa de encina, sobre la que se veían algunas piezas de brocatel de Damasco, algunos botes de aceites y esencias y tres ó cuatro hilos de rojos corales. En un rincón había un braserillo de hierro, que estaba apagado, y junto á la mesa un banquillo de encina.

Este banquillo sostenía la mas rara figura que puede concebirse. Era un hombre en extremo flaco, de pómulos salientes, de larga y aguileña nariz, frente rugosa, espesas cejas y luenga barba, que le cubria el pecho y hacia resaltar su blancura sobre el negro de su vestido de lana, á la usanza de los judíos. No conservaba mas que un ojo, única belleza de su persona, pues era grande, rasgado, negro, espresivo y brillante como un carbunco.

—Aquí me teneis, le dijo el escudero.

—Bien venido, le contestó el israelita con voz firme y agena de su madura edad.

—¿Puedo hablar con descuido?

—Sí.

—Os traigo las quince doblas.

—Y yo os tengo preparado lo que habeis pedido.

—Mé falta haceros una advertencia.

El ojo del vejete brilló y clavó una mirada de desconfianza en el escudero.

—¿Me escuchais? repitió este. ....

—Ya veis que no quiero interrumpiros.

—Sois demasiado astuto.

—¿Es esa la advertencia?

—Nó.

—Pues hacedla si gustais, porque el tiempo vale mucho oro en este sitio.

—¿Me dais prisa, condenado?

—No os doy prisa, os enseño una cosa que vos ignorais.

—Es verdad.

—Os escucho.

—En el tiempo que corremos, es muy posible que un hombre engañe á otro, repuso el escudero.

—Me pagais la leccion, y aprovecharé la vuestra, examinando cuidadosamente el oro de las quince doblas.

—¿Desconfiais?

—Tomo vuestro consejo.

—Sois un condenado.

—Proseguid.

—Vos, señor judío, podeis engañarme.

—Sí.

—Y no llevareis á mal que os advierta que vuestro engaño....

—¿Me costaria la vida?

—Exactamente.

—Ya se conoce, contestó el judío, que sois cristiano viejo; no desmentís vuestra raza, hablais mucho y haceis muy poco. Si quisiera engañaros, lo haria fácilmente.

—Sí, pero luego....

—Conque no saliéseis vivo de aquí...

—¿Qué decís, perro? gritó el escudero empuñando su daga.

—Digo, contestó sin alterarse el israelita, que aquí tenéis el narcótico.

—¿Respondeis de sus efectos?

—La persona que lo tome quedará dormida á las cuatro horas, y hasta pasadas otras diez con nada despertará.

—Tomad vuestras doblas, repuso el escudero, entregando al judío la cantidad convenida.

—Y vos el brebaje, contestó este, sacando de su bolsillo un pomito.

—Os deseo larga vida, buen Satanás.

—El os dé muchos malos pensamientos para que me proporcioneis buenos negocios.

Salió el escudero y encaminóse otra vez en busca de su señor, á quien mostró el pomito que contenía el narcótico.

—¿Cuándo has de ver á la vieja? preguntó el noble.

—Esta es la hora en que suele ir á misa.

—Ve, pues, á buscarla.

—Ya os he dicho, señor, que es mas codiciosa y avarenta que un judío.

—No hay oro en el mundo que valga tanto como mi deseo. Dale cuanto te pida, y arréglalo de modo que esta misma noche quede todo concluido.

—Dios ponga acierto en mi lengua para convencer á esa bruja.

—Si lo consigues harás tu fortuna.

El escudero salió.

Nada hemos dicho aun del noble señor, y justo es que satisfagamos la curiosidad de nuestros lectores, si es que alguna tienen.

Era el conde don Pedro, uno de los primeros nobles de Castilla por sus riquezas y por sus títulos. Estaba casado, y su esposa, doña Beatriz de Lara, habia aceptado este enlace por obediencia á sus padres.

Doña Beatriz era jóven y hermosa, y aunque su corazón no se habia interesado al unirse con el conde, sus severos principios de virtud le habian hecho obrar como la esposa mas enamorada.

No pagaba el conde, ya que no el cariño, la abnegacion de la noble dama, pues su desenfrenada vida, escándalo de la córte, era la de un mancebo loco á quien ningun lazo sujeta. Sus aventuras amorosas le habian proporcionado muchos enemigos, le habian costado algunos duelos, pero nada le importaba con tal de conseguir sus fines. Ni la doncella era respetada bajo el cuidado de su madre, ni la casada al amparo de su esposo: todo lo arrollaba cuando era arrastrado por el vicio: todos los medios le parecian buenos; cuando nada conseguia con la persuasion, empleaba el oro; y si nada alcanzaba, la fuerza era un recurso infalible, la violencia con la ayuda de un narcótico ó de un rapto. Mas de una vez su acero se habia levantado sobre el pecho de una dama, y este medio lo creia seguro, porque según él

decía, cualquier mujer, por casta y virtuosa que fuese, en el último extremo recibía mejor un beso que una puñalada.

Por desgracia de la bellísima Sol, el conde había fijado en ella su mirada impura, y sintiendo encendido su pecho por una de sus tantas pasajeras pasiones, se propuso satisfacer sus deseos; y trazado su plan con la ayuda de su escudero, pícaro entre los pícaros rematados, vió por fin llegar el día en que iban á cumplirse sus criminales deseos.

Así es que, cuando salió el escudero, el desenfrenado conde, rebosando de gozo el alma, exclamó:

— ¡Será esta noche mía! ¡Oh! ¡ninguna mujer de cuantas he conocido ha encendido en mi pecho tan ardiente pasión! ¡Qué hermosa es! ¡Feliz, mil veces feliz el que sienta rozar en sus mejillas las trenzas de sus cabellos de oro, el que perciba su aliento y con él se embriague!

Sus ojos brillaron y su pecho se agitó.

— ¡Cuán dichoso seré al estrechar su talle entre mis brazos, al sentir su seno puro palpar sobre mi pecho!... ¡Es mucha felicidad!

Su mirada brilló mas aun, y pareció estraviarse por algunos segundos; pasóse las manos por la frente, y luego, como quien ha agotado sus fuerzas, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó abatido, inmóvil y silencioso.

Entretanto, el escudero se dirigió lentamente hácia el palacio de don Juan, y meditaba el discurso que había de pronunciar á Gimena para acabar de decidirla, porque ya le había hecho algunas indicaciones, aunque sin decirle con claridad lo que de ella quería.

Sigámosle para saber el resultado de aquella entrevista.

—Porque sin duda ignorais lo que anoche ha suce-

—Os referis á lo de don Juan Alonso?

—Si.

—Y qué tiene en vuestro conversacion? ¿Tenéis acaso mucho de que vengas

el Brui?

—¡Jesus, María y José! esclamó Gimena á la vez que se santiguaba. Mucho tiene que ver don Juan Alonso,

por las consecuencias.

—No adivino....

—Que se han descubierta los amores.... En fin, dejadme, porque no me es permitido hablar. Si mi señores que dirijo la palabra á un hombre después de lo

Tan oportunamente llegó el escudero á la calle donde estaba el palacio de don Juan, que al dirigir su mirada hácia el edificio, vió salir á Gimena con semblante triste.

Siguióla disimuladamente el enviado del conde, y cuando hubieron doblado una esquina y entrado en una callejuela tortuosa y solitaria, acercóse á ella, y tocándole por detrás en el hombro, le dijo:

—Señora Gimena....

—¿Quién me llama? replicó esta volviéndose como sorprendida. ¡Ah!... No os habia visto.

—Tenemos que hablar.

—Ahora es imposible.

—No soy de vuestra opinion, repuso el escudero corriendo el paso á Gimena.

—Porque sin duda ignorais lo que anoche ha sucedido.

—¿Os referís á lo de don Juan Alfonso?

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver ese mancebo y su herida con vuestra conversacion? ¿Teneis acaso miedo de que venga el Brujo?

—¡Jesus, María y José! exclamó Gimena á la vez que se santiguaba. Mucho tiene que ver don Juan Alfonso, por las consecuencias que ha traído el lance.

—No adivino....

—Que se han descubierto los amores.... En fin, dejadme, porque no me es permitido hablar. Si mi señora supiese que dirijo la palabra á un hombre despues de lo que ha sucedido....

—Guardad vuestro secreto porque no lo es para mí. Ya sé que todo se ha descubierto y que vuestra señora está hecha una fúria.

—Entonces, dejadme.

—Nó, porque tenemos que hablar de un asunto que os interesa mucho.

Y el escudero deslizó en la mano de Gimena algunas monedas de plata, que ella guardó sin mas cumplimiento.

—Despachad pronto.

—Seré breve.

—Ya os he dicho que me comprometéis.

—Escuchadme con atencion, repuso el escudero preparándose á pronunciar su discurso.

—Sepamos.

—Ya os figurareis, señora Gimena, que al que ha matado en la guerra y fuera de la guerra muchos hombres, le costará poquísimo trabajo matar á una mujer.

El exordio hizo dar un paso hácia atrás á la vieja.

—No os asustéis, paloma mia, porque esto no es mas que una advertencia. He oído decir á mi señor que la mujer mas casta del mundo prefiere recibir un beso á recibir una puñalada.

—Teneis buen amo.

—Por eso lo sirvo, y vos sois mi amiga.

—Adelante.

—Yo soy de la opinion de mi señor, pero varío la sentencia y digo, que la mas fiel dueña de una dama recibe mejor un bolsillo lleno de doblas que un leve araño.

La vieja se acercó nuevamente al escudero.

—Fundado, pues, en estas razones, no he vacilado en venir hoy á enseñaros este bolsón lleno de oro y este puñal fabricado en Toledo, y cuya punta conoce muy bien el lugar donde está el corazon.

Y el escudero enseñó ambas cosas á Gimena.

—Supongo, dijo esta, que no me ofreceis el oro por el placer de hacerme rica.

—Me alegro que os pongais en la razon.

—¿Qué quereis?

—Que os lleveis con este bolsillo este pomito.

—¿Y qué contiene?

—Un licor, del cual pondreis ocho ó diez gotas en la comida ó en el agua que tome doña Sol.

Gimena miró con espantados ojos al escudero. —

— ¡Imposible! exclamó.

— No os obligaré, pero acordaos de que mi puñal...!

— ¿Quereis que envenene á doña Sol?

— Sois muy torpe para el oficio que teneis. ¿Cómo os figurais semejante cosa? ¿Puede haber alguien que desee la muerte de una dama tan gentil? Este brebaje la hará dormir profundamente, y nada más, porque para matarla no os necesito, tengo el puñal, cuya punta os buscará el corazon si no aceptais las doblas.

— ¡Virgen santa! exclamó Gimena cruzando las manos. ¿Qué vá á ser de mí? ¡Tened compasion!

— ¡Compasion! ¿Qué mas quereis que una riqueza como la que contiene el bolsillo? ¿Os quiero tan mal cuando os pongo en las manos la fortuna?

— ¿No pensais?...

— Pienso que os haceis mucho de rogar.

— Quereis perderme.

— Ya lo estais, porque sabiendo doña María los amores de su hija, amores que vos habeis protegido, no os tendrá en su casa mucho tiempo.

Gimena exhaló un suspiro.

— Ya veis, prosiguió el escudero, que os viene de molde, en semejantes circunstancias, esta ayuda, que os pondrá á cubierto de todas las necesidades.

— ¿Y para qué quereis que duerma doña Sol?

— Para que entre un hombre y la vea dormir.

— ¡Deshonrarla!...

— ¿Qué habeis hecho antes vos? ¿No habeis introdu-

cido en la casa á un hombre, á quien dejábais solo con vuestra señora? ¿Juraríais que don Juan Alfonso no ha abusado de la influencia de su amor mas que otro cualquiera puede abusar del sueño producido por este brebaje?

—Si tal yo hubiese sospechado...

—Habríais hecho pagar mas caras sus visitas al amante, ¿no es verdad?

—Mal pensais de mí.

—Estamos perdiendo tiempo y vos tenéis prisa.

—No me atrevo.

—¿A pesar del puñal?

—Dios mio!

—¿Acceptais ó nó?

—Y si me descubren?

—Imposible.

—No tal.

—¿Quién sirve á doña Sol?

—Yo.

—Si pide agua, ¿quién se la dá?

—Yo.

—Pues entonces os es muy fácil complacerme y haceros rica.

—¿Y no exigis nada mas?

—Sí por cierto.

—Acabad!

—Que esta noche á las doce abrais el postigo.

—¿Quién ha de entrar?

—Un hombre.

Gimena meditó algunos instantes y luego repuso: —Solo por complaceros hago semejante cosa.

—Como gustéis.

—A las doce abriré el postigo.... nó, porque pueden sorprenderme.

—¿Os arrepentís?

—Pienso que es mejor daros la llave, y de este modo yo dormiré mientras.

—Bien.

—Tomad, siempre la llevo conmigo.

Gimena entregó una llave al escudero.

—Puede suceder, añadió, que no se me presente ocasion de darle este maldito brebaje, y entonces á las doce en punto me asomaré á una ventana y toseré, á cuya señal deberá retirarse el que espere, so pena de echar á perder el negocio.

—Convenidos; pero os advierto que si el asunto no se dilata hasta otro dia, os regalaré algunas doblas mas.

—Las cuento por mias.

—Tomad el bolsillo y el narcótico.

—Dios me proteja.

—Mejor direis Satanás.

—Y os aconsejo mucho cuidado, porque parece que el Brujo se ha empeñado en no dejar con vida á un solo amante de doña Sol.

—Descuidad, que los brujos respetan á los diablos.

Gimena, despues de haber guardado el bolsillo y el narcótico, se despidió del escudero.

—Acordaos, dijo este, de la punta de mi puñal.

—Ya sabeis que cualquier mujer recibe mejor un bolsillo que una puñalada.

Quedó vendida la honra de Sol. El escudero y Gímena acababan de hacer mas daño á don Juan Alfonso que el Brujo.

¡Pobre doncella! Mientras así se traficaba con su honra, dormia quebrantada por las emociones de la noche anterior.

Sabia que no era de peligro la herida de su amante, habíale prometido su madre proteccion, y le faltaba ya muy poco para considerarse feliz. ¡Qué agena estaba de que entonces precisamente corria un peligro inevitable el tesoro de su pureza!



—Ya sabéis que cualquier mujer recibe mejor un bolsillo que una puñalada. Quedó vendida la hora de Sol. El escudero y Gímetra acababan de hacer mas daño á don Juan Alfonso que el Brujo.

¡Pobre doncella! Mientras así se traficaba con su hora, dormía quebrantada por las emociones de la noche anterior.

Sabia que no era de peligro la herida de su amante, háblale prometido su madre protección, y se saltaba ya muy poco para considerarse feliz; que agora estaba de que entonces precisamente corría un peligro invisible el tesoro de su parca, para el cual ella se acordaba á buscar y encontrar un á brujos en un punto en donde se acordaba de aquel día, creyendo que si entraba en la casa de su padre á perder el negocio.

—Convenido es que advierte que si el asunto se dilata hasta otro día, se resquebraja algunas cosas.

—Las cuento por vos.

—Tomad el bolsillo.

—Dios me proteja.

—Mejor diría Sol.

—Y os acusaré mañana.

—¿Porque parece que el Brujo se ha empeñado en el amante de esta Sol.

—Desconfiad, que los brujos respetan á las niñas.

—Gimena, después de haber guardado el bolsillo y el escudero, se despidió de don Juan Alfonso.

—Acordad, dijo esta, la punta de mi puñal.



Allí se vé un trozo de montaña cortada perpendicularmente y resguardada en sus costados por dos elevados picos, blancos en todas las estaciones. Para llegar hasta la cima habría que rodear mucho, y aun así sería tan peligrosa la

#### CAPITULO XV.

caminar por aquellas escabridades no se arriesgaría á emprenderla. Y sin embargo, en la época á que se refieren los sucesos de la presente historia, los habitantes de las cercanías aseguraban que muchas veces, al

resplandor de la luz del sol, habían visto en lo mas escarpado de la cumbre al hombre á quien ya conocemos por el Brujo. Como llegaba hasta allí, ninguno lo sabia, porque nadie lo habia visto subir ni bajar, y tampoco comprendian cómo en el rigor del invierno

La cordillera de montañas á cuyo pié está situado San Ildefonso el Real, es decir, la Granja, se prolonga hácia el Norte como unas diez leguas, y allí se interrumpe su tortuosa línea para continuar hácia el Este, formando un recodo redondeado y saliente hácia el Noroeste, como un inmenso cubo de la gran muralla levantada por la naturaleza.

Si desde aquel ángulo se caminase línea recta á Valladolid, dejando á la derecha á Fresnillo y Peñafiel, y á la izquierda á Medina del Campo, tendrian que andarse cerca de quince leguas, y se concluiría el viaje sin necesidad de haber atravesado la corriente del Pisuerga.

Al sitio en que la cordillera forma dicho ángulo, es donde vamos á llevar al lector, á pesar de la nieve que cubre aquellos riscos.

Allí se vé un trozo de montaña cortada perpendicularmente y resguardada en sus costados por dos elevados picos, blancos en todas las estaciones. Para llegar hasta la cima habria que rodear mucho, y aun así seria tan peligrosa la ascension, que el mas práctico en caminar por aquellas escabrosidades no se arriesgaria á emprenderla. Y sin embargo, en la época á que se refieren los sucesos de la presente historia, los habitantes de las cercanías aseguraban que muchas veces, al resplandor de la luna y aun á la luz del sol, habian visto en lo mas escarpado de la cumbre al hombre á quien ya conocemos por el Brujo. Cómo llegaba hasta allí, ninguno lo sabia, porque nadie lo habia visto subir ni bajar, y tampoco comprendian cómo en el rigor del invierno no se helaba, en donde ni las aves de rapiña se atrevian á permanecer un cuarto de hora.

La misma mañana en que el conde don Pedro preparaba un lazo infame á la bellissima Sol, aquella mañana, pero cuando apenas despuntaba la aurora, atravesó el Brujo el terreno que se estiende al pié de la montaña, y con ligero paso se internó en una senda pedregosa, estrecha y llena de espinos.

Y Caminó por espacio de algunos minutos, siempre pisando los espinos, como si no le hiriesen; y luego, entrando en una garganta mas estrecha aun, llegó á un sitio donde las malezas aumentaban.

Allí se detuvo, y separando las zarzas como si fuesen inofensivos tallos de azucena, dejó ver un macizo peñon, que tambien apartó hácia un lado con aparente facilidad.

Entonces pudo verse una abertura como la entrada de la caverna de un tigre, y por ella penetró el Brujo, volviendo á taparla desde adentro con la maciza piedra. El interior era una galería estrecha y baja practicada en la roca, y que estaba completamente oscura.

El Brujo siguió adelante con el tino de quien conoce el terreno.

Anduvo largo rato, y luego el camino formaba una cuesta bastante pendiente y que torcia culebreando de derecha á izquierda.

Al cabo de media hora se detuvo, puso las manos en el fondo de la galería, que parecia concluir allí, y haciendo un esfuerzo se abrió la roca, dejando ver á la otra parte alguna claridad.

Seguió el Brujo adelante y se encontró en un aposento espacioso y en el que habia una puerta por donde penetraba la claridad de que ya hemos hecho mencion. Allí resonaron las pisadas del hombre fiero, y su respiracion algo agitada y ronca se repitió en todos los ángulos de aquel recinto, donde no habia mueble ni objeto alguno.

Como si el ruido de las pisadas hubiese sido un saludo, fué contestado en seguida por el rebuzno sonoro del negro jumento, que tenia un establo en un anecho hueco abierto en una de las paredes de aquella habitacion. La dura roca pareció estremecerse al repetir el rebuzno, y el Brujo murmuró:

—¿Tienes hambre? te daré cebada, porque hoy tenemos que caminar mas deprisa que de costumbre.

Y luego, atravesando la puerta de que hemos hablado, se internó en una galería y llegó á un nuevo aposento cuadrado y de elevado techo, junto al cual y en una de sus paredes, habia practicados tres agujeros como de dos piés de diámetro, y por los cuales entraba fácilmente la luz del dia. En el opuesto lado ardian algunos tizones, y por una canal abierta en la pared, y un agujero en el techo, el humo salia para elevar sus negras espirales sobre la nieve de la montaña.

En el rincon mas próximo al hogar, habia un monton de paja que servia de lecho al Brujo, y enfrente, colgado en la roca, un gran trozo de cabra montés bien conservado. Un monton de leña, otro de cebada y algunos haces de heno, era cuanto allí se veia. No, faltanos mencionar una cosa, la principal quizás, pero en la que no habíamos reparado.

Clavados en la roca, frente al hogar, habia dos pedazos de carne pequeños y secos. Estos dos pedazos de carne encerraban una historia horrible; eran los corazones de las dos víctimas sacrificadas junto al palacio del infante.

El Brujo los contempló con diabólica alegría; sus ojos brillaron extraordinariamente, y su ancho pecho se levantó para dejar salir una especie de bramido, equivalente á una esclamacion de gozo.

—¡Dos! exclamó con ronco acento.

Y sus dientes blancos y afilados castañetearon!

—Se me escapó el terceró. ¡oh! Si no ha muerto, aquí vendrá.

Luego salió por una puertecilla, atravesó un pasillo,

á cuyos lados habia otras dos ó tres puertas que daban á distintas habitaciones, subió una escalerilla muy pendiente, y al fin se encontró sobre la cima de la montaña.

Su estraña y horrible figura se destacaba en medio de la blancura de la nieve y de la primera luz de la mañana, como pudiera destacarse, á ser visible, en el puro seno de una vírgen la negra tentacion del pecado cuando intenta manchar con su obra la casta inocencia.

El pecho del Brujo parecia dilatarse; sus ojos, inflamados repentinamente, giraron bajo sus órbitas, y su mirada sombría recorrió el ancho campo que se estendia á sus piés; contempló los campanarios de los pueblos vecinos, y se fijó últimamente en las aguas del Pisuerga que á lo lejos serpenteaba.

Luego aspiró con avidez el aire puro de aquella atmósfera, y exclamó: ¡

¡Libertad! ¡Qué hermosa es la libertad! Allí, en el recinto de esos pueblos, se ha labrado el hombre sus cárceles: allí vive el señor y el esclavo, y ninguno de ellos es libre. ¡Cuánto se afana el hombre para labrarse las cadenas de la servidumbre! Esos palacios, esas chozas, esos surcos abiertos en la tierra, son la obra de muchos siglos, el fruto de inmensos trabajos, de mares de sudor, de rios de sangre, y todo ello no es mas que la servidumbre, la esclavitud, las ligaduras con que el hombre ha ido sujetando sus manos, las ligaduras de la sociedad, donde hay mil pobres para un poderoso, este, esclavo de sus riquezas, aquel, esclavo de este. ¡Qué hermosa es la libertad! Yo soy el rey del mundo, no

hay señor que me mande, no hay ley que me sujete. Mi frente se levanta sobre esta cumbre, sin que me obligue á doblarla la mirada altanera de ningun señor ; duermo, corro ó descanso, sin que nadie marque la regla de mis acciones ; y libre de toda servidumbre, de toda obligacion, jamás pregunto las horas á otro reló que el de mis deseos, porque la noche y la mañana son igualmente buenas para que mi cuerpo repose ó se fatigue por el placer de descansar mas tarde. Y nadie me dice, duérme ahora y despierta luego para satisfacer mis caprichos, para servirme, como yo de mi jumento ; ¡oh, la servidumbre es horrible, muy horrible, porque servir es vender la voluntad y convertirse en bestia sumisa y miserable ! ¡No puede amedrentarme una sentencia de muerte ni de tormentos, pero me espantaria la amenaza de dos horas de servidumbre ! ¡ Y el pobre esclavo y sin voluntad ama la vida ! ¡ Qué miserable es el hombre que acepta la servidumbre ! ¡ Oh, antes la muerte y espirar despreciando á los poderosos, diciéndoles : habeis podido asesinarne, pero no humillarme, ni haceros dueños de mi voluntad ! El señor tiene el derecho de que siempre le asista la justicia, de arrojar de su casa al que le sirve, y de llamarle ingrato si se vá sin pedirle de rodillas el perdon de una falta que no ha cometido, ingrato porque le ha dado pan y se aleja ; pero el siervo no puede pedir reparacion si es ofendido, no puede llamar al señor ingrato, porque á fuerza de sudor, á costa de su vida, ha fomentado sus riquezas y lo rechaza, lo arroja ignominiosamente de su lado. ¡ Oh, libertad, el mundo es mio !

¿Por qué he de vivir en esa sociedad en que el poderoso tiene derecho á que el pobre le agradezca la mas ruin limosna, y el pobre tiene el deber de hacer todos los sacrificios por el poderoso, y no tiene derecho á reclamar la gratitud? ¡El mundo es mio! Desde aquí os miro, hombres miserables, y os desprecio, porque soy mas grande que vosotros, porque he tenido fuerzas para no dejar perder mi libre albedrío, porque no me ha seducido vuestro oro hasta el punto de venderos mi voluntad. ¡Os habeis esclavizado para tener manjares deleitosos, un lecho blando, una morada suntuosa que halague vuestra vanidad! ¡Yo nada de eso necesito, nada de eso tengo ni deseo, pero soy libre, enteramente libre!

Aspiró otra vez el aire puro de la montaña, como para saborear su libertad, y luego prosiguió, fijando su penetrante mirada hácia el Occidente:

—Allí está, será mia, tengo ese derecho, porque he sabido conquistármelo por la fuerza, porque no seria completa mi libertad si algo enfrenase mis deseos. Un solo hombre puede detenerme en mi camino, el hijo bastardo de don Alonso, porque tiene mas fuerzas que yo; pero si llega el caso, lucharemos; si me mata, en su derecho está; si le mato, de nada tendré que arrepentirme. ¡Ay del enamorado que esta noche se detenga bajo las ventanas de Sol!

Los ojos del Brujo centellearon por un instante, y luego dijo:

—Avanza el día y el camino es largo: no hay que perder tiempo.

Y aquel hombre libre, esclavo de su pasión, mas que nadie esclavo, porque á pesar de su libertad no podia presentarse ante los hombres á la luz del dia, aquel hombre, convencido de su independencía, obedecia humildemente á su pasión impura; y dándose prisa porque avanzaba la mañana, bajó la escalerilla, sirvió como el mas puntual y respetuoso criado á su jumento, dándole de comer, y medió asando en las brasas un enorme trozo de carne del que tenía colgado en la pared, la devoró en pocos bocados.

—Ya es muy tarde, volvió á decir, y me espongo á que los campesinos descubran la entrada de mi palacio viéndome salir. Son traidores tanto como yo, y pueden asesinarne mientras duermo.... ¡En marcha, vasallo! gritó. ¡En marcha al punto!

El asno obedeció, y saliendo de su cuadra empezó á bajar rápidamente la galería.

Jumento y Brujo llegaron al agujero de salida, y en breve, sobre el primero montado el segundo, se encontraron en la campiña.

Siguieron en línea recta hácia Valladolid, atravesando sembrados, trepando cerros y salvando precipicios.

—Mas de prisa, que es tarde, dijo el Brujo.

Y el asno obedeció, y de tal manera, que ningún caballo hubiera podido seguirlo tres horas sin reventarse.

Ya hemos dicho que siguiendo la línea recta desde la montaña á Valladolid, tienen que andarse unas quince leguas, poco mas ó menos, pero nada era esta distancia para el vasallo del Brujo.

—Es que dicen las viejas que el Príncipe sale del centro de la tierra, y que se aparece tan repentinamente, que no dá lugar á la defensa. —¿Eso aseguran? —Pensamos al estar él.

CAPITULO XVI.

—Y aun el mismo Príncipe que nadie ha visto en la calle y que el asesino apareció como si lo viese en las paredes. —Siempre se exagera al referir cosas tanas. No consigues el Príncipe matarme tan pronto, que no se diese lugar para que yo me acordase de él.

—De cómo no siempre el que siembra coge. —Tal creo yo también, y es la prueba que á don Juan Alfonso no pudo sino hacerle un arañazo que es. —Todo puede artrostrarse por ella: lo aseguro, que una vez á su lado, no podría separarme sin satisfacer mi

La noche habia llegado y las tinieblas envolvian en sus negros crespones la ciudad de Valladolid.

Cerca de las doce eran ya, cuando á la entrada de la solitaria calle donde vivia el infante llegaron dos hombres envueltos en sus capas, y dejando ver por bajo de estas las relucientes puntas de sus aceros, que sin duda llevaban desnudos por temor de alguna sorpresa. Pocas eran todas las precauciones para arriesgarse á pasar por allí.

Aquellos hombres eran el conde don Pedro y su escudero.

—Tú me esperas aquí, dijo el conde á su criado cuando estuvieron cerca del postigo.

—Id con cuidado, señor, contestó el sirviente.

—No hay un alma en toda la calle.

—Es que dicen las viejas que el Brujo sale del centro de la tierra; y que se aparece tan repentinamente, que no dá lugar á la defensa.

—¿Eso aseguran?

—Y aun el mismo don Rodrigo cuenta que nadie habia en la calle y que el asesino apareció como si lo vomitasen las paredes.

—Siempre se exagera al referir esos lances. No conseguirá el Brujo matarme tan pronto, que no te diese lugar para acudir en mi ayuda.

—Tal creo yo tambien, y es la prueba que á don Juan Alfonso no pudo sino hacerle un arañazo.

—Todo puede arrostrarse por ella: te aseguro que una vez á su lado, no podria separarme sin satisfacer mi pasion, aunque la muerte llegase en contra mia.

—Muy enamorado estais, señor.

—Loco.

—Pues pronto han de verse cumplidos vuestros deseos.

—Poco debe faltar á las doce.

—Con tal que esa bruja de Gimena haya tenido ocasion...

—O no te haya engañado.

—Eso nó, señor, porque está convenido de que su traicion le costaria tantas puñaladas como doblas ha recibido, y ya sabeis que no han sido pocas.

—Quiera Dios que no te equivoques.

—De seguro. Lo que puede haber sucedido es lo que os digo, que la ocasion haya faltado á nuestros deseos.

—¡Oh! despues de consentido...

—A nadie mas que á ella le conviene concluir cuanto antes este negocio.

—Me mata la impaciencia.

—Poco ha de durar.

—Muy poco.... ¿Has oido algo? preguntó el conde con algun temor.

—Nada, señor.

—Me pareció que habia sonado como un ronquido....

—¿Como el resoplido de un caballo?

—Sí.

—Es que á nuestra espalda tenemos la caballería del infante.

—Es verdad.

—Sin embargo, si quereis que exploremos la calle...

—No es menester.

—Como os plazca.

—Si muero en este lance...

—No me hagáis ningun encargo, porque yo no podria cumplir vuestras órdenes.

—¿Por qué?

—No pensais que hemos de morir los dos ó ninguno?

—No exijo tanto.

—Mi deber es defenderos.

—Iba el conde á contestar, pero quedó suspenso cuando oyó dar las doce.

—¡Las doce! exclamó.

—Y sintió agitado su pecho y arder sus megillas.

—La vieja no se asoma.

—No te ha engañado.

—¿Teneis la llave?

—Sí.

—Alerta la mirada hasta entrar.

—Descuida.

—El cielo os proteja, señor.

—O el infierno, con tal de salir con mi empresa, dijo el conde.

... Y con incierto paso, porque le turbaba la emoción que sentia, se dirigió al postigo.

Llegó, miró á todos lados recelosamente, pero nada vió.

—No hay que tener miedo, murmuró.

Y envainando el acero, introdujo con trémula mano la llave en la cerradura.

Apenas se abrió el postigo, cuando de la pared de enfrente se destacó un bulto, resonó una horrible carcajada, y el conde se sintió asido por el cuello.

A la vez que el escudero daba un salto hácia el conde y dejaba escapar una imprecación, oyóse un rúgido espantoso y un lamento ahogado. El conde cayó sin vida: la espada de su criado se rompió contra el pecho del Brujo, y este se abrazó á aquel con su acostumbrada impetuosa velocidad.

Todo fué cosa de un segundo, mas pronto sucedido que contado.

El escudero quiso sacar su puñal, pero antes que pudiese hacerlo, sintió hundirse en su garganta el cuchillo ensangrentado del asesino.

Resonó otra carcajada y otro lamento de muerte, y yació sin vida un segundo cuerpo.

—No es don Juan Alfonso, murmuró el Brujo examinando la poblada barba del conde.

—Siguióse una escena muda y horrible, como la de otras noches, y algunos momentos despues, el corazon del noble señor, arrancado de su pecho, fué guardado por el asesino bajo su saco de pieles.

—Me ha mordido ese perro al morir, dijo limpiando alguna sangre que salía de su garganta, y dando con el pié al escudero. No quiero tu corazon, porque tú no venias por ella.

Pareció meditar el Brujo algunos instantes, y luego prosiguió:

—Está abierto el postigo... ¿Quién me impide entrar? ¿Tendré mejor ocasion que esta?

Sus ojos brillaron y su corazon palpitó violentamente al poner el pié en el umbral de la puerta, como no habia palpitado al acometer al conde.

—¡Vá á ser mia! murmuró.

Siguió á tientas el pasillo, y al encontrar la escalera, subió sin saber si seria aquel buen camino para llegar al aposento de Sol.

¡Infeliz doncella! ¿Quién la salvaria?

Gimena dormia, ó fingia dormir, muy creida en que la persona que penetrara en la casa no seria el temible Brujo.

Cuando este llegó al primer aposento que se encontraba, se detuvo, miró, favorecido por la luz de una lámpara que habia sobre una mesa, escuchó atentamen-

te como el asesino escucha, pero á nadie vió, nada percibió su oído.

—Bien, murmuró desplegando una sonrisa, me protege el demonio de mi guarda. Su aposento debe estar á este lado, si es que la luz que desde fuera se vé es la de su dormitorio.

Y procurando que sus abarcas de cuero no hiciesen ruido al pisar, acercóse á una puerta y levantó la cortina que la cubria. Sus lábios temblaron, inflamáronse sus ojos y se agitaron todos sus miembros.

Habia visto á Sol.

La doncella estaba tendida en su riquísimo lecho.

La ténue luz de una lámpara se esparcía en su rostro pálido, dulcísimo, angelical.

Un cerco amoratado rodeaba sus grandes ojos cerrados al sueño.

Su respiracion era agitada.

No puede concebirse nada mas bello.

Por haber soñado aquel rostro hubieran dado Perugino, Rafael, Murillo ó Rubens la mitad de su existencia.

El pincel de los grandes maestros no ha brotado madona ó ninfa de tan interesante y celestial belleza.

Descubriáse parte, aunque muy poca, del casto y puro seno de la doncella.

Sobre su brazo derecho, desnudo, mórbido y tentador, descansaba su hermosa cabeza esparciendo sus trenzas de oro sobre la blanquísima almohada.

Tanta belleza, tan inocente descuido, dejaron por algunos instantes inmóvil al Brujo.

—Nada temas esta noche; no abusaré de tu sueño, dijo el asesino. Quiero que seas mía; sí, pero despierta, contemplando la luz de tus ojos, sin que me rechaces, porque sabré obligarte á ello: de otro modo sería incompleta mi felicidad. Ni un solo beso estamparé en tus labios, porque no quiero apagar ni una sola chispa del fuego que me abrasa; quiero que la sed de mis deseos se haga mas ardiente para que al saciarla sea mayor el goce de mi alma; quiero mortificar mi pasion para que al satisfacerla no tenga mi dicha igual. Hasta entonces te respetaré tanto que, envuelta en las mismas ropas que te cubren, te llevaré á mi palacio. Allí no tendré rivales; otro corazon que te amaba llevo aquí; iremos tres.

Luego colocó en su cintura el cuchillo y se acercó al lecho.

—¡Siempre soñando contigo, y ya eres mia!

—Nos sería imposible dar una idea de la espresion repugnante del rostro del asesino.

Sus espesos cabellos parecían mas erizados que de costumbre, y en medio de la sombra que sus cejas proyectaban sobre sus ojos, pues dijimos que mas que otra cosa parecían viseras de cerdas tejidas, sus pupilas brillaban como las de un gato en la oscuridad.

—El tiempo es precioso, dijo.

Y sus manos impuras, convulsivamente agitadas, se pusieron sobre el lecho.

—La jóven no despertó.

El Brujo la levantó en sus nervudos brazos, cuidando de envolverla al mismo tiempo en la ropa de la cama.

—¿Qué hermosa es!... Nada temas, Sol, pero no sabes cuánto me cuesta este sacrificio. Palpitante de emoción, si es que emociones podía sentir el asesino, salió del dormitorio, atravesó el otro aposento con su envidiable carga, y comenzó á bajar la estrecha escalera con sumo cuidado, porque la oscuridad no le permitía caminar con mas ligereza.

—No despierta, murmuró. Parece imposible... Sin duda este sueño es producido por algún brebaje... no me cabe duda, el hombre que intentó llegar hasta aquí iba á cometer un abuso, vera un golpe ya preparado... trabajó para mí, él ha sembrado y yo he cogido.

Una de sus carcajadas salió de su boca, pero le contuvo el temor de que le oyesen.

—Llegué á tiempo: mañana á la noche estará en mi palacio: es ya muy tarde y no podríamos llegar antes de que saliese el sol. Avanzaremos hasta el bosque y allí pasaremos el dia. Faltaba una reina en mi palacio; allí, sobre la cumbre de la montaña, tendrá un trono al que no iguala el de ningun rey.

Cuando el Brujo entró olvidóse de cerrar el postigo, y esta imprudencia la advirtió al querer salir.

—He sido muy torpe, murmuró; pero afortunadamente creo que nadie ha pasado por aquí. Sin embargo, veámos.

Y antes de salir asomó la cabeza, vió los cadáveres en el mismo sitio en que los habia dejado; y ya tranquilo iba á continuar su marcha, cuando cerca de su rostro brilló un puñal.

—A Sol... A dónde la llevas, miserable?  
 —A mi palacio.  
 —No, porque antes te mataré, repuso el bastardo empujando de nuevo su arma.

**CAPITULO XVII.**

—No me matarás, Brujo.  
 —Una vez te has escapado de mis manos, pero no sucederá así esta noche.  
 —No te muevas, Rodrigo, no te acerques, porque para herirme habrás de morir antes á Sol; me sirve de escudo.

Un tercero en discordia.

—Yo llegaré hasta ti sin oírte.  
 —Imposible; está dormida por un narcótico y puedo hacer de ella lo que quiera. Antes de locarme la matarás sin que puedas evitarlo.

El Brujo no era hombre á quien se sorprendía fácilmente, porque su sangr e fria no daba nunca lugar á la turbacion; así fué que, al ver brillar el arma, dió un paso atrás y gritó:

—Detente,   la matas!

El puñal zumb  en el aire y se clavó en la puerta.

Un hombre apareció: sus ojos brotaban fuego.

—Vive Dios, no t  muevas, miserable! exclamó.

—Te conozco, dijo el asesino: eres el bastardo Rodrigo.

—Oh!... Oh!... Y sus dientes rechinaron.

—Yo soy el Brujo, añadió.

—Ya lo sé, acabó de ver tus víctimas.

—A qu n llevas en tus brazos?

—A todo, antes de dejarme coger.

—A qu n? ...   Sol?

—¡A Sol!... ¿A dónde la llevas, miserable?

—A mi palacio.

—Nó, porque antes te mataré, repuso el bastardo empuñando de nuevo su arma.

—No me matarás, contestó con ironía el Brujo.

—Una vez te has escapado de mis manos, pero no sucederá así esta noche.

—No te muevas, Rodrigo, no te acerques, porque para herirme habrás de herir antes á Sol; me sirve de escudo.

—Yo llegaré hasta tí sin ofenderla.

—Imposible; está dormida por un narcótico y puedo hacer de ella lo que quiera. Antes de tocarme la matarás sin que puedas evitarlo.

—El Brujo colocó á la j6ven de manera que no pudiesen herirlo sin herirla antes á ella.

Rodrigo comprendió lo apurado de aquella situacion.

—¿Piensas, dijo, que he de dejar que te la lleves? ¡Antes la mataré, porque es preferible á dejarla en tu poder.

—Mátala.

—Gritaré, sus criados acudirán, y si yo no puedo herirte de frente, ellos te acometerán por la espalda.

—Si das un solo grito, replicó el Brujo, cuyos dientes rechinaron, si alguien acude en tu ayuda, hundó mi cuchillo en el pecho de Sol.

—¿Se atreveria tu impura mano?

—A todo, antes que dejarme coger como una fiera y morir en una horca como si fuese uno de vuestros esclavos.

Rodrigo se desesperaba: no tenia medio de salvar á la jóven sin esponerla á morir, porque el asesino seria capaz de todo.

—¿Qué quieres, pues, llevártela?

—Sí.

—Entonces gritaré, aunque la mates; esto es preferible.

—No tendré valor para matarla, dijo para sí el Brujo, y creo que Rodrigo, como lo dice, preferirá verla muerta á verla en mi poder.

—¿Qué decides? preguntó el bastardo, que apenas podia contener su furor.

—Tú has de decidir, ó dejarme paso, ó muere Sol.

—¡Que muera! gritó Rodrigo fuera de sí.

—Está decidido, volvió á pensar el Brujo, y yo perdido. Me salvaré, al menos, porque no puedo luchar con él, es mas fuerte que yo. Otra ocasion se presentará, yo sabré buscarla.

—¡Acaba, miserable, ó por Satanás, que te mato aunque tenga que verter la sangre de Sol!

—Tú quieres que deje á la doncella y además la vida en tus manos.

—Y la dejarás.

—Por esta vez te equivocas.

—¡Oh, no me conoces!

—Mucho, por mi fortuna.

—Decídetelo.

—Guarda tu puñal, abre tus brazos y recibe á Sol. Guida de ella y déjame, no te empeñes en seguirme para

vengarte, porque mientras la dejas en el suelo habré yo adelantado el camino suficiente para que no me alcances. Tienes mas fuerzas que yo, pero no corres tanto, ¿ya lo sabes.

—¿Quieres escapar?

—Y escaparé, ¡oh! exclamó el asesino. ¡Yo lo he respetado para que me la arrebates ahora!

Estas palabras dilataron el pecho del bastardo.

—¿Intentas engañarme? dijo.

—Me es imposible, porque llevando en brazos á Sol, me alcanzarias fácilmente.

Convencióse Rodrigo de que no tenia medio de salir del apuro, y se decidió á aceptar la proposición.

Bien podia ser que el Brujo llevase una segunda intencion, pero habia otro recurso.

—Bien, dijo, entrégame á doña Sol.

—En la calle, para que yo pueda huir si faltas á lo pactado.

—Sea, pero cuida de no engañarme.

Rodrigo dejó libre la puerta.

El Brujo salió, depositó en los brazos del bastardo á la jóven y partió con la velocidad de una centella.

Del pecho de Rodrigo salió una exclamación del mas reconcentrado coraje, y luego miró á la doncella, que aun dormia.

—¿Qué hacer ahora? se preguntó.

Y despues de meditar algunos instantes, entró en la casa.

Cerró el postigo, atravesó el pasillo, subió la esca-

lera, y cuando hubo llegado al primer aposento, gritó:  
 — ¡Há de casa!

Nadie le contestó.  
 — ¡Há de casa! volvió á gritar con toda la fuerza de

sus pulmones. Despertad, doña María.

A los pocos momentos se oyó decir:  
 — ¿Quién llama?

Y luego se sintieron pasos, y apareció Gimena con el semblante lívido y descompuesto, y tras Gimena la esposa del infante.

Un solo grito resonó, y la señora y la sirvienta fijaron sus espantados ojos en Rodrigo y en la doncella.

Doña María se lanzó sobre su hija y la tomó en sus brazos; mientras que Gimena, á pesar de su turbacion, conociendo que el negocio tomaba mal aspecto, aprovechó aquellos instantes para acercarse á la puerta que comunicaba con la escalera. Pero Rodrigo, que ya estaba mas sereno y que habia adivinado que todo era obra de la bruja, la asió por la garganta y la arrastró hasta en medio del aposento.

Gimena cayó de rodillas y exclamó:  
 — ¡Perdon!

— ¡Silencio! dijo el bastardo á la vez que amenazaba con el puño á la vieja.

— ¡Dios mio! exclamó doña María. ¿Qué sucede? ¿Por qué está mi hija en vuestros brazos, don Rodrigo?

— Señora! dejad á vuestra hija en su cama y volved aquí. Procurad no hacer ruido; conviene que vuestros criados ignoren lo que ha sucedido.

— ¡Callad, miserable! interrumpió Rodrigo.

—¡Mi noble señora! volvió á decir Gimena.

—Os he mandado callar, bruja infame, repitió el bastardo, y os ahogará si no teneis la lengua.

Doña María hizo maquinalmente lo que Rodrigo le indicaba; y dejando en el lecho á la doncella, volvió al aposento y se dejó caer en un sillón.

—Señora, prosiguió Rodrigo, tranquilizaos: ha podido suceder mucho, pero la casualidad me ha hecho venir bastante á tiempo para evitarlo.

—Hablad, don Rodrigo, hablad, repuso doña María derramando un torrente de lágrimas. ¿Sabeis lo que tiene mi hija?

—Duerme, y nada más.

—¿Que duerme! ¿Y cómo no despierta?

—Preguntádselo á esa condenada, dijo el bastardo al señalar á Gimena.

—¡Yo nada sé! Pero Rodrigo!

—Vos la habeis dado un narcótico.

—¿Un narcótico! exclamó la dama.

—Sí, señora.

—¡Por Dios, don Rodrigo, explicaos!

—Señora, ese asesino á quien llaman el Brujo, el autor de los crímenes que se cometen en vuestra calle, salía hace un momento de esta casa con vuestra hija en los brazos.

Doña María exhaló un grito de horror.

—Y vos la habeis salvado... ¡Oh! gracias, don Rodrigo, el cielo os premie.

—Falta saber si vuestra criada ha dado á doña Sol



Y asiendo por la garganta á Gimena, la oprimió con su mano de hierro, y añadió:

—Si no decís la verdad, os ahogo.

La vieja sintió que el bastardo la ahogaba, y con la cabeza hizo una señal afirmativa, porque no podia hablar.

—Sed breve, porque las horas vuelan y es preciso concluir antes del amanecer. ¡Vive Dios, que si me engañais!

—Mi noble señor, dijo Gimena, me amenazaron con la muerte si no daba el brebaje á doña Sol.

—¿Quién os amenazó?

—El escudero del conde.

—Os habéis vendido.

—No he tomado...

—Mentís, bellaca. A no ser así, pudisteis haber prometido dar el narcótico, no hacerlo y avisar á vuestra señora.

—Ya os he dicho que me amenazaron con la muerte.

—¿Qué os importaba? Se hubiese acechado al conde y él hubiese sido, y no vos, la víctima. ¿Y quién abrió el postigo?

—Yo, nó.

—La llave estaba por la parte de afuera, repuso Rodrigo, que hacia perfectamente su papel de juez que examina al reo.

—La llave, señor.

—Vos la disteis.

—Me la arrancaron á la fuerza.

—Basta, dijo doña María: el crimen de esta mujer está bien probado.

—De ello estaba yo bien convencido, replicó el bastardo, pero queria convenceros á vos.

—Arrojadla de mi casa, don Rodrigo.

—No hemos concluido aun, señora. Escuchadme.

—Hablad.

—Ya sabeis, señora, que el mundo es demasiado malicioso, y mas inclinado á creer lo malo que lo bueno.

—Por desgracia sucede así.

—Si se supiese que doña Sol, dormida con el pesado sueño de un narcótico, ha estado á merced de un hombre feroz que nada respeta....

—Teneis razon, interrumpió la dama estremeciéndose.

—Se dudaria de su pureza. Afortunadamente, el Bruno no puede divulgar lo sucedido, porque con nadie habla, y el conde y su escudero no existen.

—¡Cuánta sangre, Dios mio!

—Del que ha suministrado el narcótico, que será algun judío, nada debemos temer, porque le conviene callar; y aunque hablase, todo lo que podria creerse era que el narcótico se habia dado á vuestra hija, y que al venir el conde encontró un rival que le quitó la vida; pero repito, que no hay cuidado que hable el que dió el brebaje maldito.

—Proseguid, don Rodrigo, mi ansiedad es mucha.

—Tambien debe ser lo sucedido un secreto para vuestra hija, porque le atormentaria mucho el saber que ha estado en los brazos del asesino.

—Teneis razon.

—Debe ser tambien un secreto para don Juan Alfonso, porque sufriria como doña Sol, y quizás la duda, aconsejada por la locura de los celos....

—¡Dudar de mi hija!..

—Juzgad sin pasion, señora. Además, vuestra hija no podia ser responsable....

—Es verdad, es verdad. Proseguid.

—Vos y yo guardaremos el secreto por lo que nos importa.

—¿Y Gimena?

—Tambien lo guardará.

—Lo dudo.

—Mas que vos.

—Os juro, noble señora, dijo la sirviente, que mi boca no se abrirá.

—Silencio, interrumpió Rodrigo.

—¿Tanta confianza teneis, repuso la dama, en la discrecion de esta mujer?

—Entera confianza, señora. Decidme que estais conforme en que esto debe ser un secreto para todos, aun para doña Sol y don Juan Alfonso, y yo haré que esta bruja sea discreta.

—¡Oh! Sí, un secreto que nosotros mismos debemos olvidar.

La mirada de Rodrigo apareció sombría.

—Señora, dijo, aprovechad el pesado sueño de vuestra hija para cambiar las ropas de su cama, que tienen algunas manchas de sangre. Y vos, condenada bruja, seguidme.

—¿A dónde me llevas? preguntó Filomena temblando.  
 —A buscar a don Juan.  
 —Don Juan.  
 —¿Adivinas el por qué?  
 —Señora, la mamá.  
 —No es seguro.  
 —No es seguro.  
 Y cogiendo  
 da la espada  
 para  
 cular.  
 Así  
 el po  
 —La desdichada  
 lo supió la ma  
 —Arrepentida,  
 —atravesó con  
 cuerpo cayó de  
 —Hicó un  
 —Rodrigo, con  
 a ver sangre, se  
 bend ardiente.  
 —La noche  
 —A la siguiente, cuando

había horrorizado de los tres cadáveres que habían  
 amanejado junto a la casa de don Juan, y a nadie quedó  
 la más remota duda de que era obra del Brujo, porque  
 tenía el conde arrancado el corazón.



—¿Habéis encomendado vuestra alma á Dios?

—¿A dónde me llevais? preguntó Gimena temblando.

—A enseñaros á guardar un secreto.

—Don Rodrigo, dijo la dama, que se estremeció al adivinar el proyecto del bastardo.

—Señora, la honra de vuestra hija vale mas que todo.

—No os seguiré, repuso la vieja.

—¿No me seguireis?... Lo veremos, dijo Rodrigo.

Y cogiendo á Gimena por el cuello, la arrastró hácia la escalera, cuidando de apretar su nervuda mano para evitar que gritase la autora de aquellas desgracias.

Así la llevó hasta salir á la calle, y despues de cerrar el postigo, preguntó á la vieja :

—¿Habeis encomendado vuestra alma á Dios?

La desdichada quiso volver á pedir socorro, pero se lo impidió la mano del bastardo.

—Arrepentíos, repuso este.

Y atravesó con su puñal el corazon de Gimena, cuyo cuerpo cayó sin vida sobre el escudero.

Reinó un silencio profundo.

Rodrigo, aunque muy acostumbrado desde su niñez á ver sangre, se alejó con el corazon oprimido y la cabeza ardiente.

La noche habia sido terrible.

A la siguiente mañana, los habitantes de Valladolid hablaban horrorizados de los tres cadáveres que habian amanecido junto á la casa de don Juan, y á nadie quedó la mas remota duda de que era obra del Brujo, porque tenia el conde arrancado el corazon.

—Es preciso, decían algunos, hacer una batida y cazar á ese Brujo condenado como á un jabali.

—Y quién se atreve á dar el primer golpe?

—Pondremos un lazo en la calle donde acostumbra á cometer sus crímenes.

—Lo mas acertado es no pasar por aquel sitio de noche, y que pague la pena el que cante bajo las ventanas de doña Sol.



La noche había sido terrible. A la siguiente mañana, los habitantes de Valladolid hablaban horrorizados de los tres cadáveres que habían amanecido junto á la casa de don Juan, y á nadie quedó la mas remota duda de que era obra del brujo, porque tenía el conde arrancado el corazón.

## CAPITULO XVIII.

Cómo se encontraba don Juan Alfonso.

Ya dijimos que no era peligrosa la herida que recibió el hijo de Guzman, si bien se vió obligado á permanecer algunos dias en la cama, á donde vamos á visitarlo.

Cubrian su lecho anchas cortinas de seda carmesí, y este color hacia que el rostro del mancebo no apareciese tan pálido como realmente estaba.

Rodrigo, el de la rubia y sedosa cabellera, el de los ojos de dulce expresion, pero el de las fuerzas de gigante y corazon sin igual valeroso, hallábase junto á la cama del herido contemplándole con el mas vivo interés, con la ternura de una madre.

Acababa de llegar, y apenas se habia sentado, cuando el mancebo le preguntó:

—¿Sabeis algo de ella?

—Sí, pero decidme cómo os sentís hoy.

—Muy bien, y creo que mañana podré levantarme.

¿Conque me podeis dar noticias?

—Que está buena.

—¿La habeis visto?

—Nó, amigo mio, pero sí Gimena, á quien Dios haya perdonado....

—¡A quien Dios haya perdonado! interrumpió el mancebo con tono de sorpresa. ¿Ha muerto acaso?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche; y segun se cree, á manos del Brujo.

—¿Qué decís?

—Lo que estais oyendo; y tal se presume, porque su cadáver no estaba solo junto al postigo que ya conocéis.

—¿Que no estaba solo su cadáver?... ¿Conque ese mónstruo se ha propuesto acabar con todos los habitantes de Valladolid?... eso es horrible, don Rodrigo; es menester castigar tanto crimen. ¿Y qué dice el rey?

—Que vá á mandar pregonar la cabeza del Brujo.

—No es bastante.

—Es demasiado; porque sin necesidad de eso yo lo buscaré.

—Decidme, amigo mio, quiénes han sido esas otras víctimas.

—El conde don Pedro...

—¡El conde don Pedro! interrumpió el doncel, cuya admiracion crecia.

—Y uno de sus escuderos.

—¡Infelices!

—Dios los haya perdonado.

—Pues á fé que el conde don Pedro no iría en busca de doña Sol.

—¿Quién sabe?

—¿Acaso sospechais?...

—Todo debía sospecharse del conde. Ya sabeis, que aunque era casado, no por eso dejaba de ser menos libertino.

—Sin embargo, Sol no era mujer que pudiese halagar la esperanza del conde.

—Pero Gimena en la calle á su lado y muerta, al parecer, por el mismo asesino del conde don Pedro....

—Tal vez él mismo la mataria, si ella no quiso acceder á sus proposiciones.

—Ninguno de los dos existe ya: doña Sol está libre de las asechanzas del uno y de las traiciones de la otra, y por consiguiente, lo mejor es olvidar este asunto, que nada tiene de agradable.

—¿Y ha llegado á Sol la noticia de esos asesinatos?

—No lo sé, pero es probable que sí: tales acontecimientos cunden con rapidez.

—¡Pobre niña, debe sufrir mucho!

—Y en eso queden sus pesares, repuso Rodrigo á la vez que fingia examinar las colgaduras del lecho.

—¿Por qué lo decís? preguntó el mancebo levantándose sobre uno de sus brazos.

—Lo digo, don Juan, porque si el secreto de vuestros

amores no puede estar oculto mucho tiempo; despues de lo sucedido....

—Algo sabeis, don Rodrigo; decídmelo todo, porque la incertidumbre es peor que las revelaciones mas amargas.

—No trato de ocultaros nada.

—Hablad, pues, repuso el mancebo con ansiedad.

—Segun pude colegir por las palabras de Gimena, doña María sabe ya que su hija os ama.

—¡Dios mio!

—Nada debiera importaros, si despues de ella no llegase á saberlo su esposo.

—Estamos perdidos.

—Pues por eso debeis pensar en el modo de salir del apuro.

—¿Y qué he de hacer?

—No lo sé, don Juan, y os diré francamente que temo mucho que el resultado no sea de lo mejor.

—Me haceis temblar, dijo el doncel, cuyas megillas aparecieron pálidas, á pesar de la roja luz que se traspasaba por las cortinas del lecho.

—Mas vale deciros la verdad, aunque sea dolorosa, que haceros concebir ilusiones que luego han de desvanecerse.

—Voy á levantarme á saber lo que sucede, dijo arrebatadamente don Juan.

—Hareis mal.

—¿Cómo he de permanecer aquí tranquilamente cuando nos amenaza una desgracia horrible?

—Bien, levantaos, pero, ¿á dónde vais? —

—Teneis razon, dijo el doncel, dejándose caer nuevamente en el lecho.

—Nada adelantais con precipitaros.

—Aconsejadme, don Rodrigo, amigo mio; vos sois la única persona que puede ayudarme y consolarme.

—Otra persona debe aconsejaros.

—¿Otra persona!

—Sí, don Juan.

—¿Quién?

—Vuestro padre.

—¿Qué decís?... Mi padre!

—Debeis decírselo todo.

—¿Habeis olvidado que á pesar de la generosidad de mi padre, jamás podrá consentir que su nombre se una al del asesino de su hijo?

—¿No pensais, don Juan Alfonso, que vuestra reserva á nada conduce, porque vuestro padre no tardará en saber vuestros amores sino lo que tarde en volver á Valladolid.

—El jóven permaneció silencioso.

—Vuestro silencio, prosiguió el bastardo, no servirá mas que para haceros responsable de una falta que os colocará en peor situacion.

—¿Y no sabeis lo que me contestará mi padre?

—¿Y vos?

—Yo lo sé. Me contestará que ahogue esa pasion como él supo ahogar su amor de padre en los muros de Tarifa: me dirá que allí me dió ejemplo de valor; que

aprenda á sufrir y á morir sin exhalar una queja; que no tiemble mi mano al desgarrar yo mismo mi corazon; que un Guzman no dobla la frente bajo el peso del dolor, no cede ante las pasiones, ante ningun sentimiento cuando obedece al deber, cuando ha de sostener el decoro de su nombre. Eso me dirá mi padre; y yo, que solo por ella vivo, solo por ella moriré.... ¡Oh! y no es la muerte la que me causa espanto, no me falta el valor para sufrir; pero Sol, la niña pura, cándida, inocente, que tiene en mi cariño la fé mas ciega, que no puede sufrir como yo, porque es mas débil, sucumbirá creyendo que la he engañado, no podrá soportar este golpe, y yo seré causa de toda su amargura, de sus crueles dolores, de su muerte.... ¡Oh! yo no puedo asesinar á la hija del infante como este asesinó á mi hermano.

—¿Y por qué ha de suceder todo eso? replicó el bastardo, que veia un porvenir tan negro como don Juan. ¿Por qué vuestro padre ha de ser inflexible á vuestras súplicas? Tened mas confianza.

—Bien sabeis que no debo tenerla.

—Además, no hay para qué atormentarse con lo que se sospecha que puede sobrevenir.

—Nó, don Rodrigo, mi padre no cederá, repuso el jóven con amargura.

—Probemos.

—Tendré que sostener una lucha con mi padre, y ya lo conoceis, cuando uno tiene la conviccion de que obra con arreglo á su deber, nada en el mundo es bastante á quebrantar sus resoluciones: acordaos de Tarifa.

—¿Qué hareis, pues?

—No lo sé, amigo mio: mi situacion es para desesperarme.

—Peor para vos.

—No sabeis lo que sufro.

—Yo he sufrido mas que vos; de vuestra dama no os separa mas que el mundo; á mí me separó de la mia el mundo y Dios, y luché sin descanso hasta vencer.

—Pero al menos érais libre, vuestra madre os ayudaba, no teniais que desobedecerla, que rebelaros contra su autoridad.

—A cada cual, amigo mio, le parecen sus desgracias mayores que las de todos. Dejemos, pues, una comparacion que de nada ha de servirnos, y ocupémonos de lo que nos interesa.

—Aconsejadme, porque en este momento mi cabeza está trastornada.

—El primer paso que debeis dar es el que os he dicho, y luego obrar segun las circunstancias.

El mancebo exhaló un suspiro y nada contestó.

—¿Os decidis? añadió el bastardo.

—¿Qué he de hacer!

—Ya comprendeis que este caso habia de llegar, porque vuestros amores deberian tener algun desenlace.

—No he pensado mas que en amar á Sol.

—Pues ahora debeis pensar en vencer los obstáculos que se oponen á vuestro amor.

—¿Me ayudareis?

—Sí.

—¿Hablares á mi padre?

—Sí.

—Vos sois, quizás, el hombre que mas influencia tiene sobre él, ya lo sabeis.

—Os evitaré el enojo de la primera declaracion.

—¡Gracias, amigo mio! exclamó el doncel estrechando con entusiasmo entre las suyas las manos de Rodrigo.

—Si puedo convencerlo...

—Os deberé mas que la vida.

—Pero nos queda el infante.

—¡Oh! el infante poco me importa, no es mi padre, puedo luchar con él sin remordimiento; y si Sol me ama tanto como yo creo, será mia.

—Quedamos, pues, convenidos con respecto á vuestro padre; y en cuanto al infante don Juan, obraremos segun sea menester.

—No comprendéis todo el valor de lo que haceis por mí, don Rodrigo.

—Ahora, don Juan, sosegaos y recobrad las perdidas fuerzas. Yo os dejo, porque me espera el rey.

—¿Os ha llamado?

—Sí.

—¿No sabeis para qué?

—Nó.

—¿Y no se ha concluido aun el arreglo de paz con el infante?

—Don Diego Lopez de Haro está ya conforme, aunque no de muy buena gana; pero como le conviene no disgustar al rey....

—¿No se ha contestado al mensaje?

—Todavía nó.

—Id, pues, y decid al rey que agradezco mucho la honra que me dispensa informándose del estado de mi salud.

—Esta tarde volveré á veros.

—Dios os proteja, mi buen amigo.

Salió Rodrigo, y el mançebo quedó triste y abatido, luchando en su interior mil contrarias ideas, mil emociones distintas. Sus esperanzas, las locas esperanzas de todo enamorado, disipábanse como el humo, sin que de ellas quedasen mas que recuerdos tristes y atormentadores. ¿Qué seria de Sol si la fortuna se mostraba contraria? La desdichada niña no podria resistir tan rudo golpe, y sucumbiria.

¡Y él habia alimentado aquella pasion que debia causar la muerte de la infeliz!

—¡Dios mio, esto es horrible! exclamó el doncel haciendo un brusco movimiento y á la vez que la fiebre encendia sus ojos.

Sintió abrasada la frente, y un letárgico sueño le dejó inmóvil en su lecho de seda.



—¿No se ha contestado al mensajero? —

—Todavía no. —

—¡Dios mío, y he ahí al rey que agradece tu hecho la honra que me dispensas informándome del estado de mi salud. —

—¡Esa también volverá a veros! —

—Dios os proteja, mi buen amigo. —

—Salid Rodrigo, y el manco puede irse y abatido,

luchando en su interior mil contrarias ideas, mil con-

ciones distintas. Sus esperanzas, las pocas esperanzas de

todo camorrista, desaparecen como el humo, sin que de

ellas queden más que recuerdos tristes y atormenta-

dores. ¿Qué sería de Sol si la fortuna se mostrara con-

traria? ¿A desdichada niña no podréis resistir tan ru-

do golpe, y suumbiréis? —

—¡Y el había alimentado aquella pasión que debía

causar la muerte de la infeliz! —

—Dios mío, esto es horrible! echad el doppel ha-

bitado un proceso involuntario y á la vez que la fiebre

encendía sus ojos, como un rayo, el cielo se oscurecía.

—¡Solita abrusada la frente, y un fétido sueño le

dejó inmóvil en su lecho de seda. —

—

—

—

—

—

—

—



## CAPITULO XIX.

Donde se verá que el Brujo tenia razon al temer á las fuerzas del bastardo.

Quando Rodrigo salió de casa de Guzman, tieneámj-nóse á la morada del rey, pensando en los amores del doncel y en que no eran solamente el señor de San Lúcar y el infante los inconvenientes con que habia que luchar: quedaba el Brujo, enemigo no despreciable, y que milagrosamente no habia causado mas daño que todos, pero que podia causarlo aun.

—Desde esta noche, decia para sí Rodrigo, tengo que constituirme centinela en aquella maldita calle, porque si yo no vigilo á ese mónstruo, nos dará que hacer. Parece resuelto á no desistir de sus criminales propósitos; y puesto que á mí es á quien parece tener algun miedo, y á nadie mas, yo debo encargarme de perseguirlo hasta hacerle pagar sus crímenes.

Tras estas y otras reflexiones llegó el bastardo á la

real cámara, donde entró despues de algunos momentos.

—Dios os guarde, buen Rodrigo, honra y prez de mis capitanes, le dijo el monarca con afable tono.

—El os conserve, señor, y os dé larga vida para mostraros bondadoso conmigo.

—¿Habeis visto á don Juan Alfonso?

—Ahora lo deajo, señor.

—¿Y cómo está de su herida?

—Tan aliviado, que quizás mañana tendrá la honra de venir á ponerse á vuestras órdenes.

—Mucho me alegro.

—Me ha encargado que os hiciera presente su agradecimiento por el afecto con que le honrais.

—Lo merecc; es un mancebo que no desmentirá su nombre ilustre.

—Dá buenas esperanzas, señor.

—Por supuesto, aunque aliviado de su herida, no estará para emprender un viaje.

—Imposible, á menos que así convenga á V. A.

—Nó, no quiero esponerlo á un nuevo peligro. Vos, Rodrigo, que sois fuerte, ágil y leal, desempeñareis el encargo.

—Señor, murmuró el bastardo, que temia separarse de don Juan en tan críticos momentos.

—Es preciso que hoy salgais para Leon.

Rodrigo no supo qué contestar.

—Llevareis la respuesta al mensaje de don Alonso, y al mismo tiempo le ayudareis, si mi tio no se contentase y hubiese necesidad de continuar la guerra.

—Creo, señor, que quedará satisfecho el infante, y será inútil mi ayuda á don Alonso, se atrevió á decir Rodrigo.

—¿No queréis ir? le preguntó el monarca mirándole fijamente.

—Me esplico mal, señor.

—Por primera vez en vuestra vida.

—Quise decir que tal vez yo podria serle útil á don Juan Alfonso, porque como se ha intentado asesinarlo....

—Don Juan Alfonso no pasará por el sitio donde tanta sangre se vierte, hasta que hayais venido de Leon. Además, desde esta noche recorrerán aquellas calles algunos ballesteros, porque es preciso evitar la repeticion de tan horrendos crímenes; quiero que el de la pasada noche sea el último.

—Quiéralo Dios.

—El conde don Pedro ha pagado en un instante las locuras de muchos años. Tambien era de los que tienen la costumbre de pedir graeias al rey desenvainando la espada. Todo se paga en este mundo.

—Lo siento por su esposa, modelo de virtud, y que debe de haber padecido mucho.

—¿Sospechais que el conde estuviese enamorado de mi hermosa prima?

—Señor, todos los que han muerto en aquel sitio galanteaban á doña Sol.

—Lo que prueba que don Juan Alfonso es uno de tantos enamorados.

—Señor....

—Eso ya no es un secreto, y á fé mia que lo siento, porque ni don Alonso ni el infante consentirán... en fin, allá veremos quién se lleva ese tesoro que tanta sangre cuesta. ¿Conque os dispondreis para marchar hoy mismo?

Rodrigo se inclinó respetuosamente, porque ya no tenia excusa que dar; pero descencertábale en extremo aquel viaje, porque estaba convencido de que don Juan no dejaría de ir á ver á Sol, esponiéndose por segunda vez á ser asesinado.

—Señor, dijo el bastardo, quisiera que me concediérais dos cosas.

—Decid cuáles son.

—Que se guardase el mas escrupuloso secreto sobre mi salida de Valladolid, y que me permitiérais dñar mi viaje hasta la noche.

—Si así os interesa, lo teneis concedido.

—Me interesa, señor, porque don Juan Alfonso, como buen enamorado, no dejará de rondar de noche la calle de doña Sol; y si el Brujo sabe que yo no estoy en la ciudad, seguramente intentará un nuevo golpe.

—¿Y quereis salir de noche para que nadie se aperciba?...

—Exactamente.

—Muy justo es lo que me pedís, y desde luego podeis aguardar la noche para emprender la marcha.

—Gracias, señor.

El monarca inclinó repentinamente la cabeza sobre el pecho, quedó pensativo, y una ligera arruga se mar-

có en su frente, señal que siempre era en él la de alguna idea terrible. Así permaneció algunos instantes; y luego, cerrando su ojo izquierdo mas que el derecho, levantó la cabeza, lo cual para los que le conocian á fondo, significaba que en su espíritu se levantaba alguna borrasca de las que siempre concluian con una sentencia de sangre, dictada con una calma impropia de un niño y sostenida con una frialdad admirable.

—¿Qué cabeza peligra? dijo Rodrigo para sí.

El monarca rompió al fin el silencio.

—Se cuentan, dijo, prodigios de vuestras fuerzas.

—No son escasas, contestó el bastardo sin adivinar lo que pensaba el rey.

—Lo que se cuenta me ha llamado la atención tanto mas, cuanto vuestro aspecto no denota esa superioridad de vuestros puños sobre todos los hombres.

—Desde muy niño me hicieron ejercitar las fuerzas de mil modos inusitados, y despues me han servido mucho aquellas lecciones.

—Ya que mi edad no me ha permitido aun ir á la guerra, donde pudiera haber visto esos hechos de gigante, quisiera satisfacer mi curiosidad.

Rodrigo miró á todos lados como si buscara alguna cosa.

—Si me dá permiso V. A.... dijo.

Y colocando un sillón en medio del aposento, subióse en él y cogió una gruesa cadena de plata de que pendia una lámpara del mismo metal.

—¿Os atreveríais á romperla? preguntó el rey.

—No falta para ello mas que vuestro permiso, señor.

—Lo tenéis.

El rostro de Rodrigo se contrajo; viéronse sobresalir los músculos de su blanco cuello y de la, al parecer, delicada mano con que tenia cogida la cadena, y esta se rompió en dos pedazos.

—¡Vive Dios! exclamó el rey dando un paso atrás involuntariamente.

—Rota por orden de V. A., dijo el bastardo á la vez que desplegaba una dulce sonrisa.

—Cuanto se diga de vos lo creo.

—¿Quereis mas pruebas, señor?

—Basta con esa por ahora, pero sí desearia saber si es cierto que en una ocasion ahogásteis á un hombre al darle un abrazo.

—En un encuentro con los moros, señor.

—Referidme el caso.

—En la pelea me quedé sin hacha, mi arma favorita, y sin mi espada ni puñal; habia perdido tambien mi caballo, y un enemigo me acometió blandiendo un enorme cuchillo. Viéndome perdido me precipité sobre él, abrazándole con toda mi fuerza, y antes de que el arma cayese sobre mí, el moro arrojó por la boca toda la sangre de su cuerpo. Libre de él, tuve ya tiempo para montar en un caballo que habia quedado sin ginete, y con una maza que encontré volví á lo mas recio de la pelea.

—¡Bien, don Rodrigo! exclamó el monarca, cuyos ojos brillaron.

El bastardo no pudo aun acertar el objeto que se proponia el rey.

—Si ya está satisfecha vuestra curiosidad, señor, y nada teneis que mandarme, me retiraré para hacer mis preparativos de marcha y aconsejar prudencia á don Juan Alfonso.

—¿A qué hora pensais salir?

—En cuanto cierre la noche, para no perder tiempo.

—Os ireis á la madrugada, porque antes necesito de vos.

—Espero las órdenes de V. A.

—Volved esta noche á las doce.... un poco antes.

—¿Qué querrá? se preguntó Rodrigo.

—Ya estará avisado mi ayuda de cámara para que no os detenga.

—Seré puntual.

—Venid armado.... por si encontráis al Brujo.

—El cielo guarde á V. A.

Rodrigo salió de la cámara sin haber llegado á comprender el repentino cambio del rey.

Este, en seguida, se dirigió al aposento de su madre.

El bastardo me pide que acepte el objeto que se propone el rey.

—Si ya está satisfecha vuestra curiosidad, señor, y nada tenéis que mandarme, me retiraré para hacer mis preparativos de marcha y aconsejar prudencia a don Juan Alonso.

—¿A qué hora pensáis salir?

—En cuanto cante la noche, para no perder tiempo.

—Os iréis a la madrugada, porque antes necesario de vos.

—Espero las órdenes de V. A.

—¿Obedecísteis esta noche a las órdenes... en poco antes.

—Que queréis, se preguntó Rodrigo.

—¿A estas horas os acordáis de la cámara para que no os detenga.

—Seré puntual, como se acordó en el momento.

—Venid armada... por si encontráis al Bano.

—El cielo guarde a V. A.

—Rodrigo salió de la cámara sin haber llegado a comprender el repentino cambio del rey.

Este, en segunda, se dirigió al aposento de su madre.

—No me acordaba de que yo también tenía un aposento.

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

—¿Y qué os acordaba de que yo también tenía un aposento?

## CAPITULO XX.

Donde volveremos á ver á nuestra antigua conocida Violante.

Mientras el rey don Fernando IV daba mucho que pensar á Rodrigo, haciéndole demostrar el poder de las fuerzas de su brazo, la reina doña María, sentada junto á una mesa, escuchaba con atencion profunda las palabras de una mujer muy hermosa, de rostro ligeramente moreno, de ojos grandes, negros y espresivos, y de esbelto talle, cuya mujer no era otra que la antigua doncella Violante, á quien, si de ello se acuerdan nuestros lectores, la reina debia su honra y su vida, don Lope Diaz de Haro y el abad de Valladolid su castigo, y su vida tambien y buen término de sus amores, Rodrigo y la convertida judia.

Ni Violante ni su compañera Beatriz se habian separado de su señora; y el marido de aquella, siempre fiel y leal á don Sancho el *Bravo*, á la reina y á su

hijo, habia prestado servicios importantes, por los que obtuvo lucidas recompensas.

Para gobierno de nuestros lectores, diremos dos palabras acerca de un personaje que les es desconocido. Era este el infante don Enrique, hijo del rey don Fernando el *Santo*. Inquieto y ambicioso como muchos nobles y su sobrino don Juan, se habia mostrado casi siempre ageno á las revueltas de los descontentos, no por falta de deseos de tomar en ellas parte, sino porque mas astuto que todos, no habia visto la ocasion oportuna de asegurar un buen golpe. Esta ocasion llegó con la minoría de don Fernando, y entonces el infante representó el principal papel haciéndose dueño de la autoridad real.

Logró al fin doña María, tras mucha sangre y continuadas luchas, alejarlos del gobierno; pero él, aunque ya en edad muy avanzada, una vez en el camino de las traiciones, ya despojado de la máscara de su hipocresía, no quiso retroceder, y conspiraba ayudado de muchos nobles descontentos y ambiciosos.

Como hemos dicho, doña María de Molina, sentada en un sillón tachonado con clavos de plata, y apoyando el brazo derecho en una mesa, escuchaba con marcado interés las palabras de Violante.

—Ahora me falta, decia esta, indicaros la situacion que ocupa el salón donde se reúnen.

—Es cosa muy importante.

—Después del zaguán, se encuentra al frente un largo pasillo: siguiéndole hasta el fin, se vuelve á la de-

recha, y á los pocos pasos está, á la izquierda, la puerta de entrada, sin que tenga otra alguna. En el salon, frente á esta puerta, hay una ventana que dá al jardin.

—Bien, Violante, muy bien, dijo la reina; prosigue.

—Ya sabeis que la casa no tiene mas entrada que la puerta principal y la que está al opuesto lado del edificio, cerrada por una verja de hierro.

—¿A dónde se vá por esta última?

—A una galeria muy corta que sale al jardin.

—¿No entra nadie por ese lado?

—Nadie.

—¿Solo por la puerta principal?

—Solo por la puerta principal, Juan, como os he dicho, ha observado, oculto á favor de la oscuridad de la noche, que llegan á la puerta, llaman dando tres golpes, les abren, dicen una palabra que no ha podido entender desde su escondite, y les queda libre el paso.

—Si supiésemos la señal que tienen....

—Es probable que la varíen cada noche.

—¿Nada mas sabes?

—Nada mas, señora.

—Bien.

—Vos me direis lo que debe averiguarse, y si es posible....

—Hablaemos despues de comer.

—Como mas os plazca. ¡Oh! si el raton viejo cayese en la ratonera....

—Si yo no contuviese los arrebatados impulsos de mi

hijo.... Pero es menester obrar con prudencia, porque el infante cuenta con muchos partidarios.

—Y es tan astuto como viejo y tan malo como feo, repuso Violante, con la libertad que le daba el cariño de la reina.

—Déjame, Violante, quiero meditar sobre lo que me has dicho.

Salió la antigua doncella, y cuando doña María comenzaba á dar á su imaginacion tormento para combinar un plan, el rey se presentó.

—A tiempo llegais, le dijo la reina.

—¿Teneis algunas noticias que darme?

—Sí.

—Pues ya os escucho, repuso el monarca tomando asiento cerca de su madre.

—Continúan las reuniones en el mismo sitio y á la misma hora.

—Me alegro.

—Acaban de darme cuantos pormenores podemos desear.

—¿Y ya podremos?...

—Es difícil sin hacerlo públicamente, y aun así tal vez se nos escapen algunos.

—Con tal que el viejo cayese en mi poder....

—Es arriesgado.

—¿Y nada se os ocurre?

—Solo el sorprender al que guarda la entrada, y contestarle con un puñal cuando pida la contraseña.

—Pero gritará.

—Cercando la casa....

—Pero se hará público el suceso, y vos misma sois de opinion de que esto es peligroso.

—Entonces hay que dejarlos.

—Eso nó, dijo el rey despidiendo una mirada sombría: antes dejaré mi corona; ya me conocéis, madre mia, y sabéis que no volveré atrás de mi propósito.

—Meditad, pues, como yo medito; buscad un medio.

—¿Decís que os han dado mas pormenores?

—Si.

—¿Cuáles son?

La reina repitió cuanto le habia dicho Violante con respecto á la distribucion de la casa.

—¡Bien! exclamó el rey. Ya cuento en mi poder al viejo.

—¿Qué se os ocurre? preguntó doña María.

—Esta noche me presentaré á los traidores.

—¡Que os presentareis! repitió admirada la reina.

—Si, me presentaré, ¿lo enténdeis? yo mismo, en persona.

—Esplicaos, que e citais vivamente mi curiosidad.

—Si yo no castigase de muerte á uno siquiera de tantos traidores como hay en Castilla, la rabia me mataría: quiero empezar por mi tio.

—¿Pero vuestro plan?...

—Es seguro, madre mia.

—No lo adivino.

—Hay un hombre, valiente y leal, á cuyo brazo nada

se resiste; porque sus fuerzas son las de un Sanson.

—¿Rodrigo? murmuró doña María, cuyo rostro palideció ligeramente.

—Rodrigo, sí, el hijo bastardo de mi noble abuelo.

—¿Y qué puede hacer?

—Entrar por la verja que conduce al jardín.

—Todo lo comprendo, pero tú....

—Iré con él.

—Espones tu vida.

—¿A su lado?... Rodrigo es una muralla de acero.

—Eso es una locura.

—No intentéis disuadirme, porque sería inútil. Desde anoche medito mi plan y me gozo en sus resultados con un placer indecible. Solo me faltaban las noticias que acabais de darme para no perderme, una vez que estemos dentro de la casa.

—Yo no puedo permitir....

—Señora, replicó el monarca con tono de autoridad, en esta ocasión seré el rey.

La reina conocía sobradamente á su hijo, y no intentó contradecirle.

—¿Quién os acompañará? preguntó.

—Rodrigo y Juan, únicos en quienes tengo confianza, porque don Juan Alfonso de Guzman está herido y su padre ausente.

—¿Nadie más?

—Nadie.

—¿Quiera Dios que no os pese!

—No lo espero así.

—¿Y qué pensais hacer si salís bien en vuestra empresa?

—Dejaré escapar á todos los conspiradores, y diré que no me dieron tiempo á conocerlos.

—¿Pero el infante?...?

—El infante, repuso el monarca á la vez que desplega una sonrisa irónica, el infante, como ya es muy viejo, se morirá del susto ó de rabia dentro de tres dias.

Doña María palideció.

—¿Me habeis comprendido? añadió el rey.

—¡Don Fernando!

—Ya os he dicho que estoy cansado de traidores: los castigaré, y he de empezar por mi tio.

—¿Y ha de ser esta noche?

—Esta misma noche, porque á la madrugada tiene que salir Rodrigo para Leon.

—Es la primera justicia que haceis.

—Pocas haré tal vez en mi vida, pero yo os juro por mi corona, que cuando mis lábios pronuncien una sentencia, nada me hará levantarla.

Y efectivamente, llegó un dia en que Fernando IV el *Emplazado* tuvo ocasion de cumplir su juramento.

—Os deajo, madre mia, repuso, para preparar lo que me falta.

—El cielo os bendiga.

El rey volvió á su aposento, llamó á Juan, el esposo de Violante, y le dió minuciosas instrucciones.

—Todo esto sin que pierdas un instante, le dijo.

—Al momento, señor.

—Ya sabes cuánto importa la reserva.

Juan salió del palacio y se encaminó al casuco del judío que había facilitado el narcótico al conde don Pedro.

Se preparaba una escena violenta y de consecuencias muy trascendentales; pero el jóven monarca estaba resuelto á todo, pues como había dicho á su madre, una vez pronunciada una sentencia, nada en el mundo era bastante á levantarla.

Rodrigo, entretanto, cavilaba sobre los intentos del rey, pero nada pudo al fin adivinar por mas que dió tormento á su fecunda imaginacion.

El dia pasó sin otro acontecimiento notable.

El sol se ocultó, y las sombras de la noche se derramaron en el espacio.



—Al momento, señor.

—Todo esto sin que pierdas un instante, le dijo.

de Violante, y le dió minuciosas instrucciones.

El rey volvió á su aposento, llamó á Juan, el esposo

—El cielo os bendiga.

me falta, ahora voy á preparar lo que

—Os digo, madre,

el Emplazado tuvo

Y efectivamente

que Fernando IV

mi corona, que cuando

—Pues pare tal vez en mi vida, pero yo os juro por

—Es la primera justicia que hacéis.

que salir Rodrigo para Leon.

—Esta misma noche, porque

## CAPITULO XXI.

### Justicia del rey niño.

La noche estaba oscura en extremo.

Eran las once y media, y todos los habitantes de Valladolid estaban entregados al descanso.

Rodrigo se paseaba delante de la casa de Sol y registraba con su mirada todos los rincones, los huecos de todas las puertas.

—No ha venido esta noche, ni vendrá, murmuró. Obra con prudencia. Creo que será inútil esperar.

Y esto diciendo, salió de la calle y se encaminó al palacio del rey.

Cuando hubo llegado, bajó el embozo de su capa á fin de que los arqueros que guardaban la puerta no le impidieran el paso.

Subió, y entrando en un espacioso aposento, don-

de dormitaba arrellanado en un sillón el ayuda de cámara de don Fernando, dijo:

—¿S. A?

—Pasad, don Rodrigo.

El bastardo entró.

Estaba el rey sentado y hablaba con el esposo de Violante. Ambos tenían puestas finas cotas: también llevaba la suya Rodrigo.

—¿He llegado á buena hora? preguntó este al entrar.

—Vos nunca llegais tarde, le contestó el rey. Sois tan exacto como leal.

—Gracias señor.

—¿Venís dispuesto á romper con vuestros puños cuanto se ponga bajo vuestra mano?

—Mis fuerzas, señor, están siempre prontas á emplearse en servicio de mi rey.

—Pues bien, preparadlas.

—Lo están.

—Tenemos que acometer una empresa arriesgada.

—Me alegro.

—Primero pareceré un ladrón, pero luego obraré como un rey.

—Por mucho no sobra la justicia en estos tiempos, repuso el bastardo.

—Es verdad, buen Rodrigo, hay muchos traidores, contestó el monarca frunciendo el ceño.

—Sobran cabezas y faltan corazones, señor.

—Por eso, cortando las primeras, de la sangre brotarán los segundos.

Y Fernando IV desplegó una amarga sonrisa.

—¿Por qué, añadió, todos mis tios han sido y son los primeros rebeldes, cuando debieran ser los mas entusiastas defensores del trono?

—Señor, porque no hay tantas coronas como infantes.

—Sí, es verdad, y por eso, como hay muchas cabezas para una corona, es indispensable, ó aumentar estas, ó disminuir aquellas. ¿No adivináis lo que me propongo hacer esta noche?

—Nó, señor.

—¿Ignorais, don Rodrigo, que conspira mi tio don Enrique?

—No lo ignoro.

—¿Y sabeis quién le ayuda?

—Lo sospecho.

—¿Y qué pensais que debo hacer para acabar con tantas ambiciones?

—Señor, si la ambicion no cuenta con la ayuda de la fuerza, es impotente.

—Entonces....

—Separando la una de la otra, todo queda concluido.

—¿Es decir, que separando la cabeza, que es la ambicion, del cuerpo, que es la fuerza con que se ayuda, habré conseguido mi deseo?

—Creo que sí.

—¿No comprendéis, don Rodrigo, hasta qué punto vuestras palabras atizan el fuego de mi cólera?

—He dicho lo que siento, señor.

—Por eso os quiero.

Hubo algunos momentos de silencio, en los cuales varió muchas veces espresando sentimientos distintos, el rostro del monarca.

—¿Sabeis, dijo al fin el monarca, lo que pienso hacer esta noche?

—Segun os habeis explicado, prender al infante don Enrique.

—Solamente quiero hacerle una visita.

—Poco envidiable, á lo que sospecho.

—Pero quiero entrar sin anunciarme, sin que nadie me vea; y como segun entiendo, la puerta de la posada de mi tio está bien guardada á estas horas, es mi deseo que vuestros puños, que rompen tan fácilmente una cadena de plata y ahogan á los hombres cubiertos de acero, me abran paso á través de una reja, cuyos hierros no se han forjado á prueba de vuestras fuerzas.

Rodrigo se sonrió como quien está perfectamente enterado de lo que no ha podido adivinar antes.

—Bien, señor, dijo, tendreis el paso libre si no se opone otro inconveniente que el de la reja.

—¿Os comprometéis á ello?

—Respondo con mi cabeza.

—Perfectamente, repuso el monarca, cuyos ojos brillaron de alegría. ¿Dí, Juan, te parece que ya es hora?

—Son mas de las doce, y ya deben estar reunidos.

—Vamos.

El esposo de Violante colocó en los hombros del rey una capa de paño azul, y le entregó un casco de ace-

ro con incrustados de oro que habia sobre una mesa.

Los tres salieron.

—Estoy durmiendo, dijo Fernando IV á su ayuda de cámara.

—Bien, señor, le contestó este á la vez que hacia una profunda reverencia.

Dirigiéronse luego por una galería solitaria, bajaron una estrecha escalera, atravesaron un patio silencioso y oscuro, siguieron un pasillo tortuoso y largo, y al fin llegaron á un postigo.

Juan lo abrió con una llave que sacó de su limosnera, y pronto se encontraron en la calle.

Ni una sola persona se veia; no se percibia ni el mas leve ruido.

El eco de los pasos de aquellos tres hombres se repetia en el ámbito de las estrechas calles con la acompasada igualdad de la péndola de un reló.

Ninguno hablaba. Sin duda iban entregados á profundas meditaciones.

Dejaron atrás muchas calles, y al fin llegaron á una donde se levantaba un edificio de sombrío aspecto.

Detuviéronse.

Hubo algunos momentos de silencio profundo, durante los cuales examinaron una verja de hierro que cerraba una puerta como de seis piés de altura.

—Esta es, dijo el rey al bastardo.

Rodrigo no contestó, pero acercándose á la verja, asió dos de sus barrotes, hizo un esfuerzo como para abrir los brazos, y se doblaron los hierros con la misma

facilidad que se había roto la cadena de la lámpara.

—No es bastante, murmuró el bastardo.

Hizo otro esfuerzo, y uno de los barrotes se rompió.

—Ya está, dijo.

Y sin gran trabajo, dobló uno de aquellos trozos de hierro, de manera que quedó bastante claro para que pudiese pasar una persona.

—¡Bien, vive el cielo! exclamó el monarca.

—Señor, dijo Rodrigo, reprimid vuestro entusiasmo, porque el menor ruido puede perdernos.

—Adelante, repuso el monarca.

Uno tras otro, no sabemos cuál primero, entraron en la casa.

Como había dicho Violante, se encontraron en una galería, luego en un mal cultivado jardín, y casi á tientas llegaron adonde había una ventana grande practicada como á tres piés del suelo.

Entonces percibieron un confuso rumor de voces.

—Dentro están, murmuró el rey, cuyos ojos parecieron iluminarse.

Escuchó, acercándose á la ventana, pero solo alguna que otra palabra pudo entender.

—Don Rodrigo, dijo en voz baja, en ese aposento se conspira contra mi trono.

—¿Qué deseais? preguntó el bastardo á la vez que echaba atrás su capa y brillaban sus pupilas.

—Entrar, contestó don Fernando.

—¿Por aquí?

—Sí!

Rodrigo desenvainó su puñal.

—No hirais á nadie si no nos ofenden, dijo el monarca. Dejad que todos escapen, menos mi tío.

El bastardo apoyó su hombro derecho contra la ventana, y antes de un segundo se abrió, á la vez que estallaban las maderas con atronador crujido.

Oyóse un grito de espanto y el de ¡traidores! dado por Rodrigo al tiempo de saltar desde la ventana al centro de la habitacion.

Todo esto, la confusion y el levantarse muchas espadas amenazadoras, fué cosa de un segundo.

—¡Muera! gritaron los conspiradores.

Y sus aceros se dirigieron todos contra Rodrigo.

Empero en aquel instante el monarca, seguido de Juan, se precipitó en el aposento.

—¡Paso al rey! gritó esforzando su voz de niño.

Y echó atrás su capa y levantó orgullosamente la cabeza.

Su rostro infantil estaba en aquellos momentos terrible: inyectados en sangre sus ojos, cuyas pupilas brillaban como dos carbunclos, y agitados sus miembros convulsivamente á impulsos de la rábía que encendia su corazon.

La luz de una lámpara que pendia del techo parecia dar mayor palidez á sus en extremo pálidas mejillas.

Al resonar su voz cayeron al suelo muchas espadas, otras volvieron á la cintura, y los conspiradores, en confuso tropel, corrieron despavoridos hácia la puerta, porque creyeron que el monarca iria seguido de algunos

centenares de ballesteros; de otro modo no hubieran bastado las fuerzas ni el valor de Rodrigo para salvar la vida á su señor.

Nadie se opuso á la fuga precipitada de los rebeldes; pero cuando el viejo infante intentó seguir á sus partidarios, Rodrigo le asió por el cuello, y haciéndole retroceder, le dijo:

—No imiteis la descortesía de esos caballeros que vuelven la espalda á su señor: el rey viene á visitaros, y debéis darle gracias por el honor que os hace.

El infante rechinó los dientes, tembló su encanecida barba y su descarnada mano buscó la empuñadura de su puñal.

—Cuidado, repuso Rodrigo, que el que ha roto esa ventana puede ahogaros fácilmente.

En pocos momentos el salon se vió libre de los traidores.

Reinó el silencio mas profundo.

Libre el infante de la dura mano de Rodrigo, enderezóse lentamente y contempló al rey con rencorosa y audaz mirada.

—Infante, mi muy amado tio, dijo don Fernando con tono sarcástico, en verdad que es agradable el recibimiento que aquí se hace al monarca.

—Los ladrones y los asesinos, contestó el infante con acento reconcentrado, son los únicos que entran por las ventanas. Aquí, don Fernando de Castilla, dentro de mi casa solo yo soy el rey.

El monarca levantó orgullosamente la cabeza, y dan-

do á su semblante juvenil la espresion de la mas arrogante altanería, replicó:

—El rey es el rey en todas partes.

—Nó, don Fernando, y acabais de hollar los fueros de la nobleza castellana. Cuando el rey entra en el territorio, castillo ó palacio que pertenece al señorío de algun noble, no lo hace sin haber obtenido la vénia del señor ó del alcaide que lo representa.

—¿Quereis discurrir ahora sobre los fueros de la nobleza de Castilla? Es asunto que no me agrada. Todo os lo concedo, sois aquí el rey; pero á fé que vuestros cortesanos se portan bien con vos: al primer asomo de peligro real ó imaginario, os abandonan despavoridos.

—¿Queriais que esperasen á que vuestros ballesteros los degollaran como á una manada de ovejas? ¿Qué hubieran podido diez ó doce hombres contra los muchos, quizás ciento, que os seguirán?

El rey soltó una carcajada burlena hasta el insulto.

—¿Dónde están mis ballesteros? dijo cuando hubo desahogado aquel arranque de hilaridad. ¡Mi comitiva la componen dos hombres, y se os han figurado doscientos!... ¡Cómo turba y acobarda el delito!

Don Enrique bajó la mirada confuso y avergonzado.

—Don Rodrigo, prosiguió el rey, colocaos junto al infante, y al primer grito que dé pidiendo socorro, atravesadle el corazon con vuestro puñal.

—¿Quereis asesinarme? preguntó don Enrique. En tal caso tened entendido que moriré defendiéndome.

—Esto no es mas que una precaucion por si intentais

llamar á vuestros criados para que os ayuden : he venido de paz, como amigo, solamente para haceros una visita. Ya sabéis que está en Leon la flor de mis caballeros, y me fastidio de noche solo en mi palacio. Supe que os reuníais aquí todas las noches y que pasábais las horas departiendo agradablemente sobre asuntos de mucho interés, y quise participar de vuestra distraccion. Hablemos con calma.

Fernando IV habia recobrado ya toda aquella serenidad impasible con que algunos años despues presenci6 lo sucesos de mas importancia.

—¿Qué quereis? preguntó el infante con arrebatado acento y á la vez que apretaba los puños.

—Hace mucho tiempo, repuso el monarca, que intento averiguar en qué consiste que las discordias no cesan en mis reinos, y don Rodrigo me ha sacado del apuro, haciéndome observar que hay muchas cabezas para una sola corona.

—¿Y sobra la mia?

—Sí, sobra, y tambien la de vuestro sobrino, ó sea mi tio don Juan, á quien con razon llaman el *Descoronado*: la de don Diego Lopez de Haro, á quien apellidan el *Avariento*: la de don Juan Nuñez de Lara, á quien dicen el *Mudable*, y algunas otras mas.

—Bien, repuso don Enrique, pensais no dejar mas que una cabeza, puesto que no hay mas que una corona.

—Exactamente: he pensado como vos, y no es extraño cuando por nuestras venas corre la misma sangre. Si

en todo hubiérais estado siempre tan conforme conmigo, no os hubiese visitado esta noche.

—¿Quereis burlaros de mí? dijo el infante con tono amenazador.

—Nó, porque yo respeto mucho las canas, contestó el rey.

Y desplegó una sonrisa burlona. Aquel niño empezaba á usar de la mordacidad, que mas tarde se convirtió en el sarcasmo, en la indolencia y en el desprecio de todo, que le costó la vida en la flor de su edad.

—Habeis alcanzado esta noche un gran triunfo, dijo don Enrique.

—Cuando yo apenas tenia uso de razon y no contaba con otro apoyo que el de mi madre, débil mujer, tambien alcanzásteis honrosa victoria apoderándoos de mi autoridad. Ahora de puro viejo sois niño en lo débil y caprichoso, y yo invado vuestra casa sin vuestra licencia, como vos invadisteis mis reinos. Justo es que se pague en la misma moneda que se recibió. Decidme ahora si he hecho mas que imitaros, como cumple á un sobrino admirador de su tio. Me habeis llamado traidor porque llegué hasta aquí por la ventana, y la traicion, de vos la aprendí. En el silencio de la noche conspirábais para despojarme de mi corona; y yo, por seguir vuestro ejemplo, en el silencio de la noche tambien he venido para despojaros de la cabeza: no puedo cortar por mas arriba, porque no teneis corona; si yo no la tuviese, como yo hago, cortaríais por la garganta para quitar alguna cosa de mis hombros.]

Durante este discurso, que rebosaba hiel, pronunciado con burlona dulzura, el infante sufrió horriblemente, como pudo advertirse por las centellas que se escapaban de sus ojos y por las violentas contracciones de sus miembros.

—¡Vive Dios, que el sufrimiento se me acaba! ¡Bien aprendísteis de vuestra hipócrita madre! Decidido estais á asesinar me; hacedlo, pues, sin burlaros; hacedlo pronto, así lo quiero, y si no os obligaré á matarme, arrojándome sobre vos.

—Sois muy desagradecido, don Enrique. Vuestra sentencia de muerte está pronunciada; pero quiero dispensaros una gracia que no mereceis. El verdugo tiene ya la orden de esperar á un delincuente, y en este momento estarán hechos ya todos los preparativos para que antes de dos horas vuestra cabeza haya rodado y amanezca mañana en la punta de una pica delante de mi palacio. Sabéis que vacilo y cambio de parecer fácilmente antes de decidirme á ninguna cosa, pero esto es efecto de que no me tomo el trabajo de fijar la atención; pero también sabéis por experiencia, que cuando llego á decidirme, nada me hace desistir. Así sucede con respecto á vos, y os entregaré al verdugo antes de una hora si no preferís lo que voy á proponeros.

El coraje habia dejado lugar al espanto en el alma de don Enrique, porque sabia que el rey, una vez decidido, no retrocedia.

—¿Qué me proponéis? dijo el infante despues de un momento de pausa.

Juan palideció y Rodrigo sintió escitada su curiosidad.

—Os propongo, repuso el monarca, que os enveneneis para evitar la deshonra del cadalso.

Don Enrique abrió desmesuradamente los ojos, y en su semblante se pintó el terror. No pudo articular una palabra.

El bastardo estuvo á punto de exhalar un grito, que contuvo trabajosamente.

—Esta noche, prosiguió Fernando IV con imperturbable acento, os habeis asustado al verme aparecer tan inesperadamente; y como ya sois muy viejo, nada de extraño tiene que la desagradable sorpresa produzca una enfermedad, y que esta enfermedad os cause la muerte en pocos dias. Así, nada padecerá vuestro honor, podreis disponer de vuestros bienes, y se os dará sepultura honrosa. ¿Qué decidís?

—¿Sois un miserable! exclamó don Enrique.

—Decid cuanto os plazca, que al que vá á morir debe concedérsele la libertad de maldecir á sus jueces.

—¿Conque me ofrecéis el cadalso ó el veneno?

—La muerte, como honrado ó como miserable traidor.

El infante apoyó sus manos en el respaldo de un sillón, porque le faltaban las fuerzas para sostenerse. Veia con pavor el fin de su vida, porque esta no se ama nunca tanto como en la vejez, cuando nos acusa la experiencia por el tiempo que hemos perdido: cuando se descubre á nuestra mirada un nuevo horizonte; cuando vemos una senda que hubiéramos podido seguir en la

juventud, haciendo inmensos beneficios á la humanidad y á la vez felices á nosotros. Si en la juventud se conociese el valor del tiempo, si se supiese aprovechar, no habria ningun hombre pobre, ningun hombre ignorante, la sociedad habria adelantado ciento ó mas siglos en su civilizacion, porque tantas horas y tantas fuerzas perdidas equivalen á un período de tiempo de incalculable número de años.

Rodrigo palideció.

El monarca esperó la respuesta de su tio con una frialdad y una calma impropias de su tierna edad.

Una espesa nube cubrió los ojos del infante; su corazon palpité con estremada violencia, y su encanecida barba y sus huesosas manos temblaron convulsivamente.

Trascurrió largo rato de silencio, durante el cual Fernando IV, con los brazos cruzados sobre el pecho y fija su mirada indiferente en el infante, parecia mas bien el niño que vé y contempla, pero que no comprende, que el hombre sediento de venganza que acaba de disponer de la vida de su enemigo. Con la misma calma, con la misma indiferencia, vió algunos años despues precipitar desde la cumbre de la peña de Martos á los Carbajales, y oyó que lo emplazaban ante Dios. Con la misma calma, con la misma indiferencia, recibió la noticia de la pérdida de muchos castillos y villas fuertes, y la de haberlos recuperado y ganar otros de importancia; y para que todo llegase á sus oidos, sin que se alterasen las fibras de su helado corazon, los gritos de victoria por la toma de Aleaudete resonaron en Jaen cuando el *Em-*

plazado monarca exhalaba el último suspiro ó acababa de morir, cuando ya nada podia conmooverlo.

— Bien convencido estaba el infante de que nada alcanzarían ni ruegos ni amenazas. No habia salvacion, debia morir; y esta idea, tras el primer abatimiento, despertó en él todo el orgullo de infante, de caballero y de hombre.

Como si un resorte de acero le impulsase, enderezó repentinamente su encorvada espalda, irguió la frente, brillaron sus ojos, y con breve acento dijo:

—¿Dónde está el veneno?

—Aquí, contestó el rey sacando de su limosnera de mallas de oro una cajita del mismo metal. Este tósigo mata lentamente y con tranquila agonía. Vivireis tres ó cuatro dias despues de tomarlo.

—¡Fortun! gritó el infante con voz firme.

A los pocos momentos se presentó un criado.

—Una copa de vino de Italia para S. A., añadió.

El criado salió.

—¿Reconoceis en mí, dijo al monarca, la sangre de los reyes de Castilla?

—Sí, contestó Fernando IV.

Ni Rodrigo ni Juan se atrevieron á decir una palabra.

Algunos momentos despues el sirviente volvió, trayendo una copa de oro llena del licor que muchos años despues, como ahora, fué conocido con el nombre de *Lacryma Christi*.

El infante tomó la copa con pretesto de servirla

él mismo, y volvieron á quedar solos aquellos cuatro hombres.

Momentos solemnes en que hubieran podido percibirse fácilmente los latidos precipitados de aquellos cuatro corazones.

No hubo un rostro que no apareciese pálido.

La mano con que don Enrique sostenia la copa, estaba trémula.

—Dadme el veneno, dijo.

Y un segundo despues, el contenido de la caja de oro pasó á la copa fatal.

—Dentro de tres dias, dijo el monarca, vais á morir. ¿Teneis alguna gracia que pedirme?

—El perdon de los que estaban aquí esta noche.

—Concedido.

—Don Fernando de Castilla, dijo el infante, me habeis juzgado como rebelde y traidor, pero no os dejo el derecho de que me llameis cobarde.

Y mientras su cabeza se abrasaba por la fiebre, y sus pupilas se encendian y sus miradas se estraviaban por el orgullo y por el despecho, su mano trémula, de miedo ó de coraje, llevó á sus lábios secos el borde de la dorada copa con el ánsia del extravío de la razon.

—Para ese veneno no hay antídoto, dijo el rey.

Y con mesurado paso se acercó á la ventana y saltó al jardin.

Rodrigo y Juan lo siguieron como dos autómatas que obedecen á sus resortes.

Don Enrique permaneció inmóvil algunos instantes;

y luego, como si despertase repentinamente, exclamó:  
—¡Vive Dios, que he de vengarme! ¡Fortun, Pedro, Santiago, á mí!

Tres hombres se precipitaron en el salon.

—¡Saltad por esa ventana, corred, alcanzad al rey, que no vá lejos, y matadlo, ó morireis vosotros!

Tal fuerza de expresion dió á sus palabras el infante, que los criados, sin detenerse un segundo, corrieron al alcance del monarca.

Este habia salido á la calle, pero de su boca no habia salido una palabra.

Rodrigo iba tambien silencioso, distraido y como quien no dá crédito á lo que vé, como quien duda si está dormido ó despierto.

El infante, segun las leyes, merecia ser castigado con la última pena; pero el hijo de doña Ines no sabia por qué aquella manera de hacer justicia le repugnaba. Y sin embargo, él, la noche antes, sin ser monarca y sin mas forma de proceso que su voluntad, habia dado la muerte á Gimena.

Cuando mas embebidos iban todos tres en sus meditaciones, sacólos de ellas el ruido de pasos precipitados que sintieron tras sí, y se detuvieron, echando mano á las espadas.

Los criados del infante en su turbacion no habian tenido la prudencia de acometer silenciosamente y á favor de la oscuridad, y así fué que encontraron prevenidos al monarca y á sus dos acompañantes.

—¡Mueran! gritaron los de don Enrique.

—¿Os envia el infante? exclamó Rodrigo cubriendo con su cuerpo el del rey: ¡Vive Dios, que ha de pesaros! ¡Traidor es hasta la muerte! ¡Atrás, villanos!

Y su acero se volvió y revolió con pasmosa velocidad destellando resplandores.

No permaneció ocioso Juan.

Rodrigo era un adversario muy temible.

—¡Dios de Dios! gritó.

Y un cuerpo cayó sin vida.

—¡Canalla! repitió.

Y un segundo combatiente, herido en la cabeza, midió también la tierra con su cuerpo.

El tercero huyó.

—Ahora, repuso el bastardo dirigiéndose al rey, pue-  
de V. A. acusar de cobarde á don Enrique, porque él mismo debió morir peleando antes ó despues de tomar el veneno.

Y los escrúpulos que hasta entonces le habian hecho cavilar, se dispararon al ver aquella cobarde traicion.

—Con razon os llaman el invencible, dijo el monarca á Rodrigo.

Volvió á reinar un profundo silencio, interrumpido solamente por el eco sordo de las pisadas de aquellos tres hombres.

La noche, encubridora de maldades y reina de los placeres, siguió su curso.

## CAPITULO XXII.

De cómo Rodrigo se despidió de doña María Diaz y de don Juan Alfonso y partió para Leon.

El rey, fatigado en extremo y con mas deseos de reposar que de ocuparse de otros asuntos, mandó á Rodrigo que dilatase su marcha para la noche siguiente, á fin de poderle dar las últimas instrucciones para don Alonso.

A las once de la mañana, Rodrigo, despues de haberse informado de la salud de don Juan Alfonso, fué á visitar á la esposa del infante.

Mucho habia sufrido la noble dama en pocos dias. El descubrimiento de los amores de su hija y el rapto intentado por el Brujo, le habian causado el mas vivo dolor, porque en ambas cosas no veia sino el anuncio de muchos males.

El carácter adusto, casi fiero, del infante don Juan, que no habia concedido nunca á su esposa un dia de ter-

nura, hizo que esta redujese á una sola afeccion todas sus afecciones, amando á su hija con una ternura sin límites.

Cuando anunciaron á la noble dama la visita de Rodrigo, hallábase sola en su aposento, entregada á tristísimas meditaciones.

El bastardo se presentó grave y triste, porque aun no se habian borrado de su alma las desagradables impresiones de los sucesos de la noche anterior.

—Perdonadme, señora, dijo, si vengo á molestaros sin vuestra licencia.

—Mucho me alegro de veros, don Rodrigo, le contestó doña María, porque solo vos podeis tranquilizarme con respecto á la suerte de mi hija. Solo vos puede darme algunas esplicaciones, porque los graves acontecimientos que han tenido lugar no pueden comprenderse fácilmente.

—Señora, sé que teneis un gran corazon, y por eso me atreveré á descorrer á vuestros ojos el velo que cubre un misterio horrible.

—Sí, amigo mio, hablad, que una madre tiene valor para todo; hablad, porque tal vez de vuestras palabras dependa la felicidad de mi hija.

—Felicidad por la que estoy pronto á sacrificarme. Me interesa mucho el reposo de vuestra hija; y aun cuando así no fuese, tengo el deber de velar por la suerte de don Juan Alfonso.

—Tanto, don Rodrigo, se os conoce por vuestras fuerzas y valor, como por vuestra nobleza y generosidad.

A nadie sino á vos puedo demandar ayuda en este trance.

—Contad con ella, señora.

—Dios os la premie.

—¿Y cómo está doña Sol?

—Triste, pero no tanto como los dias anteriores: la esperanza de que yo la protegeré en sus amores, y la noticia de que don Juan Alfonso está casi bueno, le han hecho recobrar mucho reposo.

—¿No ha sospechado nada?

—Nó, por el contrario; sin duda á efectos del narcótico, tuvo, segun me ha dicho, los sueños mas gratos que pueden imaginarse.

—¿Y vos, señora, no habeis adivinado la causa del atentado de ese hombre á quien llaman el Brujo?

—Mucho me ha dado que pensar, pero no he sospechado otra cosa sino que sea el instrumento de algun infame bastante rico para pagar semejantes crímenes.

—El Brujo, señora, no es hombre que se vende, y de ello teneis la prueba en que no ha robado á ninguna de sus víctimas.

—Entonces....

—Yo os aclararé el misterio con harta repugnancia, pero es preciso que lo sepais para que podais evitar lo que vuestra ignorancia no precaveria.

—Hablad, don Rodrigo, dijo la dama con visible agitación.

—Señora, ese hombre feroz y repugnante está enamorado de vuestra hija.

Doña María dejó escapar un grito de horror; sus

mejillas palidecieron mortalmente, y sus espantados ojos, estremadamente abiertos, fijaron en Rodrigo una mirada vaga, incierta.

—Tranquilizaos, señora, le dijo el bastardo; nada se debe temer por ahora: lo peor es lo repugnante de esa idea.

—Don Rodrigo, articuló la noble dama con acento ahogado, don Rodrigo....

—Señora, sed fuerte, que se trata de la felicidad de doña Sol.

—¡Ese mónstruo.... enamorado de mi hija!... ¡Oh!...

—Su pasión le costará bien cara.

—¡Dios mío! exclamó doña María.

Y de sus ojos brotaron lágrimas del mas intenso dolor.

Después de algunos momentos, la palidez de su rostro fué trocándose en un vivo carmin, secó su llanto, y en su mirada se pintó el orgullo, el desden y la altanería.

—¡La mofeta de don Alfonso X, exclamó, ocupa el pensamiento impuro de un miserable asesino!... ¡Oh!...

Don Rodrigo, ese crimen necesita un castigo ejemplar, acudiré al rey, revelaré este secreto á mi esposo, y aunque sea preciso un ejército para perseguir á ese infame, no quedará impune su horrible delito.

—Vos, señora, contestó pausadamente Rodrigo, no direis nada al rey ni á vuestro esposo, porque si algo ganábais con ello para vengar la ofensa, mas perderíais con el escándalo.

—¿Y quién se atreveria á dudar de la pureza de mi hija?

—¿Quién?... todo el que supiese que en momentos en que doña Sol no podía oponer la mas leve resistencia, habia estado en los brazos y á disposicion de un hombre que nada respeta en el mundo.

—¿Dudais vos?

—Yo no dudo, porque tengo pruebas que á nadie se pueden dar, porque nadie creeria que ese mónstruo, para mas gozarse en su triunfo, habia respetado la pureza de vuestra hija.

—Teneis razon, dijo con aire de abatimiento la dama.

—Ya veis, señora...

—Sí, este fatal secreto debe guardarse, aun á trueque de dejar impune el crimen.

—Para castigar al Brujo, basta mi brazo. A nadie teme sino á mí, porque conoce la superioridad de mis fuerzas. Ni se atrevió á luchar conmigo cuando acometió á don Juan Alfonso, ni tampoco intentó disputarme su preciosa presa cuando lo sorprendí con doña Sol en los brazos. Esto os probará que soy bastante para castigarlo.

—Os esponéis á perecer.

—Tranquilizaos, es cuestion de puños, y sé hasta dónde alcanza la fuerza de los míos.

—¿Y debo aceptar de vos ese sacrificio?

—Nada hago por vos, señora, contestó con sencillez Rodrigo; todo lo hago por don Juan Alfonso.

—Vuestra generosidad es digna de vuestra fama y de la noble sangre que corre por vuestras venas.

—Señora, dejemos este desagradable asunto, puesto

que estais advertida, y nada omitireis para la seguridad de doña Sol. He venido á revelaros este secreto y á despedirme de vos.

—¡A despediros!

—Esta noche saldré para Leon.

—¿Y quién velará por mi hija?

—El rey me manda partir.

—En nadie tengo confianza.

—Mi ausencia será corta, y creo que en los días que yo falte de Valladolid, el Brujo no hará ninguna tentativa, porque le juré matarlo y temerá que yo vigile noche y día.

—Pero bien puede suceder que sepa vuestra ausencia.

—Nó, porque he rogado al rey que guarde el mayor secreto, y me ha prometido hacerlo así. Os repito que pronto volveré: llevo la paz con las condiciones que ya conoceis, y como vuestro esposo las aceptará, nada tendremos que hacer allí y regresaremos sin perder un solo día.

—¿Y cómo el rey se desprende de vos, cuando corren hoy las mas alarmantes noticias?

—Sin duda se refieren al grave acontecimiento de haber sorprendido el rey una reunion....

—En la misma casa del infante don Enrique.

—Es verdad, pero escaparon con tanta prisa los conspiradores, que S. A. no pudo conocer á ninguno.

—¡Sobradamente sospechará!...

—No importa. El rey habló con su tío, hicieron las paces, y de ellas resultó el perdon de los traidores. Sé

que algunos caballeros salieron anoche mismo de la ciudad, que otros están escondidos, y muchos recelosos y dispuestos á defenderse; pero cuando sepan que el rey perdonó al infante y que este sigue tranquilamente en su casa, nada temerán, y volverán como si tal cosa hubiese sucedido.

—Esa clemencia....

—Al fin, repuso Rodrigo con sonrisa irónica, el monarca es un niño y carece de energía para imponer castigos severos.

—Sin embargo, don Rodrigo, á veces la debilidad es mas temible que la fuerza.

—Soy de vuestra opinion, y os confieso que mas me hubiera atrevido á rebelarme contra don Sancho el *Bravo* que contra el niño débil que hoy ciñe la corona.

—¿Y habeis visto hoy á don Juan Alfonso? preguntó la dama, que no pensaba sino en su hija.

—Sí.

—¿Y qué pensais de su padre con respecto á este asunto?

—¿Qué pensais vos de vuestro esposo?

—No cederá: ya sabeis los envejecidos resentimientos que median con don Alonso.

—Lo mismo pienso del padre de don Juan.

—¿Y si mi hija es víctima de su pasion?

—Para evitar que así suceda, debemos ponernos de acuerdo.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Que cada uno de nosotros nos encarguemos de vencer uno de los dos obstáculos que se presentan.

—Sepamos.

—Vos os encargareis de convencer á vuestro esposo, y yo al señor de San Lúcar.

—Difícil es.

—¿Y dejaremos de luchar por temor de no vencer?

—Teneis razon.

—Pronto veré á don Alonso, y si encuentro ocasion oportuna, le hablaré de estos desgraciados amores.

—Me estremece la idea de un mal resultado.

—Señora, es preciso que tengamos fé en la causa que defendemos.

—Ya conoceis el impetuoso carácter de mi esposo, pero se trata de la felicidad de mi hija, y para todo tendré valor: antes que dejar que la sacrifiquen á particulares rencores, me sacrificaré yo misma.

—Contad conmigo para todo.

—¿Y el Brujo?

—No os acordeis de él sino para hacer que vigilen la casa vuestros criados de mas confianza. En cuanto á su castigo, es asunto que me pertenece.

—¡Dios os premie tanta abnegacion!

—Cumpló con mi deber, repuso el bastardo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿Ya os vais?

—Disponed cuanto os plazca para Leon.

—Que el cielo guie vuestros pasos, don Rodrigo.

—El os dé entera felicidad, señora.

—Rodrigo se alejó de aquella casa, y triste y meditando como antes, se dirigió á la de Guzman.

Don Juan Alfonso lo esperaba con impaciencia.—

—¿La habeis visto? preguntó el mancebo apenas entró su amigo.

—A su madre.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que doña Sol se encuentra bien y contenta por el estado satisfactorio de vuestra salud.

—¿Pero con respecto á nuestro amor?...

—El de ella para su hija es mucho, y está dispuesta á luchar.

—¡Dios bendiga á la noble señora! exclamó el doncel en el mayor trasporte de tierna alegría.

—Sin embargo, don Juan, no hay que soñar con esperanzas que están muy lejos de realizarse.

—¡Oh! dejadme soñar.

—Nó, bueno es que penseis muy seriamente en vuestra situacion, porque así estareis prevenido á todo.

—¿Qué tengo que hacer mas que rogar á mi padre? y para eso cuento con vuestra ayuda.

—Eso es, con mi ayuda, lo que quiere decir que vos habreis de hacer algo. ¿No pensais que si el infante no cede, el amor propio herido de vuestro padre lo hará inflexible, aun cuando os vea morir?

—Y sucederá, contestó el jóven, pasando de la mayor alegría al mas estremado abatimiento.

—Ni hay que hacerse ilusiones que pueden ser luego durisimos desengaños, ni que desmayar.



—Procuraré seguir vuestros consejos, pero no me abandoneis.

—Contad conmigo.

—Gracias, amigo mío, repuso el doncel apretando con efusion las manos de Rodrigo.

Siguieronse algunas palabras, y poco rato despues, el bastardo salió para ir á preparar su viaje.

A las nueve de la noche se despidió del rey, montó á caballo á la puerta del palacio, y seguido de un escudero, se alejó.

Cuando hubo doblado la primera esquina, un hombre embozado hasta los ojos, se aproximó á la régia morada. Otro salió de ella, miró á todos lados como si temiese que lo observasen, y acercándose al primero, le dijo:

—Ya veis como no me engañé.

—¿Y estais seguro?

—Todo lo he escuchado.

—De manera que....

—Lo menos ha de tardar ocho dias, y eso á no ocurrir dificultades, como es muy posible.

—Tomad, dijo el embozado.

Y entregó un bolsillo á su interlocutor.

Separáronse.

La calle volvió á quedar solitaria y silenciosa. Me equivocó: dos arqueros estaban de centinela á la puerta del palacio, y sus pisadas se oían de vez en cuando.

## CAPITULO XXIII.

Donde el rey niño se presenta como viejo cortesano.

Mucho habia recomendado el monarca á Rodrigo la urgencia del mensaje, pero el bastardo no necesitaba esta recomendacion, porque se dejaba en Valladolid á don Juan Alfonso herido, á Sol espuesta á nuevos males, y á muchos nobles descontentos, recelosos y con mal dispuestas intenciones con respecto al rey. Así fué que apenas hubo salido de Valladolid, hirió los ijares del fogoso petro que montaba, y partió velozmente.

Entretanto, notábase en la ciudad mas silencio que de costumbre, y muy pocas personas atravesaban sus estrechas calles.

Si algun embozado se detenia para hablar con otro, hacíalo con cierta especie de misterio y de temor, dirínganse pocas palabras, y al fin concluian por decir:

—Es incomprendible semejante manera de obrar; pero

sea como quiera, es lo cierto que tenemos la tormenta encima.

Todos los nobles, ó la mayor parte de ellos, iban acompañados de dos, cuatro, seis y aun ocho escuderos bien armados.

Las diez serian, y el rey habia dado la órden de que pasasen á su cámara los caballeros que tenian la costumbre de visitarlo de noche.

Poco á poco fueron llegando algunos señores, ya con aspecto franco como quien no tiene nada que temer, ya con aire receloso como si no se encontrasen seguros allí.

Recibiólos el monarca á todos con un aire de amistosa bondad, que para algunos fué de buen agüero, mientras que para otros no significaba sino un disimulo, bajo el cual debian abrigarse intenciones siniestras.

Hallábase Fernando IV en un espacioso salon amueblado con grandes sillones forrados de tela de seda azul, macizas mesas de encina tallada y algunos taburetes y almohadones que habia cerca de un sillón, que se distinguia entre todos por la riqueza de sus adornos de plata, destinado á S. A. Las luces de dos lámparas de plata iluminaban el aposento y hacian brillar las bordadas túnicas y ricas armas de los caballeros.

Dos grupos ó hileras habian formado los concurrentes, uno á cada lado del monarca, y el intento, la casualidad ú otra causa habia reunido á los caballeros adictos al rey en uno de aquellos grupos, y en el otro á los mas conocidos por sus genios turbulentos, siendo estos algunos, y no pocos, de los que la noche anterior se encon-

traron en casa del infante, y que mas atrevidos ó menos prudentes, habianse presentado en el palacio tan dispuestos á adular como á ser traidores. El grupo de estos se hallaba á la derecha del monarca.

—Veo con satisfaccion, dijo el rey, que á pesar de hallarse en tierra de Leon muchos de mis buenos caballeros, puedo contar aun con una córte numerosa y lucida. Y sin embargo, esta noche se echan de menos algunos de mis mas adictos nobles. ¿Sabeis la causa de la ausencia de don Pedro Asurez, de don Juan García de Alcántara, del conde don Fadrique y de don Gomez Alvaro de Córdoba?

—De don Pedro Asurez y del conde don Fadrique, contestó uno de los que estaban á la derecha, sé que salieron de caza, y aunque con intencion de volver antes de la noche, quizás se hayan visto obligados á detenerse.

—Sentiria, repuso don Fernando, que les hubiese sucedido alguna desgracia, porque son de los mas valientes y leales caballeros de Castilla. ¿Y los demás?

—Don Juan García de Alcántara y don Gomez Alvaro de Córdoba, están enfermos, repuso otro.

—Está en desgracia la nobleza, contestó el monarca. Esos dos, enfermos, y tambien mi buen tio don Enrique; herido don Juan Alfonso y desesperado don Rodrigo.

—Sin contar, señor, los que han sido asesinados.

—Y gracias que don Juan Alfonso pudo salvarse de las garras de ese maldito Brujo.

—Con la ayuda de don Rodrigo, cuyas fuerzas todo lo vencen.

—¿Qué os parece de las fuerzas de don Rodrigo? preguntó el monarca á uno de los caballeros que tenía á su derecha.

—No he tenido ocasion de compararlas con las mias.

—De mucho me sirvieron anoche, repuso don Fernando. ¿No sabéis que sorprendí una conspiracion?

—Hoy se hablaba de eso en la ciudad.

—Pero afortunadamente escaparon los conspiradores antes de que yo pudiese conocer á ninguno.

—¡Afortunadamente!

—Sí, porque de otro modo me hubiese visto obligado á imponerles el castigo que merecen por su traicion, y no quiero que se derrame sangre por mano del verdugo, cuando tanta ha de verterse en la guerra contra los enemigos de la religion. Solo el gefe quedó en mi poder: lo perdoné; y como habreis sabido, no se ha dado orden de prender á nadie. Ha sido mi primer acto de clemencia, para fortalecerme mas al ejercer mi justicia.

Todos guardaron un profundo silencio.

En los lábios del monarca vagó una sonrisa.

—No lo tomeis á ofensa, prosiguió; pero como tal vez me escucha alguno de los conspiradores, quiero que sepa que puede vivir tranquilo, como si fuese el mas leal, porque desde hoy he borrado de la memoria cuantos escándalos se han dado, porque os repito que mi clemencia será el principio de mi rigor para castigar en adelante á cuantos olviden sus deberes.

—Creo, señor, que todos los presentes....

—Ya he dicho que desde hoy considero leales á todos

mis vasallos. Desde que empecé á reinar, las rebeliones han sido muy provechosas á los rebeldes, puesto que les han dado riquezas y honores: desde hoy el provecho será del verdugo, que tendrá muchas cabezas que cortar, ó yo perderé la mía en la demanda.

Los cortesanos inclinaron las frentes.

La del monarca se contrajo.

—Quiero ser rey: á quien me sirva, recompensaré; á quien me estorbe, quitaré de delante. Paz dentro de mis reinos; guerra en las fronteras. El que tenga ambicion, que conquiste con su lanza el oro y los castillos de los mahometanos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, se cruzaron entre algunos caballeros miradas de coraje. El semblante del monarca varió repentinamente de expresión, apareciendo dulce y tranquilo, y en sus labios volvió á vagar la helada sonrisa que casi siempre acompañaba á sus palabras.

—¿No os parece, dijo, que en celebridad de las paces con mi tío don Juan, y de que los reinos están completamente sosegados, debe celebrarse un torneo? Esta fiesta será como una despedida de los placeres, y un ensayo para la guerra que en la primavera del año venidero empezaremos contra los moros. Hace mucho tiempo que no damos ocasion á las damas para lucir sus bellezas ni á los caballeros para mostrar su galantería.

Un murmullo de aprobacion salió de los grupos de cortesanos; y en seguida el rey, con alegre tono y cariñosas palabras, habló con unos y con otros, mezclóse en

tre ellos, les preguntó por sus damas, y oyó placentero referir mil aventuras.

Reinó entonces, al parecer, la mas cordial franqueza; dividiéronse los nobles en muchos grupos, y entablaron conversaciones animadas y alegres.

Pasó así cerca de una hora, hasta que el monarca se despidió, y entonces los cortesanos fueron saliendo de la régia morada, de dos en dos, de tres en tres ó de cuatro en cuatro.

Empero á medida que abandonaban el salon, ó que se encontraban en la calle, los rostros de algunos cambiaban la espresion alegre por la mas enojada ó siniestra.

Como á todos no los podemos seguir á la vez, fijaremos nuestra atencion en dos de ellos, el uno como de cincuenta años, flaco, y de barba gris, ojos azules, mirada serena y reposado continente; y mas jóven el otro, de ojos verdes, pequeños y vivos, y de roja y escasa barba.

Al volver la primera esquina que encontraron, despidieron á sus escuderos y continuaron su camino.

—¡Vive Dios! exclamó el de mas edad. ¡Por Santiago, que el mancebo se ha mostrado arrogante!

—Un niño al fin, contestó el otro.

—Pero insolente sin igual.

—Mas que su padre.

—Don Enrique, la nobleza castellana no puede, no debe tolerar tamaños ultrajes.

—Teneis razon, don García, y por eso propuse lo que ninguno se atrevió á ejecutar.

—¡Y el rapaz nos amenaza con el verdugo!... ¡Por quien soy, que ha de costarle cara su insolencia!

—¿Y dudais que cumpla su amenaza?

—No será conmigo.

—¡Vive el cielo! don García, que anoche anduvísteis en estremo prudentes, ya que no cobardes.

—¿Pudimos hacer otra cosa? En el jardin debieron quedar todos sus ballesteros, bien armados y mas numerosos que nosotros.

—Pues bien, no olvidemos que se vá á celebrar un torneo.

—No debe esperarse hasta entonces.

—Ahora os aconsejo la prudencia que vos me aconsejábais en otra ocasion.

—Todo se acaba, don Enrique, y mi paciencia se acabó tambien.

—¿Quereis dar un golpe en falso?

—Al contrario, no tendremos mejor ocasion que la presente.

—No estamos conformes.

—Los caballeros mas adictos al rey se encuentran en tierra de Leon.

—Tenemos á uno, cuya astucia y cuyo brazo pueden mucho.

—¿Quién es?

—El maldito invencible, el bastardo, á quien Satanás confunda.

—Ya veo que ignorais cuanto pasa en Valladolid.

—No os comprendo.

—Don Rodrigo ha salido esta noche de la ciudad con la contestacion al mensaje que trajo don Juan Alfonso.

—¿Estais seguro de ello? preguntó don Enrique con tono de sorpresa.

—Como que yo lo he visto partir acompañado de un escudero.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Ya es tarde, ¡vive Dios!

—¿Pensábais darle caza?

—Y no sé cómo no se os ha ocurrido el hacer salir en su seguimiento á seis ó siete de vuestros criados.

—¿Olvidais que seis ó siete hombres son nada para el bastardo?

—¿Conque tenedes por ahora un enemigo menós?

—Esa noticia me ha costado algunas doblas, pero las he dado de buena gana.

—Bien, ¡voto al diablo!

—¿Os vais convenciendo de que no debe esperarse al torneo?

—No del todo.

—Ya vereis lo que dicen nuestros amigos.

—Veremos, don García.

Esto diciendo, llegaron á la puerta de una casa, y el mas anciano dió en ella tres golpes.

La puerta se abrió y se asomó un criado.

—¿Quién es? preguntó á la vez que presentaba la punta de un puñal.

—Soy yo.

—Pasad, señor.

—¿Han venido algunos? preguntó don García.

—Cuatro, señor, y esperan donde siempre.

Los dos caballeros entraron, subieron, y llegaron á un espacioso salon amueblado ricamente, iluminado por dos grandes lámparas, y en el cual esperaban los cuatro hombres de que el sirviente habia hecho mencion.

Saludáronse todos afablemente, sentáronse, y aguardaron á otros, que fueren llegando con intervalos muy cortos.

Al fin se reunieron diez; y el llamado don García, que al parecer era el dueño de la casa, pidió que le escuchasen.

Siguióse un silencio profundo.

Todos los semblantes se anublaron como si una idea muy desagradable brotase á la vez y repentinamente en todas aquellas cabezas.

Escuchemos.



—¿Quién es? preguntó á la vez que presentaba la guita de un buñol.

—Soy yo.

—Pase, señor.

—¿Han venido algunas? preguntó don García á don

—Custodio, señor, y espere, donde siempre.

Por los capilleros entraron, subieron y llegaron á un espacio salón amueblado ricamente, iluminado por

dos grandes lámparas, y en el cual esperaban los cuatro

hombres de que el sirviente había hecho mención.

Estaban todos al momento, sentados, y aguardaban á otros, que fueran llegando con intervalos muy

cortos.

Al fin se reunieron diez, y llamado don García,

que al parecer era el dueño de la casa, pidió que se

guisara un silencio profundo.

Entonces los señantes se arrojaron como si una idea

muy desagradable les pasase á la vez y repentinamente en

todas aquellas obras.

Escuchemos.



—¿Qué es esto? preguntó don García.

—Es un discurso y debe ser leído.

## CAPITULO XXIV.

Siguen las conspiraciones.

Don García contempló por un instante á los caballeros que le rodeaban. Sus ojos se inflamaron como encendidos por el contacto de una chispa eléctrica; sus facciones se contrajeron; apretó los puños, y exclamó con acento de cólera:

— ¡Vive Dios, que tales ofensas no pueden quedar sin venganza!

Este exordio extraño anunciaba un discurso mas extraño aun.

— ¡Y nos vengaremos! dijeron á una voz los presentes.

— Amigos míos, prosiguió don García, ese rapaz en cuyas sienes descansa la corona, ha tenido bastante audacia para introducirse como un ladrón en el palacio de un infante de Castilla, y para tratarnos como á villanos. Todos lo habeis oido esta noche, y es inútil que yo

trate de haceros comprender las consecuencias que han de seguirse, si la nobleza de los reinos se deja humillar de esa manera. No se respetan nuestros fueros, se nos amenaza con el verdugo, se nos trata de traidores públicamente. ¡Venganza, nobles castellanos!

—Nadie sino vos nos ha detenido aconsejándonos prudencia, contestó uno de los caballeros.

—Es verdad, añadió otro, y el golpe ha debido darse cuando los defensores del rey se hallaban fuera de Valladolid, los unos en Murcia y los otros en Leon.

—Es verdad, pero eso ya no tiene remedio, contestó don García, y ahora me encuentro dispuesto á todo.

—No debemos dar lugar á otro suceso como el de anoche.

—Acabemos de una vez.

—Los reinos están cansados de que los gobierne una mujer, porque el monarca nada hace sino lo que le aconseja su madre.

—Calmad vuestro arrebato, dijo entonces don Enrique. Es menester pensar en todo.

—¿No érais vos de opinion de que no se detuyese el golpe?

—Entonces don Rodrigo se encontraba en Murcia y don Alonso en Leon.

—Ahora tampoco está el bastardo.

—Pero si los suyos, que son valientes y no pocos.

—¿Teneis miedo?

—¡Vive Dios, que cuando quite á don Fernando IV la

corona de la cabeza y la cabeza de los hombros, no me direis otro tanto!

—¿Entonces?...?

—¿Con qué fuerzas contais para vencer?

—Yo haré venir cien peones y veinte lanzas.

—Y yo doscientos.

—Y yo ochenta.

—Y cien lanzas y trescientos peones el infante don Enrique.

—No prosigais, dijo el de los ojuelos verdes, sin decirme antes cuándo estará vuestra gente en Valladolid.

—Los míos, dentro de doce días.

—Los míos, antes de ocho.

—Basta, señores. Pensad que de aquí á seis días tendremos en la ciudad al señor de San Lúcar y á los demás caballeros que lo acompañan; y aunque el ejército del rey no podrá llegar tan pronto, bastan ellos, que son muchos y de las mejores lanzas de Castilla.

—¿Cuál es vuestra opinion?

—Que esperemos al torneo.

—En él estarán los partidarios del rey.

—Pero desprevenidos.

—Yo tambien pienso como vos.

—Decidíos, señores.

Meditaron algunos instantes, y al fin dijo don Garcia:

—Veo que os inclináis al parecer de don Enrique: en buena hora sea: aplacemos nuestra venganza, si ha de ser el éxito mas seguro.

—Sepamos vuestro plan, don Enrique.

—Mi plan consiste en que desde mañana aparentemos ser los mas adictos al rey, para evitar que sospechen. No volver á reunirnos sino la víspera del torneo, por si el rey llega á saber que conspiramos; y mientras, con toda la prudencia que nos sea posible, reuniremos nuestras fuerzas, á fin de que estén preparadas para entonces.

—¿Nada mas?

—De los pormenores trataremos cuando llegue el día, porque varían segun las circunstancias.

—¿Y no sería conveniente, dijo don García, quitar entretanto de en medio á los principales de nuestros enemigos, para evitar que descubran nuestros planes?

—Uno solo es temible en ese concepto.

—¿Cuál?

—El bastardo.

—¿Y don Alonso Perez de Guzman?

—Es sábio en el consejo, terrible en la pelea, pero jamás sospecha de nadie, le parece imposible que se conspire: lo conozco, y estoy convencido de que no se le ocurrirá desconfiar de nuestras estudiadas apariencias.

—Teneis razón.

—Don Rodrigo, ya es otra cosa, porque su astucia es mas temible que su brazo. Seguro estoy de que él ha descubierto las reuniones en casa del infante, y de que él aconsejó al rey el golpe de anoche.

—Pues bien, quitémonos ese estorbo.

—¿Y cómo?

—Es difícil.

—A vuestro ingenio, don Enrique, no le faltarán recursos para tender un lazo al invencible, desmintiendo así este nombre.

Don Enrique meditó un buen rato; sus ojuelos brillaron extraordinariamente, y dijo:

—No nos estorbará el bastardo.

—Sepamos vuestro plan.

—Lo encerraré en mi castillo del Roble, y después de encerrado, no volverá á salir sino para ser decapitado públicamente cuando tengamos nuevo rey.

Todos miraron con sorpresa á don Enrique.

—¡Encerrar á ese leon! dijeron algunos.

—¿Estais loco, don Enrique?

—No os pido ayuda para esta locura.

—Pero sepamos....

—Cuando llegue el momento os lo diré.

—Y aunque decís que para nada nos necesitais en la que tenemos por muy dificultosa empresa....

—No rehusaré vuestra ayuda si se hace precisa.

—¿Estais decidido á guardar el secreto?

—Sí.

—¿Pero tenéis confianza?...

—Completa.

—Bien, ahora pongámonos de acuerdo en lo demás.

—Creo que nada queda que añadir á lo dicho, repuso don Enrique. Nos reuniremos otra vez la víspera del torneo, y entretanto nos mostraremos vasallos leales y sumisos, aduladores, amigos del señor de San Lúcar y entusiastas de las prendas con que naturaleza dotó al bastardo.

—¿Y estará conforme el infante con nuestro plan?  
 obu—Con cualquiera, si le ofrecemos la corona.

—¿Y se la daremos?

—El infante don Juan, el infante don Enrique y don Alonso de la Cerda se disputarán luego la corona, y nosotros ayudaremos al que haya de recompensarnos mejor. Lo que importa antes que todo es que don Fernando IV deje su puesto, porque en las revueltas que han de seguirse, ocasiones tendremos de ganar sin esponernos á perder.

—Don Enrique, sois el mas cuerdo de todos nosotros.

—Si tal pensais, tened confianza en mis consejos.

—La tenemos ciega.

—¡Juremos venganza! exclamó don García.

—¡La juramos! repitieron los conspiradores.

Y sus puñales brillaron fuera de la vaina, como si ya tuviesen delante al enemigo comun.

Pusiéronse de pié, y como fantasmas que silenciosamente desaparecen, así fueron saliendo unos tras otros del salon.

Don García quedó solo, y como embriagado con las ideas de ambicion, permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados. Si la esperanza atravesaba su mente, la risa asomaba á sus labios blanquécinos y secos; si la venganza se despertaba en su pecho, sus ojos se iluminaban, sus facciones se contraian horriblemente, crispábanse sus manos y luego apretaba la empuñadura de su puñal.

obu Cuando el hombre sueña despierto, no siente pasar

las horas; su imaginacion corre en pos de la dicha que concibe, como si intentase palparla con sus manos; y como por mas que vuela no encuentra sino la esperanza, atraviesa el espacio, se agita, se revuelve, y la vé mas cercana cada vez á medida que crece su deseo; ya vá á tocarla, el desvarío se apodera de la razon, y llega al término de su afan. Entonces la sonrisa del triunfo agita sus lábios con temblor febril.... empero despierta de pronto, la realidad sustituye á la vision amada, la impotente desesperacion á la ilusion engañosa, y el cansancio y la enervacion á las fuerzas de la locura.

Don García pasó por todos estos períodos durante algunas horas, y comenzaron á extinguirse las luces que hacian resplandecer los lujosos muebles del salon.

El término de su embriaguez llegó al fin, el desengaño tras el engaño.

Algunos momentos despues descansaba en su lecho, y luego dormia, pero con el sueño del que escucha las acusaciones de la conciencia.





## CAPITULO XXV.

De lo que aconteció á Rodrigo en su viaje á Leon.

Seis horas llevaba de camino el bastardo sin que nada le aconteciese, pues no habia encontrado una sola persona.

Amo y criado atravesaban un estrecho y pedregoso sendero que corria entre una cordillera de montecillos arenosos y un espeso bosque de encinas; y como la ma-  
drugada estaba húmeda y el frio se dejaba sentir bastante, subian hasta los ojos el embozo de sus anchas capas para resguardarse del uno y de la otra.

Ya llevaban buen trozo de camino sin dirigirse la palabra, cuando el escudero, á fuer de antiguo sirviente, se tomó la libertad de decir á su señor:

—Me parece que si seguimos obligando á nuestras cabalgaduras lo mismo en este desigual terreno que en

el buen camino , habremos de quedarnos á pié antes de que venga el dia.

—Tenemos que aprovechar el tiempo , contestó Rodrigo.

—Bien , pero vuestro potro dá señales de estar cansado , segun la desigualdad con que marcha , y mi yegua parece que no siente el acicate.

—Aunque revienten los dos , tenemos que darnos prisa.

—¿Y si nos quedamos á pié ?

—Resistirán siquiera hasta que encontremos otros caballos.

—Escasos andarán por estos contornos.

—Con tal que los haya...

—Y quieran venderlos....

—Nadie se resiste á vender un caballo cuando se lo pagan bien y le enseñan tras la bolsa una daga.

—Es verdad.

—Me alegro que te convenzas ; y puesto que ya no temerás quedarte á pié , obliga mas á tu yegua para que salgamos pronto de este maldito sendero.

—Perdonad , señor , interrumpió el escudero.

—¿Qué te ocurre ?

—¿No habeis oido?...

—Nada.

—Juraria que habian sonado voces.

—¿Tienes miedo ?

—Miedo , señor !

—Entonces duermes y sueñas.

—Quiéralo Dios, porque en estos sitios...

—Te repito que tienes miedo.

—Un poco mas adelante asesinaron al buen caballero don Lope de Carmona, y robaron y maltrataron...

—¿Qué nos importa lo que ya pasó? Ten cuidado con lo que pueda suceder.

En aquel momento se percibió mas claramente el eco de una voz humana.

El escudero se estremeció, como hubiera sucedido á cualquier hombre, escepto Rodrigo, en aquel solitario paraje y envuelto en las mas densas tinieblas.

—¿Y ahora no habeis oido?...!

—Sí.

—Ya veis....

—Abre si es preciso el vientre á la yegua, y corramos.

—¿Hacia atrás?

—¡Hacia adelante, vive Dios! ¡Algún desgraciado necesita ayuda!

Y sin decir mas, Rodrigo echó atrás su capa, empuñó el hacha de dos filos que llevaba en el arzon, y partió velozmente hácia el sitio en que sonaban las voces.

El escudero embrazó la lanza que llevaba de su señor, y lo siguió, á pesar de la resistencia que quiso oponer su cabalgadura.

A los pocos momentos encontraron en una reducida llanura que entraba en el bosque, á cinco ginetes. Uno se defendia con su espada de los cuatro restantes, y juraba morir antes que entregar el caballo y el bolsillo.

Rodrigo oyó las amenazas y los gritos y el choque de los aceros; vió, aunque confusamente, el grupo de los acometedores que rodeaban al acometido, y por algunas palabras pudo comprender fácilmente que aquel solitario caminante habia caído en las garras de los ladrones y asesinos que infestaban aquellas cercanías.

Pensar y obrar, fué para el bastardo cosa de un segundo.

Afirmóse en los estribos y levantó el hacha.

—¡Atrás, villanos! ¡Sancho, á mí! gritó.

Y cerrando contra los bandidos, comenzó á dar terribles golpes, mientras el escudero le secundaba animosamente.

—¡Atrás, vive el cielo!

Los asesinos juraron, amenazaron y gritaron; pero al compás de sus juramentos, de sus amenazas y de sus gritos, el hacha de Rodrigo y la lanza del escudero, amen de la espada del que debió ser la víctima, pusieron por tierra á dos de los enemigos.

Los otros dos retrocedieron.

El caballo de uno de ellos quedó sin vida de un hachazo, y el jinete murió de una lanzada.

El cuarto huyó internándose en el bosque.

—¡Voto al diablo, mis buenos caballeros, que os debo la vida! dijo el favorecido cuando se hubo asegurado.

—¿Estais herido? le preguntó el bastardo.

—Un rasguño en esta pierna.... no es nada.

—Veámos!

—Ya me estoy poniendo el pañuelo.... no es nada, no es nada.

En efecto, no era mas que un rasguño, y cuando se lo hubo vendado, se acercó á Rodrigo para darle las gracias.

Los primeros crepúsculos de la aurora, aunque muy débiles, empezaban á disipar las tinieblas de la noche.

—¡ Señor ! exclamó el desconocido. ¡ Qué felicidad! ¡ Don Rodrigo!

—¿ Quién sois? preguntó este, examinando el rostro del que le nombraba.

—¿ No me conocéis?

—¡ Ah!... sí.... Pablo....

—Es la tercera vez que me salvais la vida.

—¿ Hacia dónde caminas?

—Voy á Leon.

—¿ No sirves ya á don Enrique de Alvarado?

—Sí, señor.

—Pues hace mucho tiempo que no te he visto en Valladolid.

—Porque estoy en el castillo del Roble, que como sabéis, es propiedad de mi señor. Hace dos dias fui á la ciudad, y ayer por la tarde me mandó don Enrique llevar una carta á su primo don Manuel.

Rodrigo meditó algunos instantes.

—Llevamos el mismo camino, dijo.

—¿ También vais á Leon?

—Cerca.

—Tendré el honor de acompañaros. ¿Cuándo os pagaré las tres vidas que os debo?

—Quizás muy pronto.

—Me alegraré.

—No perdamos tiempo y prosigamos nuestro camino.

Pusieronse en marcha.

—De Dios está, dijo el escudero de don Enrique, que he de deberos la vida.

—¿Y cómo te has aventurado, repuso Rodrigo, á venir de noche por estos lugares?

—Señor, el que sirve no tiene mas remedio que obedecer.

—Muy urgente debe ser el negocio que te han encomendado.

—Por lo menos mi señor me dijo que no me detuviera un instante.

—¿Sabes el contenido de la carta que llevás?

—Nó, señor.

—Yo sí.

—¿Que lo sabeis! dijo admirado el escudero.

—Esa carta contiene ciertas noticias sobre una conspiración en que don Enrique hace el principal papel.

—Creo que os equivocáis.

—De nada sirve que te hagas el ignorante sobre lo que sabes tan bien como yo y como todo el mundo.

—Señor....

—Ya sabes que no me gustan los hipócritas, y extraño que tú lo seas, cuando la franqueza ha sido siempre tu mejor cualidad.

—Pero una cosa es franqueza...

—¿Y otra es indiscrecion? Es verdad, y no te pido que me reveles ningun secreto que te se haya confiado, pero tampoco me agrada ver cómo te haces de nuevas en asuntos que todos conocen.

—Sin duda haceis referencia á la sorpresa...

—Justamente, y debes saber que yo acompañaba al rey cuando se presentó en la cámara donde el infante y otros caballeros estaban conspirando.

—Bien, pero don Enrique...

—Estaba allí, nadie me lo ha dicho, sino que yo lo ví, y por cierto que fué el que primeramente me acometió y el último que huyó.

—No puede negarse que es valiente...

—Lo que no puede negarse es que siempre ha sido traidor y desleal.

—Yo lo sirvo, y en lo demás no me entrometo.

—Bien, pero puede sucederte que pagues las culpas de tu amo. Esta noche, sin ir mas lejos, has estado á punto de ser víctima, primero de esos asesinos, y despues de mí, que al saber que llevabas mensajes á uno de los rebeldes de Leon, deberia haberte cortado la cabeza, como es costumbre hacer con los que se ocupan en ayudar directa ó indirectamente á los enemigos del rey.

—¿Y no he de obedecer á quien sirvo y me paga?

—Es que no debe servirse á los traidores.

—¿Y qué seria entonces de los que tenemos este malhadado ejercicio de escuderos? ¿Dónde encontraría-

mos señor á quien servir, si dejábamos á un lado á los traidores, en una época en que casi todos lo són?

—Dices verdad; pero lo es tambien que te has hecho reo y que tu cabeza depende de mi voluntad.

—No me habriais salvado la vida para quitármela despues.

—Segun.

—Sois noble y generoso.

—Cuando encuentre buenas correspondencias.

—Por Dios santo que nos oye, ós juro que quisiera tener una ocasion en que arriesgar mi vida para ser-viros.

—No es eso bastante.

—Entonces....

—Otra cosa quiero de tí.

—¿Cuál?

—Que me contestes la verdad á cuanto te pregunte.

—Señor....

—¿No quieres?

—Ya os escucho, dijo el escudero con tono de resignacion.

—¿Qué te ha dicho don Enrique al entregarte el mensaje?

—Que corriese sin descanso.

—¿Nada mas?

—Que esperase las órdenes de su primo don Manuel.

—Prosigue.

—Ni una palabra mas.

—¿Me engañas?

—Os juro que es verdad cuanto os digo.

Rodrigo meditó algunos instantes.

—¿Qué hizo don Enrique cuando llegó anoche á su casa despues de haber sido sorprendido en la del infante?

—Mandó ensillar una yegua torda, que es la mas corredora de todos sus corceles; se armó de piés á cabeza; nos mandó armar á todos; y luego, unos nos colocamos junto á las puertas con hachas y mazas, y otros cerca de los balcones y ventanas con ballestas.

—¿Y luego?

—Se puso á escribir hasta que vino el dia.

—Bien.

—Entonces recorrió toda la casa, nos preguntó si habíamos observado en la calle alguna cosa, nos mandó que saliésemos á explorar los alrededores y á averiguar si se hablaba algo de prisiones; y cuando nuestras noticias lo tranquilizaron, me ordenó que fuese á preguntar al infante si ocurría novedad.

—¿Y viste al infante?

—Sí, señor; estaba en la cama aun.

—¿Qué te dijo?

—Que ninguna novedad ocurría, sino la de estar él algo enfermo, y que rogase á mi señor que fuese á visitarlo, añadiendo que no tuviese cuidado alguno en andar por la ciudad ni en dejarse ver del rey.

—Prosigue.

—Mi señor almorzó, salió, y me dijo que lo acompañase; fuimos á casa del infante, estuvimos allí hasta el

medio dia, y volviendo á nuestra posada comimos y me mandó partir para Leon con la carta que llevo.

—¿No te has olvidado de nada?

—De nada, señor.

—¿Lo juras?

El escudero pareció vacilar, y luego dijo:

—Mientras mi señor comia llegó don García, hablaron largo rato, y...

—Algo escuchaste de la conversacion.

—Os ruego, don Rodrigo...

—No seas ingrato.

—Solo pude oir algunas palabras.

—Repítelas.

—Don García dijo: «Podemos estar mas tranquilos, porque el bastardo se irá esta noche y nadie nos interrumpirá en mi casa.»

—¿Qué mas?

—No puedo decir otra cosa, porque no lo sé.

—¿Lo juras?

—Os lo juro por San Pablo mi patrón.

—¿Y no puedes darme ninguna otra noticia?

—Ninguna.

Rodrigo quedó silencioso, y al cabo de algunos momentos repuso:

—Ya sabes que te he salvado tres veces la vida.

—Es verdad.

—Ahora te la perdono, cuando debiera quitártela por traidor al rey.

—Señor...

—Mas aun: te permito seguir tranquilamente tu camino con esa carta que quizás encenderá una nueva guerra.

—Esta carta solo puede contener noticias de lo ocurrido.

—Contenga lo que quiera , podrás llevarla á don Manuel sin que yo te lo estorbe.

—Gracias , noble señor.

—Ya viene el dia : el sitio en que estamos no es peligroso, y puedes caminar sin miedo.

—Nunca lo he conocido.

—Lo sé.

—¿Os vais?

—Si ; tengo mas prisa que tú.

—Dios os proteja.

—Acuérdate de esta noche.

—Sé que os debo cuatro veces la vida.

—Una me la has pagado , dijo Rodrigo.

Y picando á su fatigado potro, se alejó seguido de su fiel escudero.



—Max como le permito según tranquilamente le ca-  
mino con esa carta que quizás encuentre una nueva  
guerra.

—Esta carta solo puede contener noticias de la con-  
tina.

—Contenga lo que quiera, puedes llevarla a don Ma-  
nuel sin que yo te lo estorpe.

—Gracias, noble señor.

—Ya viene el día de esto en que estamos no es pe-  
ligroso, y puedes caminar sin miedo.

—Nunca lo he conocido.

—Lo sé.

—¿O va?

—Si tengo mas prisa que la que tengo voy a  
ellos espoleado en un caballo de raza.

—Acuérdale de esta noche.

—Se que os debo cuatro veces la vida.

—Usando la has pagado, dijo Rodrigo.

Y picando a su fatigado potrillo, se aleja guiado de  
su fiel escudero.



## CAPITULO XXVI.

Buenas intenciones del infante don Juan y de sus amigos.

Doña María Diaz habia enviado un mensajero á su esposo, noticiándole el resultado de las proposiciones de paz: así fué que en Leon se sabia lo resuelto por el rey antes de que Rodrigo llegase al campo de los sitiadores.

El aspecto de la ciudad no era, pues, el de una plaza que espera los horrores de un asalto, sino el de la poblacion militar ociosa que se embriaga y juega la bolsa mientras llega el momento de jugar la vida.

Era el medio dia, y en el salon principal de una casa de suntuosa apariencia, hallábase el infante don Juan hablando con otro caballero de edad algo avanzada, pero robusto y de vigorosos miembros.

Su conversacion, que parecia bastante animada, fué interrumpida por un escudero que entró con un pergamino doblado y sellado.

—Acaban de traer esta carta para vos, dijo al caballero, entregándole el pergamino.

—¿De parte de quién?

—De vuestro primo don Enrique.

—Dejadnos y que espere el portador.

—Algun acontecimiento de gravedad, dijo el infante. No os detengais, don Manuel, y sepamos lo que ocurre.

Aquella carta contenia el relato minucioso de lo ocurrido en casa del infante don Enrique, y concluia diciendo:

«Esta aparente generosidad del rey no puede ser sino una emboscada para cogernos desprevenidos; pero de cualquier modo, no es tiempo de retroceder, ni han cesado los motivos de nuestras justas quejas. Además, cuando el infante me decia que el monarca habia dado su palabra de dejarnos tranquilos, y en prueba de ello comenzaba perdonándolo á él, noté cierta amarga ironía en su acento, que me hace sospechar algun misterio de importancia. Planes muy terribles debe haber contra nosotros. En todo esto se vé la mano de la reina viuda: suyo es el golpe, y suyo debe ser el consejo de la fingida clemencia. Puesto que los negocios de don Juan parecen arreglados, volvedos en seguida con cuanta gente podais reunir. El infante está enfermo, presiente su última hora, y yo tambien creo que no saldrá de su lecho sino para el sepulcro, segun se ha desfigurado en pocas horas su semblante, y atendiendo á que es muy viejo y su salud está de antiguo quebrantada. Tengo para mí que don Juan quedará dueño del campo: decidle que cuente conmigo para todo.»

«Venid al instante.»  
 Los negros ojos del infante brillaron extraordinariamente.

—¡Vive Dios! exclamó.

—Gran tormenta amenaza, dijo don Manuel; pero ninguna ocasión como esta para vos.

—A Valladolid, amigo mio, y yo tambien: mi tio se muere, los nuestros trabajan y la corona pide una cabeza, repuso don Juan con su natural lacónismo.

—¡Cómo! ¿Sin esperar la contestacion de don Fernando? Yo marcharé solo, pero vos...

—Tambien.

—No es prudente.

El infante dió muestras de impacientarse; y ya iba á contestar, cuando se oyó el eco de algunos clarines.

—¿Qué ocurrirá? dijo don Manuel.

Y ambos se asomaron á una ventana.

Pero pocos momentos despues, volvió á entrar el escaudero.

—Señor, dijo, un heraldo de don Alonso Perez de Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, ha llegado á la plaza y pide veros.

—Que venga, contestó don Juan.

—¿Será la contestacion del rey? dijo don Manuel. No podia llegar en momentos mas oportunos.

Algunos minutos despues entraba el heraldo, armado de todas armas, pero sin manopla en la diestra,

como en señal de que el guante habia sido arrojado al enemigo en otra ocasion y el combate estaba pendiente.

—Mi noble señor don Alonso Perez de Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, adelantado de las fronteras de Andalucía y alcaide de la fortaleza de Tarifa, os envia este mensaje en nombre de S. A. el muy noble y muy poderoso don Fernando IV, rey de Castilla, de Leon, de Asturias, de Galicia, de Toledo, de Sevilla, de Jaén, de Murcia, de Algeciras y de otros castillos, villas y lugares, y os requiere para que desde ahora hasta que el sol se ponga deis cumplida contestacion.

Así dijo el heraldo, y entregó el pergamino al infante.

—Esperad, dijo este, que quiero que vos mismo lleveis la respuesta; y leyó detenidamente el escrito.

Luego tomó la manopla de la diestra de una armadura de acero bruñido que habia sobre una mesa, y dijo al heraldo:

—Decid á vuestro noble señor don Alonso Perez de Guzman el Bueno, señor de San Lúcar, que acepto todas las condiciones contenidas en el real mensaje y me someto á la voluntad de S. A.; y que en señal de pleito homenaje, beso, ante vos testigo, esta manopla, considerándola la mano real, y os la devuelvo como prenda de paz. Y que para mas seguridad de lo dicho y como prueba de sumision al muy noble y muy poderoso rey don Fernando IV de Castilla y de Leon, saldré de

esta ciudad antes de una hora y acompañado solamente por algunos caballeros, y me encaminaré á Valladolid.

El heraldo tomó la manopla, se la puso con la más cómica gravedad, y levantó la visera, que hasta entonces habia tenido echada.

Luego salió.

—Don Manuel, dijo el infante con voz trémula por la alegría, disponed de mis tesoros y de mi gente como de cosa vuestra. Yo fingiré toda la sumision de un buen vasallo hasta que llegue el momento.

—Ese debe ser vuestro plan, contestó el caballero.

—Hay una corona sin cabeza, y yo tengo una cabeza sin corona.

—Para vos será, ¡vive Dios!

—¡A caballo, don Manuel!

Media hora despues salia de Leon una lucida cabalgata, á cuya cabeza iba el infante don Juan.

Dirigióse al campamento de los sitiadores; y don Alonso Perez de Guzman, acompañado de Rodrigo y de otros caballeros, recibió á los rebeldes.

Algunas palabras frias, de pura fórmula, mediaron entre el infante y el señor de San Lúcar, y luego se separaron, volviendo este á su tienda, donde quedó solo con Rodrigo.

Don Juan y los suyos tomaron el camino de Valladolid. Una nube de polvo los envolvió, y á los pocos minutos se perdieron de vista tras un montecillo.

Entonces, suelta la brida y pican do el acicate, par-  
tieron velozmente en confuso tropel.

— ¡Es menester llegar antes que ellos! gritó el infan-  
te. ¡Animo, vive Dios!

Y el polvo formó una blanca nube, que corría en pos  
de los caballeros, y el ruido del galope de los corceles  
se repetía en los valles y en los montes.



CAPITULO XXVII.

Mientras don Juan se alejaba, decía Rodrigo á don Alonso Perez de Guzman :

—¡No hay que perder un momento!

—Me parece, contestó el señor de San Lúcar, que no debo alejarme sin que antes quede asegurada la ciudad.

—Por esta parte nada hay que temer.

—Sin embargo, no quiero fiarme en las apariencias. ¿No es posible que nos tiendan un lazo con muestras de amistad y reconciliacion?

—Ahí teneis al señor de Villanueva, leal y valiente caballero, que puede quedar en vuestro lugar y ejecutar vuestras órdenes.

Don Alonso quedó pensativo.

—¿Y qué dirá el rey? preguntó al fin.

—Que somos sus mejores caballeros.

—Don Rodrigo....

—No vacileis, don Alonso. En Valladolid se conspira, como ya os he dicho, y la precipitada marcha del infante me hace sospechar que intentan alguna infame traicion mientras estamos ausentes.

—Tal me pintais los negocios....

—Os digo que peligra la vida del rey.

—¿Y cómo podremos llegar antes que el infante, cuando nos llevan tan buena delantera? Además, aun cuando los alcanzásemos, sospecharian al vernos....

—¿Habeis olvidado que en tiempo de don Alonso el Sábio, mi buen padre, aprendí á caminar mas aprisa que sus mensajeros?

—Llevan muy buenos caballos.

—Pero van por el camino que vos y todos conocen, mientras que nosotros cortaremos por sitios que he atravesado muchas veces y que nos ahorrarán grandísimo trecho.

—¿Y los dejaremos atrás antes de encontrarlos?

—Sí, don Alonso. No vacileis, os repito. Imitadme.

Y el bastardo llamó á su escudero para que lo despojase de su pesada armadura, quedando á los pocos momentos con solo su cota de malla y su casco sin visera.

—¿Qué haceis? le preguntó el señor de San Lúcar.

—Aligerarme de peso para no fatigar á mi caballo: el terreno que tenemos que atravesar es escabroso. Haced lo mismo vos.

No tardó mucho don Alonso en hacer otro tanto que Rodrigo; y despues de conferenciar algunos momentos

con uno de los caballeros que lo habían acompañado, mandó que lo siguiese uno de sus escuderos.

Algunos instantes después, el señor de San Lúcar y el bastardo, seguidos de sus sirvientes, se ponian en camino y ensangrentaban los ijares de sus corceles, que cortaban el viento como flechas.

Mientras que don Alonso, allá en sus adentros, se lamentaba del triste cuadro que presentaba la nobleza castellana, Rodrigo pensaba en Sol y en don Juan Alfonso, y se preguntaba si era oportuno hacer algunas indicaciones sobre los amores de estas interesantes criaturas. Al fin decidióse á nombrarlos para ver si la conversacion tomaba un giro conveniente á sus miras, y dijo á Guzman :

—¡Qué alegre sorpresa la de vuestro hijo cuando nos vea tan inesperadamente!

—Me habeis asegurado que nada debe temerse por su herida.

—Y os lo vuelvo á decir.

—No sé, don Rodrigo, lo que hubiese sido de mí si mi hijo hubiera muerto.

—Gracias á la casualidad, se ha salvado.

—¡Si lo hubiéseis visto en el encuentro que tuvimos con los rebeldes! dijo don Alonso poseido de orgullo paternal.

—Me han referido que se portó como el mas aguerrido caballero.

—¡Qué serenidad, qué brazo tan firme y tan cierto!... ¡Oh! no estrañeis mi vanidad, amigo mio. en

medio del combate olvidé muchas veces el peligro para contemplarlo.... ¡Vive Dios! Os repito que si muriese, yo también sucumbiría; estos golpes no pueden resistirse más que una vez.

—Y morir, tan cobardemente asesinado....

—¿Pero qué tiene esa maldita calle, que cuantos la atraviesan son víctimas de la ferocidad de ese monstruo?

—Se sospecha que está pagado por algún galán enamorado de doña Sol, que quiere así librarse de importunos.

—Hermosa es la dama, pero no merece su hermosura que se cometan tantos crímenes.

—Un hombre celoso es capaz de todas las locuras.

—¿Pero qué tienen que ver los celos de ese amante oculto y sangriento con mi hijo? ¿No piensan que entre la familia del infante don Juan y la mía se levanta un muro que no puede romperlo ninguna amorosa pasión?

—Como el amor es tan caprichoso, quizás sospecharían que don Juan Alfonso estaba prendado de doña Sol....

—Don Rodrigo, eso es imposible: todos conocen bastante á mi hijo para caer en semejantes errores, porque saben que un Guzman ahogaría á costa de su existencia cualquiera pasión, si esta había de manchar su nombre.

—Don Alonso, replicó con algún embarazo Rodrigo, razón teneis en todo, menos en pensar que mancharía vuestro nombre....

—¡Cómo, la hija de un asesino! exclamó Guzman fijando en el bastardo una mirada penetrante.

21 — ¿Es culpable doña Sol de los crímenes de su padre?

20 — Dejemos este asunto, don Rodrigo, porque solo la idea me estremece. Si yo viese á mi hijo luchando con su deber y la pasion, como luché en Tarifa con mi lealtad y mi cariño de padre.... ¡Oh!... No hablemos de esto, amigo mio; no hay para qué atormentarse con suposiciones, cuando tanto le atormentan á uno las realidades. No es posible que don Juan Alfonso llegue á enamorarse de doña Sol; pero si tal sucediese, que elija entonces entre su loco amor y su padre.

No creyó el bastardo oportuno aquel momento para seguir la conversacion, y guardó silencio por largo rato.

Ambos caballeros, pensativos y espoleando á sus fatigadas cabalgaduras, vieron tocar el sol en las cumbres de las montañas, ocultarse tras ellas, desaparecer las rosadas fajas del crepúsculo y cerrar al fin la oscura noche.

Volvieron luego á hablar, pero de los negocios públicos, sin que Rodrigo tuviese ocasion de tratar de los amores de don Juan Alfonso. Y como nada de particular les ocurrió en su viaje, evitaremos al lector la molestia de seguirlos paso á paso por el escabroso camino que llevaban, y nos trasladaremos á la puerta del palacio real, para aguardar descansadamente la llegada de los nobles viajeros.

Volvió á salir el sol y á ocultarse nuevamente; y ya serian las ocho de la noche, cuando se sintió el galope de caballos, y pronto llegaron cuatro ginetes á las puertas de la régia morada.

Caminaban de dos en dos, y los que iban detrás apeáronse y tuvieron la brida de las cabalgaduras de los otros, que tambien echaron pié á tierra, dando orden de que se llevasen los caballos, y entrando seguidamente en palacio.

Mientras subian la escalera preguntó uno de los caballeros al otro:

—¿Os sentís muy fatigado, don Alonso?

—No mucho. ¿Y vos, don Rodrigo?

—Nada.

—Parecis hecho de hierro.

—Lo mejor para estas ocasiones.

—Me parece que los habremos dejado atrás.

—No mucho, si han caminado á buen paso.

—¿Llegarán esta noche?

—Tengo para mí que no tardarán una hora.

—Y el infante se presentará en seguida al rey...

—Y nos encontrará con S. A., lo que no le será muy grato.

—¿Qué pensais de estas paces?

—Que serán como todas, y que don Juan conspirará como siempre.

Esto diciendo, llegaron á la antecámara.

—¿Está S. A? preguntó don Alonso á un sirviente.

—Sí, señor.

—Decidle que pide hablarle don Alonso Pérez de Guzman...

—Y don Rodrigo Hidalgo...

—Al instante, señores.

Pocos momentos despues entraron en el régio aposento.

Estaba el monarca en compañía de su madre, y ambos hicieron la mas lisonjera acogida á los recién llegados.

—¿Qué ocurre para que con tanta precipitacion hayais venido? preguntó el rey.

—Señor, una vez terminado el asunto de las paces con el infante, hemos creido conveniente no perder tiempo en venir á ponernos á vuestras órdenes.

—¿Nada mas que por eso habeis precipitado vuestra marcha? preguntó Fernando IV.

—Por si ocurría novedad, repuso el bastardo.

—Porque sabeis que se conspira, le replicó la reina sonriendo con amargura.

—Lo sospechamos, señora.

—¿Y de quién sospechais?

—De todos y de ninguno.

—¿No sabeis, don Rodrigo, que durante vuestra ausencia se me presentan mas sumisos y aduladores los que antes fueron mis mayores enemigos?

—Por eso debe desconfiarse mas que nunca.

—¿Y por qué no han de haberse arrepentido? dijo Guzman.

—Vos, don Alonso, replicó el bastardo, no os convenceis jamás de que la traicion y la ambicion son enfermedades incurables.

—Pero quizás el miedo....

—Son harto presuntuosos, señor.

—Sea como quiera, me alegro mucho de teneros aquí, repuso el monarca. Pero decidme el resultado de los negocios de mi buen tío, á quien Dios libre de alzarse otra vez contra mi autoridad.

En la frente pálida de Fernando se marcó una ligera arruga.

—El infante, señor, dijo don Alonso, ha aceptado cuantas condiciones le imponía V. A.

—¿Y se ha quedado en Leon?

—Salió de allí antes que nosotros, y quizás antes de una hora habrá llegado á Valladolid.

—¿Cómo habeis venido antes?

—Corriendo mas que él, ó mejor dicho, tomando un camino mas certo.

—¿De modo que cree?...

—Que aun estamos allí.

—Perfectamente. ¿Y la ciudad?

—Debieron ocuparla inmediatamente nuestros soldados.

—¿Trae mucho acompañamiento el infante?

—Algunos caballeros y sus criados, sin duda para venir mas aprisa.

Iba á replicar el monarca, cuando anunciaron al infante don Juan.

El semblante de doña María tomo una espresion de estremada severidad, y el de su hijo se animó con la mas dulce sonrisa.

Don Juan entró armado y cubierto de polvo.

—Perdonadme, señor, dijo al rey, si me presento de

un modo poco digno, pero no he querido perder un instante...

Al llegar aquí reparó en don Alonso y Rodrigo, que se habian separado algunos pasos. Sus tostadas megillas palidieron y su frente se contrajo.

—Proseguid, mi amado tio, le dijo el monarca con afable tonó. Proseguid, ó... venid á darme el abrazo de la reconciliacion, porque tomo por hecho el juramento de fidelidad. Ya sabeis que soy enemigo de ceremonias, sobre todo cuando trato con personas de mi familia.

Tal efecto le habia causado al infante la sorpresa que experimentó al ver á Guzman y á Rodrigo, que ni pudo articular una palabra ni hacer el menor movimiento.

El rey lo contempló algunos instantes, siempre conservando su dulce sonrisa, y añadió:

—¿En qué os deteneis? No temais que el polvo de la tierra de Leon ensucie mis vestidos, porque yo lo haré limpiar sin que quede ni la mas leve señal de él.

No acertó el infante si estas palabras tenian una segunda intencion, ó si eran inocentes, como dichas por boca de un niño. Es lo cierto que el monarca añadió:

—No hace muchas noches que nuestro anciano tio don Enrique me obsequió con una copa del mas esquisito vino de Italia; cayeron algunas gotas en este mismo vestido, y ya veis que ni aun la mas leve señal ha quedado.

—¿Qué significan estas palabras? dijo para si el infante.

—Pero no comprendiendo el sentido que las dictaba, procuró dominar su enojo y turbacion, y acercándose al rey lo abrazó ceremoniosamente.

—Sentaos, don Juan, dijo el rey, que estareis fatigado.

—Deseo, señor, repuso el infante á la vez que se sentaba, que el recuerdo de Leon se borre de vuestra memoria como el polvo de aquella tierra de vuestra vestidura.

—Tenedlo por borrado, porque me han sido muy satisfactorias las esplicaciones que poco hace me dió don Alonso.

—A quien no esperaba encontrar aqui, contestó don Juan.

—Ha corrido mas aprisa que vos, dijo la reina.

—O conoce otro camino mas corto, añadió el rey.

—Pero mas peligroso sin duda, replicó don Juan.

—Nunca hay peligros para servir al soberano, dijo el de San Lúcar.

—Ni para quien sabe vencerlos, añadió Rodrigo.

El infante no pudo contener una mirada de enojo que dirigió al bastardo y á Guzman.

—Os encontráis con una mala nueva, dijo doña Maria.

—¿Cuál?

—La de hallarse gravemente enfermo el infante don Enrique.

—Esa noticia recibí en Leon.

—Sin duda por don Manuel Alvarado, repuso Rodrigo.

—Por don Manuel... —

—A quien sin duda le escribió su primo don Enrique.

—¿Cómo lo sabéis? preguntó el infante algo turbado.

—Nada sé, pero sospecho que será así, porque es lo mas natural.

—¿Y no he podido saberlo por mi mismo tío? —

—No ha escrito á nadie desde que está enfermo, contestó Rodrigo.

—Parece que estais muy enterado.

—Por casualidad, como decia en otro tiempo vuestro amigo el abad de Valladolid cuando conspiraba con don Lope Diaz de Haro, que despues de ser revoltoso en vida, fué causa con su muerte de que vos y don Diego Lopez esteis tambien en perpétua guerra.

—Don Rodrigo...

—Pero en cambio, prosiguió este, de la mala noticia de la enfermedad de vuestro tío, os daré una buena con permiso de S. A.

—¿A qué os referís? preguntó el monarca, que parecia regocijarse con ver sufrir á su tío.

—Al torneo que disponéis, señor, contestó Rodrigo, y en el cual podrán lucirse los buenos caballeros.

—Supongo que no faltareis, dijo el infante al bastardo.

—No faltaré.

—Y si vuestras fuerzas no fuesen tantas, romperia yo con vos una lanza....

—Podeis hacer la prueba, don Juan, que no soy como dicen, invencible.

—¿Estareis con los mantenedores? preguntó el infante.

—Nó, á menos que S. A. me lo mande.

—Entonces con ellos me encontrareis, si S. A. me lo permite.

—Sereis de los mantenedores, dijo el monarca á su tio.

—¿Habeis fijado ya el dia en que ha de tener lugar el torneo? preguntó el infante.

—El primero de la Pascua de Navidad.

—Largo es el plazo.

—Falta poco mas de un mes.

Rodrigo se regocijó interiormente, porque hacia mucho tiempo que deseaba una ocasion en que desahogar el odio que sentia contra don Juan; pero pasado este primer impulso, se acordó del hijo de Guzman y de Sol, y casi arrepintióse de haber provocado aquel lance, en apariencia tan sencillo, pero que era en realidad un duelo á muerte.

Algunas palabras se cruzaron todavía entre el monarca y los caballeros; y estos, pretestando el cansancio del viaje, se despidieron.

Don Alonso y Rodrigo se retiraron á sus casas, y el infante, sin perder un momento, fué en busca de don Enrique de Alvarado, á quien encontró con su primo don Manuel.

Enrique, cuyas mejillas estaban en estremo palidas, carnosas sus labios y hambidos sus ojos. El vecino habia obrado con mas lentitud de la anunciada por el juicio, pero sin embargo, la muerte era cierta, y no quedaba al instante esperanza.

### CAPITULO XXVIII.

agotaban debilitábanse su razon, y el estado de la fiebre era lo que en algunos momentos le daba una falsa esperanza, que luego dejaba mas fatigadas su espíritu y su cuerpo.

El pacto. Dos dias habian trascurrido desde la noche fatal en que espirara la venenosa copa, y en medio de su lenta agonía, con la certeza de una muerte cercana, habianse vuelto en su cabeza mil proyectos de horribles venganzas, pero como querularios? No habia por sí mismo, y

Cuando el infante don Juan entraba en el palacio del rey, don García llegaba á la puerta de la casa del infante don Enrique.

Hallábase este acostado en un riquísimo lecho cubierto con anchas cortinas de seda azul con fleco de plata, y daba á un criado algunas órdenes, cuando le anunciaron la visita de don García.

—Que entre, dijo á su ayuda de cámara.

Y cuando este hubo salido, murmuró: Alonso de la

—Es mi última esperanza.

Don García penetró en la espaciosa estancia, tomó asiento junto á la cama del paciente, y vió que el rostro de este anunciaba cada hora una muerte mas cercana.

La luz de una lámpara de bronce que ardia colocada sobre una mesa, daba de lleno en el semblante de don

Enrique, cuyas mejillas estaban en extremo pálidas, cárdenos sus labios y hundidos sus ojos. El veneno habia obrado con mas lentitud de la anunciada por el judío, pero sin embargo, la muerte era cierta, y no quedaba al infante esperanza alguna de salvacion. Sus fuerzas se agotaban, debilitábase su razon, y el ardor de la fiebre era lo que en algunos momentos le daba una falsa energia, que luego dejaba mas fatigado su espíritu y su cuerpo.

Seis dias habian trascurrido desde la noche fatal en que apurara la venenosa copa, y en medio de su lenta agonía, con la certeza de una muerte cercana, habia revuelto en su cabeza mil proyectos de horribles venganzas. ¿Pero cómo ejecutarlos? No podia por sí mismo, y para interesar en ellos á sus antiguos partidarios, tenia que haberles revelado el secreto de su muerte, haber confesado que un niño le habia vencido, y esto era muy duro para el que habia sido dueño por algunos años de la autoridad real. Otra razon habia para que sus partidarios le volviesen la espalda, y era la de que ya nada tenian que esperar de él; y como solo la ambicion podia moverlos, se ocuparian en servir á don Juan ó á don Alonso de la Cerda. ¿Por qué habian de vengar á don Enrique? ¿Qué ganaban con ello? Para que tal hiciesen era menester ofrecerles algo, y nada podia ya ofrecer el anciano infante sino el secreto del envenenamiento, que podia ser en su dia un arma terrible contra el monarca. Todo esto lo pensó don Enrique, y al fin decidióse á

confiarlo todo á don García, á trueque de que lo vengasen antes de que él muriese, única satisfaccion que podia tener en sus últimos momentos.

—Así, pues, animóse la mirada del infante cuando vió á don García, y la fiebre se graduó mas repentinamente.

—¿Os sentís mas aliviado? le preguntó el caballero.

—No, amigo mio, le contestó el infante. Estoy peor, y es natural que así suceda, porque mi enfermedad no tiene cura.

—Tal os parece, y sin embargo.

—Sé el mal que padezco, interrumpió don Enrique con amargura, y es en vano que intenten animarme con palabras consoladoras. Ya tengo ordenados todos mis negocios, y nada me resta que hacer sino aguardar la hora postrera.

—Exagerais, don Enrique.

—No direis lo mismo dentro de algunos momentos: una palabra será suficiente para que quedeis convencido de que no hay remedio que me salve.

—Delira, dijo para sí don García.

—Sin duda, prosiguió el infante, pensais que la fiebre me trastorna, pero estais equivocado.

—Don Enrique....

—Dejemos esto y no perdamos un tiempo que debemos aprovechar mejor. Tenemos que hablar de un asunto muy grave.

—Como os plazca.

—Ya os he dicho que tengo ordenados todos mis negocios, es decir, los de intereses de familia; pero como

no son estos solamente los que reclaman mis cuidados, me quedan aun algunos que arreglar, y de los cuales deseo hablaros.

—Os escucho, dijo don García aproximándose al infante. Supongo que haceis referencia al rey.

—Precisamente, al rey y á mis amigos, porque ya veis que con respecto á mí nada tengo que esperar. Ignorais una cosa... es un secreto horrible...

—¡Un secreto! repitió don García, arrastrando de nuevo su sillón hasta apoyarlo contra la cama.

—Sí, y de tanta importancia...

—Proseguid, don Enrique.

—Parece, dijo este haciendo un penoso esfuerzo, que me oprimen la garganta y que me falta aire que respirar.

—Descansad algunos momentós.

—Nó, don García, que la muerte puede estar muy cerca... Escuchadme.

—Ya os escucho, contestó el caballero, que no pudiendo acercarse mas su sillón, se inclinó hácia el paciente para no perder ni una sola palabra.

—No habreis olvidado, repuso el infante, la noche en que fuimos sorprendidos por el rey.

—¡Olvidarla!... ¡oh!... imposible!

—Yo tampoco, amigo mio, yo tampoco, dijo don Enrique exhalando un suspiro. Pues bien, desde aquella noche vuestra vida y la de nuestros amigos peligran.

Don García hizo un movimiento de sorpresa, y exclamó:

—¡Don Enrique!

—¿Qué os admira?

—¿No nos dijisteis que el rey nos había perdonado y que todo lo olvidaba? ¿No nos pusisteis como prueba el haberos dejado libre?

—Ya os he dicho que hay un secreto de mucha importancia.

—Hablad, don Enrique, hablad, no perdais un instante.

El infante meditó algunos momentos, y despues de mirar fijamente á don García, dijo:

—Estamos en el caso de hablar con franqueza, y ni vos debeis ofenderos de mis palabras, ni yo de que os negueis á aceptar mis proposiciones. Estoy al borde del sepulcro, y nada hay que temer de mí ni nada que esperar. Os creo mi verdadero amigo; pero como soy muy viejo y conozco bien el mundo, es posible que antepongais vuestros intereses al último deseo de un moribundo.

—¡Don Enrique! exclamó el caballero mostrándose ofendido.

—No os altereis. Cuando la muerte está delante, se habla con una claridad estremada, porque todo se mira con desprecio y no hay nada que temer. Tengo que revelaros un secreto, y en pago quiero que me vengueis, pero con la circunstancia de que al vengarme salvareis vuestra cabeza. Además, y por si os pareciese el secreto y vuestra propia seguridad cosa de poca importancia para arrostrar el peligro á que os espondreis, os ofrezco entregaros un documento que puede valeros mucho.

—¡Un documento! repitió admirado don García.

—Sabeis, como todós saben, que Rodrigo es hijo bastardo de mi hermano don Alonso X, y tampoco ignorais que cuando este estaba en su agonía se presentó un acta en toda forma, reconociendo á su hijo Rodrigo; se le pidió, no se sabe fijamente por quién, que la firmase, y su mano trémula....

—Sí, trazó una parte de la primera letra de su nombre.

—Estais bien enterado.

—¿Y sois dueño de ese documento? preguntó afanosamente don García.

—Sí.

—¿Quién os lo entregó?

—Don Gomez Garcia de Toledo, que antes de morir en su larga prision, me rogó que lo visitase, y lo puso en mis manos.

—¿Y me lo dareis?

—Con ciertas condiciones.

—Hablad, don Enrique, hablad, repuso don García.

El infante guardó algunos momentos de silencio, porque se sentia bastante fatigado, y luego prosiguió:

—Os entregaré el acta, á condicion de que el rey muera mañana á la noche.

—¡Mas que vos lo deseo! exclamó don García, cuyos ojos brillaron siniestramente.

—Bien, pero como ya os he dicho, estoy al borde del sepulcro, y de nadie me fio.

—Proseguid, dijo con forzada resignacion el caballero.

—Me firmareis un documento en que digais claramente que os habeis comprometido de buena voluntad á matar al rey.

—¡Don Enrique!

—El documento, con el acta lo guardaré. Si cumplís vuestro compromiso, os entrego ambas cosas, y si no....

—La calentura os hace delirar.

—Nos conocemos, don García, contestó el anciano, que intentó sonreír con amargura.

—¿Y si muriérais antes de mañana á la noche?

—Ya dejaré ordenado que nadie se acerque á mi cadáver sin que vos hayais venido y estado á solas con él; y como los documentos estarán debajo de mi almohada, los tomáis, y entonces dejo á vuestra conciencia... nó, á vuestra conciencia el que cumplais lo pactado.

—¿No me habíais hablado tambien de un secreto que nada tiene que ver con el acta? preguntó don García, que se habia conformado con no dar á la conversacion otro carácter que el de un contrato cualquiera.

—Vais á saber el secreto.

—Os escucho.

Don Enrique hizo un esfuerzo para variar de postura, su rostro palideció mas aun de lo que estaba, y abriendo estremadamente los ojos, que brillaron por un instante, dijo:

—Estoy envenenado.

Don García se levantó de su asiento y exclamó:

—¡Envenenado!

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales aquellos corazones palpitaron con violencia.

Al fin don García volvió á tomar asiento, y se dispuso á seguir escuchando.

—La noche en que fuimos sorprendidos, prosiguió don Enrique, el rey me dió á elegir entre el veneno y el hacha del verdugo.

—Y vos...

—Apuré una copa de vino de Italia, donde Fernando habia echado el tósigo.

—¿Es decir que no hubo tal perdon, y que nosotros?...

—No vivireis mucho tiempo.

—¿Y habeis podido dudar de mi deseo de venganza?

—Nó, don García, pero mañana, tal vez á causa de acontecimientos imprevistos, podreis variar de opinion, y yo no quedaria vengado. Además, ya os he dicho que quiero que el rey muera antes que yo.

—Pues bien, morirá... pero tan pronto... quizás falte la ocasion, los medios...

—Yo os indicaré alguno.

—Estoy resuelto.

—¿Y firmareis la declaracion?

Don García pareció vacilar aun.

—¿Firmareis? volvió á preguntar el infante.

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Vos declararéis tambien bajo vuestra firma que morís envenenado por el rey.

—Lo haré así: nada tengo que temer despues de la muerte.

—Estamos convenidos.

—Llamad á mi ayuda de cámara.

—Cuando este hubo entrado, le dijo el infante:—

—Abrid ese armario y dadme una cajita que vereis en el fondo.

El doméstico obedeció, y puso en manos de don Enrique una caja de enebro con cantoneras de plata, y que se abrió por medio de un resorte.

—Mirad, repuso despues que habia salido el sirviente.

Y enseñó al caballero el pergamino que no pudo firmar en su agonia don Alonso el Sábio.

—Es decir que ese documento....

—Con vuestra declaracion y la mia quedará debajo de mi almohada, y os los entregaré si el rey muere antes que yo.

—¿Y cómo he de vengaros tan pronto?

—A vos os toca la ejecucion de este negocio. Sin embargo, os haré una indicacion por lo que pueda serviros.

—¿Cuál es?

—En el dormitorio del rey hay una puerta secreta que solo él y su ayuda de cámara Nuño conocen. De noche no hay guardias por allí, como ya comprendereis; y si una persona quedase escondida en palacio, podria entrar sin ser visto en la cámara, porque la puerta secreta dá á una galería, y esta á otros aposentos, que por nadie están habitados.

Don García inclinó la cabeza sobre el pecho, quedó

pensativo y silencioso, y al cabo de algunos momentos brillaron extraordinariamente sus ojos, y dijo:

—¡Aunque supiera perder la vida en esta empresa, os vengaré, me vengaré!

—Os veo decidido, repuso el infante. En aquella mesa encontráreis todo lo necesario para escribir: poned vuestra declaracion y la mia, porque yo no podré hacer sino firmarla.

El caballero se acercó á la mesa y estendió los importantes documentos de aquel pacto traidor; firmó el suyo, dió á firmar el otro á don Enrique, y entrególe ambos luego.

El infante los tomó con agitada mano y los guardó debajo de la almohada con el acta de reconocimiento de Rodrigo.

—¡Para ambos será fatal aquella noche! exclamó exaltadamente. ¡Ay de tí, Fernando IV, mi cruel asesino, ruina de tus pueblos! Quedaré vengado, morirás antes que yo, no podrás gozarte en mi agonía. ¡Oh!... treinta horas de vida, treinta horas; ¡sepa yo que no existe, y venga la muerte!

La respiracion de don Enrique se hizo mas agitada, sintió abrasada su frente y faltarle la respiracion.

—Me ahogo, murmuró con acento débil y haciendo un penoso esfuerzo. Daos prisa, don García; preparad todo, tal vez esta misma noche....

—¡Pluguiese á Dios!

—Tal vez os favorezca alguna casualidad....

—Esta noche no podrá ser, pero mañana.... mañana, ¡oh! morirá don Fernando.

—Idos; cada momento puede ser un dia de retraso, y si no sucumbe mañana, será mas horrible mi agonía, Ya sabeis que mi fin se acerca, que no hay remedio contra mi mal...

—Teneis razon, no hay que perder un instante.

—Adios, amigo mio.

—Guárdeos el cielo, contestó don García.

Y levantándose, salió.

—¡Morirá, morirá! decia mientras se alejaba. ¡Niño arrogante, pronto has empezado á ser cruel y traidor!

Luego atravesó rápidamente algunas calles, llegó al palacio real, y entrando preguntó á un criado:

—¿Sabeis si está Nuño?

—Hoy no le toca de servicio, contestó el doméstico; y si no ha salido, debe estar en su aposento, que ya sabeis cuál es.

Don García atravesó un patio, subió una estrecha escalera, y dejando atrás una galería iluminada escasamente, se detuvo delante de una puerta y llamó.

Pocos instantes despues abrieron, y se presentó un hombre de elevada estatura, moreno rostro, ojos pardos, redondos y vivos, y preguntó al caballero:

—¿A quién buscais?

—A tí, buen Nuño, contestó don García bajando el embozo de su capa.

Nuño levantó con la mano izquierda la lámpara de que iba provisto, colocó, á modo de visera, la diestra sobre sus ojos, y luego dijo:

—¡Don García!... Honra tan señalada, es mucho para mí.

—¿Estás solo?

—Enteramente solo, es decir, con mi gato, que guarda la conclusion de mi cena....

—Llego á buena hora.

—Poco puedo ofreceros.

—¿Tienes buen vino?

—Eso sí, como el de S. A.

—Del mismo de S. A., debieras decir.

—Un cambio de palabras.... ¿Pero no entráis?

—Sí, porque quiero cenar contigo.

Don García penetró en el aposento, y Nuño cerró la puerta con llave.



CAPITULO XXIX.

Preparativos de don García para cumplir lo pactado.

Nuño era aficionado á las buenas tajadas, y mas aficionado aun al buen vino. No tenia mujer ni pariente alguno; y cuando, en los dias que le dejaba libre su servicio de ayuda de cámara del rey, no iba ningun amigo á comer ó cenar en su compañía, sentábase solo á la mesa, dejaba á su gato que se colocase enfrente de él, y tajada tras tajada, vaso tras vaso, dada fin á un cabrito con salsa, ó bien á un pastelón con media docena de pichones, y apuraba un par de botellas, que por lo regular habian salido ocultamente de la bodega del rey.

Nuño acababa casi siempre por emborracharse, y en los primeros momentos de su embriaguez acariciaba con abrazos y besos á su gatazo blanco, le ponderaba con pomposos discursos las excelencias del vino, y concluia por hacérselo beber de grado ó por fuerza. Luego, cuan-

do la embriaguez trocaba sus efectos de alegría por la pesadez y las náuseas, maldecía el vino, apostrofaba á su gato porque habia tenido la debilidad de dejarse seducir y beber, le decia mil injurias, le amenazaba, y por último, pasaba á vias de hecho dando furiosos golpes al pobre animal, persiguiéndolo de un lado para otro, hasta que en una de aquellas vueltas y revueltas daba con su cuerpo en tierra y se quedaba profundamente dormido.

El buen gastrónomo empezaba su cena cuando llegó don García, y estaba en su cabal juicio, porque solo habia comido el primer bocado de una pierna de carnero asado y habia bebido un vaso de vino de Cataluña.

El gato estaba sentado en un extremo de la mesa y contemplaba con envidiable gravedad la carne, pero sin tocarla, virtud que le habia enseñado su dueño á fuerza de golpes en el hocico, dados con la canilla de una pata de cordero mojada en vinagre y sal.

—No quiero interrumpir tu cena, dijo á Nuño don García; al contrario, te ayudaré á concluir con esa pierna de carnero, que parece bien asada, y apuraremos esas botellas, cuyo empolvado exterior recomienda su contenido.

Nuño miró al caballero como si quisiese adivinar por qué este se dignaba visitarlo y aun cenar con él, mostrándose con tanta llaneza como si hablase con un igual.

—De seguro algo quiere de mí, y cosa de mucha importancia, dijo Nuño para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—Puesto que estais dispuesto á honrarme, acercaos á

la mesa y comencemos, que tras este asado puede venir un pastel con cuatro perdices, y tras estas botellas otras mas empolvadas aun.

La cena empezó con un trago de vino, aparentando don García tanta franqueza y contento como si bebiese mano á mano con el primer noble de Castilla.

—¿Qué os parece el vino, señor? dijo Nuño.

—Esquisito, contestó el caballero.

—Me place que sea de vuestro agrado.

—Veo que te das buena vida, Nuño.

—Así se olvidan las penas.

—No tendrás muchas en tu empleo.

—Lo paso regularmente.

—¿A quién debes tu entrada al servicio del rey?

—¿Lo habeis olvidado? preguntó Nuño mirando con estrañeza á don García.

—No lo sé, ó no me acuerdo.

—Porque sois muy noble y generoso.

—No te comprendo.

—¿Acaso no fuisteis vos quien me proporcionó el empleo con el cual paso una vida alegre y descansada?

—Veo que eres agradecido, porque no olvidas los favores.

—Que quisiera pagaros con algo mas que una botella de vino.

—¿Y no ambicionas mas de lo que tienes?

—Nó, señor, porque quiero evitarme el disgusto de no ver satisfechos mis deseos.

—Siempre te tuve por hombre de arrojo, pero segun te esplicas ahora....

—¿Y de qué habia de valerme el arrojo?

—De mucho.

—¿Qué significa todo esto? se preguntó Nuño á la vez que apuraba su vaso.

—¿Cuánto darias por ser armado caballero?

—Por ser noble sin tener una blanca, no daria nada.

—¿Y por ser noble y dueño de un castillo?

—¡Dueño de un castillo! repitió Nuño. ¿Os burlais de mí, señor?

—No me burlo.... Bebamos y contéstame.

Ambos vaciaron sus vasos.

—Daria.... no daria nada, porque nada tengo, dijo Nuño, pero haria voto de no comer carne en cuatro semanas.

—¿Y por tener además algunas tierras, ser dueño de alguna alcabala?

—Estais de buen humor, don García.

—Por quien soy, que no me chanco. Bebe y responde.

—A vuestra salud, señor, y empecemos la segunda botella.

—Veamos si es lo mismo que la primera, que no te amargarán dos tragos seguidos.

El caballero y Nuño apuraron un vaso tras otro.

—Pues señor, por tener tierras y alcabalas, haria voto de no beber vino en cuarenta dias, sacrificio cuya importancia no podeis comprender, porque.... Vaya por

vuestro buen humor, que esta carne se atasca en el tragadero.

Y el ayuda de cámara llenó otro vaso y lo bebió sin mas detenerse. Su cabeza empezaba á sentir los efectos del vino.

—Puedes ser, repuso don García, noble, armado caballero por el mismo rey, tener un castillo, tierras y alcabalas, sin necesidad de hacer voto de no comer carne ni beber vino.

Nuño abrió desmesuradamente los ojos y miró á don García sin acertar á contestarle.

—¿Te sorprendes? prosiguió el caballero. Bebe otro vaso para que el susto pase.

Y él mismo llenó de nuevo los vasos, dejando vacía la segunda botella.

Luego bebieron, prosiguiendo así:

—Castillos, tierras, alcabalas, repuso distraidamente Nuño.

Y como si le pareciese que cuanto habia dicho don García era efecto de lo mucho que habia bebido, prosiguió, dirigiendo la palabra á su gato:

—Ya no te quedará duda del poder de una botella: estás viendo los prodigios que obra....

—Deja tu comenzado discurso, interrumpió el caballero, y discurre sobre lo que tanto te importa.

—¡Pero, señor!...

—¿Aun piensas que me chancoo?

—Hablemos sériamente, don García.

—A eso he venido, pero veo que el vino te se sube

—á la cabeza, y tendré que irme sin haber adelantado nada.

—Pero....

—Está visto que no quieres hacer fortuna. Quería ponerte en camino de alcanzar todo lo que acabo de indicarte, amen de una bolsa bien rellena con que darías principio.

—Eso es otra cosa, señor, dijo Nuño. Si me hubiéseis hablado de la bolsa no mas, os hubiera creído; pero eso de la nobleza, de los castillos.... Hablemos de la bolsa.

—Quiero decirte que si ganas la bolsa podrás aspirar á lo demás.

Nuño suspendió la cena, se cruzó de brazos, y mirando atentamente á don García, le dijo:

—Si lo teneis á bien, decidme con franqueza de lo que se trata.

—Es una cosa bien sencilla.

—Os escucho.

—El rey tiene unos pergaminos....

—Tiene muchos.

—Bien, pero de nada sirven para mi objeto.

—Proseguíd.

—Tiene unos pergaminos, ó mejor dicho, uno, que es para mí de suma importancia. Ese pergamino lo tiene guardado en el armario pequeño que está en la mesa de su dormitorio.

—Y quereis....

—Que venga á mi poder, porque es un documento que puede perjudicarme mucho.

- ¿Y qué parte he de tener yo en ese negocio?
- La principal.
- ¿Quereis que yo saque el pergamino del armario? Pues os digo desde luego que es imposible.
- ¿Por qué?
- De dia no puedo esponerme á ejecutar esa operacion, porque entra y sale gente en el aposento.
- ¿Y de noche?
- Hay peligro de que despierte el rey.
- ¿Tienes miedo?
- Es que mi cabeza vale mas que la bolsa que me ofreceis con la esperanza de ser noble y rico, no se sabe cuándo.
- Pues bien, no la hagas si tanto temes, pero puedes ayudar sin ningun compromiso.
- Decidme cómo.
- Hay en el dormitorio del rey una puerta oculta...
- ¿Quién os lo ha dicho?
- ¿Qué te importa? ¿Existe ó nó esa puerta?
- Es verdad.
- Despues de S. A., nadie la conoce sino tú.
- ¿Pero cómo sabeis?...
- Vuelvo á repetirte que no te importa.
- Nuño se pasó las manos por los ojos, y dijo:
- Tambien es verdad que nadie sino yo conoce esa puerta; por lo menos asi lo he creido siempre.
- Ya ves que te equivocabas.
- Teneis razon; pero sepamos lo que ha de hacerse.
- Nada mas sino que mañana á la noche me dejes



oculto en este aposento, despues de haberme enseñado el camino que conduce á esa puerta y de haberme dicho cómo se abre.

—¿Y luego?

—Cuando el rey duerma me avisas, y yo entraré en su aposento y me apoderaré del pergamino, para lo cual tengo una llave con que abrir el armario.

—Vuestro plan tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—El de que os sorprendan, como sucederia, porque los que vigilan en la habitacion inmediata se asoman de cuando en cuando al dormitorio para observar si ocurre novedad alguna. Esto no deja de ser una tontería, pero está en uso, y así lo exigen las formalidades del servicio.

Don García meditó algunos instantes.

—¿No suele suceder, repuso, que alguna noche se apague por sí sola la luz que arde en el dormitorio de S. A?

—Sí, muchas veces, porque es una lucecita que fácilmente se ahoga en el mismo aceite que la alimenta.

—Entonces puede evitarse el inconveniente que te ocurre, entrando tú por la puerta secreta cuando el rey esté dormido, y apagando la luz.

—Es arriesgado.

—Lo que algo vale algo cuesta.

—¿Y si el rey despertase mientras abris el armario?

—Como estará á oscuras nada verá.

—Pero llamará.

—Y mientras acuden y entran luz, yo me voy por la puertecilla.

—¿Y si no acertais con ella?

—Eso es cuenta mia.

—Os vá la cabeza.

—Pero la tuya quedará sobre tus hombros sin que nadie tenga de qué acusarte.

La importancia del asunto que se trataba despejó completamente la cabeza de Nuño, quien despues de meditar largo rato, dijo:

—¿Qué mas he de hacer?

—Nada mas.

—No lo tomeis á ofensa, pero quisiera saber cuánto ha de valerme este negocio.

—Quince veces la cantidad que te dió don Enrique de Alvarado por la noticia de la marcha del bastardo.

—¿Tambien sabeis?...

—Todo lo sé.

—Yo tenia por mas discreto á don Enrique.

—Lo es, y mucho; pero como asunto de los dos....

—Eso es diferente.

—¿Conque aceptas?

—Quince veces mas, murmuró Nuño, quince veces...

—¿Te parece poco?

—Está bien pagada la cena.

—Pues esa cantidad la tendrás mañana mismo al dejarme en este aposento.

—Se me ocurre una cosa.

—¿Qué es?

—La dificultad de venir á avisaros cuando el rey se duerma, porque no puedo separarme de mi puesto.

—Entonces ¿cómo ha de hacerse?

—Muy sencillamente.

—Sepamos.

—La puerta secreta tiene por precaucion un resorte, que impide abrirla cuando está corrido. A la una bajaréis, y si notais que la puerta se resiste á abrirse, será porque S. A. no duerme aun.

—De manera que cuando tengas ocasion de apagar la luz....

—Dejaré el resorte de la puerta en disposicion que no os ofrezca dificultad para abrirla.

—¿Y si el rey estuviese despierto á mi llegada?

—Volveis atrás y os ocultais en un aposento que encontrareis á la izquierda, y en el que estareis seguro, y allí esperareis una hora ó media para volver á probar fortuna.

—Bien.

—Y por si no tengo ocasion de conducirlos aquí, vos venís solo, entráis y cerráis la puerta por dentro hasta que llegue la hora, porque puede suceder que el rey me ocupe en los momentos en que vayais á buscarme.

—De ese modo se evita tambien el que nos vean juntos.

—¿Sois de mi opinion?

—Sí, estoy conforme. El dinero prometido lo encontrarás mañana sobre esta mesa.

—Donde vos tambien encontrareis con que cenar algun fiambre por si teneis apetito.